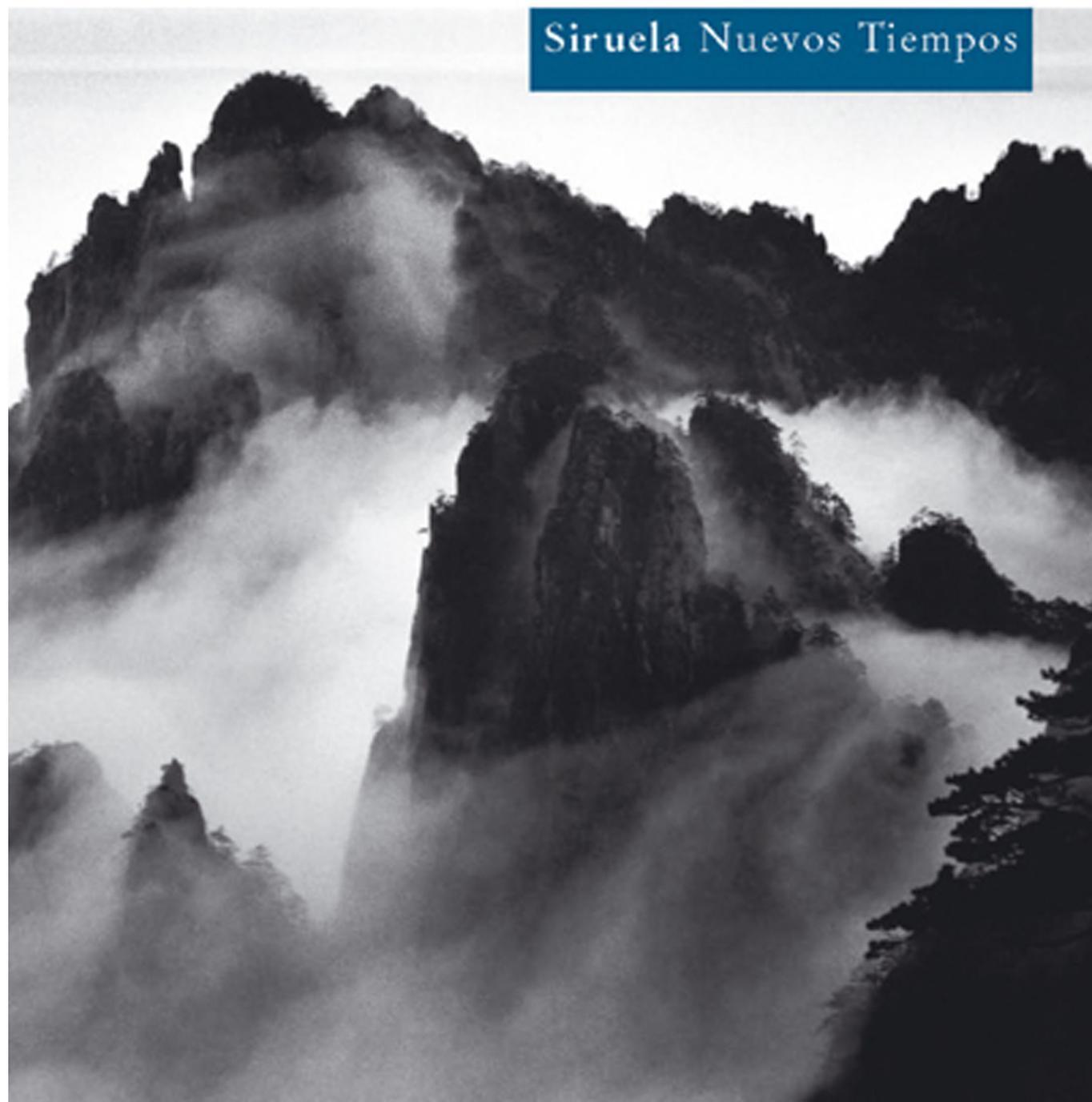


En las montañas  
de Holanda

CEES NOOTEBOOM

Prólogo de Alberto Manguel

Siruela Nuevos Tiempos



**CEES NOOTEBOOM**

**En las montañas  
de Holanda**



Ediciones Siruela

Cees Nooteboom

**En las montañas de Holanda**

Prólogo de  
Alberto Manguel

Traducción del neerlandés de  
Felip Lorda i Alaiz

**Nuevos Tiempos Ediciones Siruela**

## ÍNDICE

Cubierta

Portadilla

Prólogo

En las montañas de Holanda

Cita

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

Cita

Créditos

## Prólogo

### Un cuento de hadas para nuestro tiempo

*En las montañas de Holanda* es una pequeña obra maestra, un cuento de hadas cuyo protagonista es la lengua, creadora de palabras, diversificadora de sentido, desentrañadora de misterios, fábrica de mentiras. Quizás pueda decirse que toda la ficción de Nootboom pertenece a este género que busca, no «una suerte de imitación de la realidad» (como la describe el narrador), sino el cuento puro y simple, y también, simultáneamente, su glosa, su esclarecedor comentario. Tanto *En las montañas de Holanda* como las otras novelas de Nootboom, se presentan al lector como uno de esos antiguos manuscritos en los que el texto central está rodeado por anotaciones de toda índole, la voz del autor inmiscuyéndose en la intimidad de quien lo lee.

Como Nootboom, Hans Christian Andersen (cuyo cuento de hadas, *La Reina de las Nieves*, sirve de trama a la novela) quiso dar a sus ficciones un estilo oral que hiciese sentir al lector la constante presencia autorial. Nootboom no oculta este artificio: al contrario, lo despliega como causa primera. La cita de Andersen que abre el libro sugiere que toda historia es banal pero que sin embargo puede contener la trama deseada, tomada al azar del montón de «papeles viejos» que se acumulan en el cajón de la literatura, como esa masa casi infinita de escritos heteróclitos que los creyentes apilaron durante siglos en la Geniza de El Cairo por temor a destruir uno que pudiese contener el nombre de Dios.

Los versos de Wallace Stevens que concluyen la novela (abrir pero también cerrar

novelas con citas es un recurso propio de Nootboom) insisten en la realidad de las ficciones: toda apariencia acaba «siendo», aunque se disuelva o derrita como el frágil país de un «emperador de los helados». La cita de Stevens define, en la estética de Nootboom, el fenómeno literario.

El cuento de hadas cuya apariencia cobra realidad en las palabras del narrador está poblado de criaturas prestadas por Andersen: los jóvenes enamorados Kai y Lucía (Kay y Gerda en el original de *La Reina de las Nieves*), la vieja payasa (la pequeña ladrona que ayuda a Gerda), la terrible y viciosa Reina de las Nieves. El narrador es un español, Alfonso Tiburón de Mendoza, inspector de carreteras y escritor en los ratos libres, admirador de la filosofía de Platón. Tiburón es un intruso en la geografía de su propio cuento, ya que la lengua holandesa en la que la historia de Kai y Lucía es contada no es la suya. Su calidad de extranjero distancia aún más la narración de los acontecimientos, pero al mismo tiempo la acerca al lector quien, al aceptar al narrador como real, debe aceptar también como real, como hecha de palabras reales, su encantada ficción. *A medida que invento el mundo, debes creer en él*, parece decirnos el narrador quien explica: «Leo un paisaje como si fuera un libro... Acaso se deba a la llamada omnipotencia con que los escritores van creando un mundo según los dictados de su propia voluntad». Y más adelante: «Quienes se empeñan en ejercer un control demasiado riguroso sobre sus vidas [podríamos agregar “y sobre las vidas de sus personajes”] adolecen de un falso anhelo de inmortalidad». Ese «falso anhelo» infecta, para Nootboom, toda «mala» literatura.

Tiburón, en cambio, rechaza tal control autoritario. Se cuenta historias a sí mismo, a las que permite una generosa libertad bajo control. Como ingeniero, ve entre la construcción de carreteras y la construcción de historias un punto común: la necesidad de llegar a alguna parte, aunque honradamente reconoce la diferencia entre la llegada al final de un mito (donde todo se resuelve), de una novela (en la que nada se resuelve) y del cuento (en el que la resolución es diferida.) La historia de Kai y Lucía, si bien presentada como cuento, tiene todas las características de un mito: el mito platónico del hermafrodita, citado por Tiburón mismo, hacia cuya unidad erótica tienden los amores heterosexuales. Es por eso por lo que este cuento de hadas se resuelve con el reencuentro de Kai y de Lucía en un final obvia y tradicionalmente feliz. Es por eso también por lo que su resolución será también infinitamente postergada en el sueño del

narrador, cuya propia felicidad depende de la posibilidad de seguir escribiendo, de no acabar su cuento, de no alcanzar jamás el anunciado final.

Paradójicamente para un escritor reputado por la excelencia de sus libros de viajes, el mundo real existe para Nootboom tan sólo porque puede ser contado. El reconocimiento físico de un lugar le importa menos que la posibilidad de decirlo: la geografía de Nootboom está hecha de palabras. Andersen, en el mismo cuento que da el epígrafe inicial a la novela, «Tía Dolor de Muelas», describe este procedimiento nootboomiano: «A menudo, caminando por las calles de la ciudad, me parece que estoy recorriendo una gran biblioteca; las casas son armarios, y cada piso es una estantería llena de libros. Aquí hay una crónica de la vida cotidiana y, a su lado, una buena y antigua comedia. Hay también obras de todas las ramas de la ciencia, y tanto libros pésimos como lecturas excelentes. Y yo puedo soñar y filosofar en medio de toda esta literatura».

Ciertamente, para «soñar y filosofar» en medio de la biblioteca del mundo, Nootboom hace que su narrador sea capaz de cambiar la realidad física. La Holanda, los Países Bajos (como es bien sabido y como su nombre lo indica), carece de montañas. Nootboom permite a su narrador la magia de crearlas. Nace así una Holanda antigua, divide en el Norte y el Sur: un Norte chato y refinado, donde la lengua es culta, y un Sur montañoso y burdo, de habla anticuada y vulgar. El paisaje del Norte («como el del desierto», dice el narrador) conduce al absolutismo; el del Sur, a la anarquía. Para Nootboom, tales diferencias son universales y simbólicas: sea a la escala nacional (como en España o Italia), sea a la escala mundial (el hemisferio Norte y el hemisferio Sur). «En el Norte», explica el narrador, «se tenía a la gente del Sur por ciudadanos de segunda, se reían abiertamente de su acento y creían que, por lo general, sólo eran aptos para realizar los trabajos de más baja categoría».

Pero es justamente porque ese Sur es más salvaje, más próximo al estado natural primitivo, menos vigilado y menos rígido, por lo que su gente es «más ruda, pero también más libre», capaz de conservar en su habla «la mismísima alma de la lengua». Es por eso por lo que este cuento de hadas, esta narración tradicional que Nootboom brinda a su narrador, debe transcurrir no en el rígido Norte, sino en el caótico Sur.

En Andersen, dos tonos o lenguajes se oponen y se entrelazan: el familiar, del autor al lector, y el arcáico, el del cuento de hadas clásico. En Nootboom, el familiar es reemplazado por otro que el narrador interpone entre sí mismo y el lector, tono en parte

documental (Kai y Lucía viven en «un barrio nuevo con altos bloques de pisos del sector sur de Amsterdam») y en parte engañosamente contemporáneo (el cuerpo de Lucía, si esculpido por Ghiberti, valdría millones en Southeby's). Es así que cada anotación, cada epíteto sufre esta metamorfosis: los «cabellos de oro» de Lucía, el «cuerpo de bronce» de Kai, dan lugar a comentarios antropológicos, lingüísticos, históricos, estéticos, filosóficos, como una suerte de exégesis en boca del narrador. La belleza de ambos jóvenes, por ejemplo (la razón de su desventura), no es solamente «perfecta» como requiere la tradición sino que, comentada por el narrador de Nootboom, se convierte en medida de la imperfección de quien los ve, y por ende del mismo lector. «La cultura es un código», afirma Tiburón, de modo que los signos de ese código deben variar de cultura en cultura, de narración en narración. Kai y Lucía son perfectamente «bellos» pero sólo según el código del cuento que los crea.

En este sentido, todo en la literatura de Nootboom es ilusión, un modelo del mundo construido para permitirnos aprehenderlo. El lector es como el público de un espectáculo de magia, alguien que se sabe engañado y que se deja engañar; el autor es el creador de ilusiones, el hechicero todopoderoso; la literatura es un circo, un teatro. En la novela, el personaje del empresario, versión corrupta del narrador (y versión paródica de Nootboom mismo) es como un escritor ávido de éxito fácil. Para lograrlo, desea corromper el espectáculo de Kai y Lucía, convirtiéndolo en un *show* pornográfico, transformando lo sublime en trivial (la advertencia, citada en la novela, es de Longino). Pero ¿qué sucedería si la intención de Tiburón (o, por qué no, de Nootboom) fuese, como la del empresario, justamente ésa? ¿Qué sucedería, pregunta Tiburón, si el tema elegido fuese precisamente el de la corrupción? Pasar del cuento ordenado y clásico al caos de la ficción contemporánea, del refinado Norte al Sur peligroso y salvaje, de las leyes civilizadas a los códigos bárbaros, de la identidad civil al tentador anonimato, de la creación de exquisitos artistas que ponen su belleza al servicio de un juego mental a la de criaturas prostituidas para quien quiera usarlos... ¿Y si fuese ésta la ilusión que *En las montañas de Holanda* nos propone?

Como en todo espectáculo ilusionista, la tarea del lector es confiar y desconfiar al mismo tiempo, y saber que la propuesta de tal ilusión es también ilusoria. Nootboom (y Tiburón) lo saben cabalmente. «¿Porqué tienen que suceder así las cosas?», se pregunta el narrador. «Al fin y al cabo yo mismo he concebido al personaje.» La respuesta la dio Novalis a fines del siglo XVIII: «El mayor ilusionista sería el que se hechizara hasta el

punto de tomar sus propias ilusiones por apariciones autónomas». Y añadió para beneficio del futuro lector de Nooteboom: «¿No sería ése nuestro caso?».

**Alberto Manguel, Mondion, 6 de marzo de 2009**



# **En las montañas de Holanda**

«¿De dónde sacamos el relato?  
¿Quieres saberlo?  
Pues lo sacamos del cubo de la basura en el que  
hay todos esos papeles viejos.»

Hans Christian Andersen,  
«Tía Dolor de Muelas»

# 1

Érase una vez un tiempo, que, a decir de algunos, todavía p e rdura. En ese tiempo, Holanda era mucho más extensa que ahora. No falta quien lo niega, pero también hay quien asegura que, si bien dicho tiempo ha existido, es ya cosa pasada. Si eso es cierto, lo ignoro. Pero sí puedo afirmar, porque lo he constatado personalmente, que la bandera holandesa ha ondeado en los puertos más altos de Europa. El Norte siempre ha estado situado en Dokkum, Roodeschool y Pieterburen, perola frontera sur estaba muy alejada de Amsterdam y de La Haya, hasta el punto de que para llegar a ella se necesitaban varias jornadas de viaje, incluso en automóvil.

Yo, aunque soy extranjero, todo eso lo sé muy bien y no pienso callármelo. Me llamo Alfonso Tiburón de Mendoza y soy inspector de carreteras de la provincia de Zaragoza, parte del antiguo reino de Aragón, España. En mis horas de ocio, escribo libros. Una parte de mis estudios la hice en Delft, gracias a una beca del Ministerio de Obras Públicas, y creo conveniente declarar de buen principio que los Países Bajos del Norte me han producido siempre miedo, un Miedo que, a la usanza alemana, debería escribirse con mayúscula, como si se tratara de uno de esos elementos esenciales, el Agua o el Fuego, que, según la antigua filosofía natural, constituían la vida en la tierra. A esa mayúscula se vincula la sensación de estar metido en un reducto negro del que no es fácil escapar.

Qué era exactamente lo que me producía esa sensación, no lo sé, pero tenía que ver tanto con el paisaje como con la gente. El paisaje del Norte sugiere absolutismo, como el desierto. Sólo que, en este caso, el desierto es verde y está lleno de agua. Pero carece de tentaciones, no tiene curvas ni redondeces. El país es llano, y eso da lugar a que la gente sea perfectamente visible, lo cual, a su vez, se refleja en el comportamiento.

Los holandeses no se tratan, se enfrentan. Sus ojos luminosos horadan la mirada del otro y le sondan el alma. No hay escondrijos. Ni siquiera las casas lo son. Dejan

abiertas las cortinas de los ventanales y ven en ello una virtud. Yo me tomé la molestia de aprender su curiosa lengua, compuesta en buena parte de sonidos duros cuya pronunciación requiere el uso frecuente del velo del paladar. A mí me parece que eso es debido a las inclementes circunstancias –roturas de diques e inundaciones, vendavales del este, ríos helados– que tuvieron que afrontar en otros tiempos.

Muy pronto me di cuenta de que el uso de su lengua por parte de un extranjero les parecía servil adulación y que preferían echar mano de una tercera lengua para intercambiar ideas conmigo. No he alcanzado nunca a comprender las razones, pero supongo que se trata de una mezcla de vergüenza e indiferencia.

Sea como fuere, lo cierto es que en el norte del país nunca acabé de sentirme a gusto; al contrario, siempre tenía la impresión de recobrar la vida cuando volvía a España o cuando, recorriendo en automóvil el valle del Rin, divisaba a lo lejos las primeras formas, vagas y azuladas, de las montañas que separan el frío y llano Norte del territorio, mucho más agreste, que los propios holandeses llaman Países Bajos del Sur. A pesar de que apenas entendía los dialectos que se hablan al sur de los Altos Puertos y de que la gente que puebla esas regiones meridionales, más oscura de piel y algo más baja de estatura, no se parece a sus ilustrados compatriotas del Norte, me sentía allí como en mi casa. En el Sur, la vida no estaba tan regulada ni ajustada a pautas preestablecidas y, si bien el Gobierno Central de la Unión intentaba, como es lógico, mantener aquellos territorios bajo su dominio, sólo a duras penas lo conseguía, debido a las grandes distancias, al carácter independiente de los habitantes y a la natural aversión de éstos por sus gobernantes. En el Norte se tenía a la gente del Sur por ciudadanos de segunda, se reían abiertamente de su acento y creían que, por lo general, sólo eran aptos para realizar los trabajos de más baja categoría, que, a causa de la pobreza, se veían obligados a aceptar. Estas cosas indignan.

Inversamente, la mayoría de los holandeses del Norte, a excepción de unos cuantos artistas, se sentían en el lejano Sur tan desgraciados como yo feliz. Los funcionarios se buscaban entre sí, hablaban del «Sur oscurantista», de bárbaros y corrupción, de chusma ingobernable. Acostumbrados como estaban a su sofocante superpoblación y al control que ello exigía, se sentían solos y, en el fondo de sus corazones, tenían miedo. La Administración Central de La Haya, el Gobierno de la nación, era incapaz, decían, de garantizar en todo momento la seguridad; algunas comarcas, añadían, estaban todavía a merced de bandas de forajidos y la extorsión era moneda corriente. Por si fuera poco, el

Sur no producía más que vino barato y frutas, y en realidad costaba dinero a las arcas del Estado. De hecho, sólo servía para proporcionar mano de obra barata a las ciudades industriales del Norte, donde los sureños se hacinaban en los barrios pobres, siendo objeto de una desdeñosa tolerancia por parte del vecindario autóctono. Hasta que se declaró una crisis económica y tuvieron que emprender el regreso, con sus malos olores y su griterío, a sus regiones de origen, para alivio y satisfacción de sus compatriotas del Norte. A todo esto, el Gobierno de la nación vigilaba de cerca el movimiento secesionista que estaba incubándose.

## 2

En cuanto a mí, amaba el Sur. Acaso esto tenga que ver con el país del que yo mismo procedo, aunque los paisajes de los Países Bajos del Sur no se parecen a los de mi región española, que desde tiempo inmemorial se llama Aragón. Todo es más oscuro que en mi tierra, lleno de grutas ocultas, algo así como un viejo grabado impreso con demasiada tinta, con ríos de aguas arremolinadas y bosques inmensos y penumbrosos. Aragón no es llano como el Norte, pero sí vasto y abierto, a veces casi luminoso. Los paisajes verdes, mansos y pulcros del Norte me producían un tedio desolador, comparable sólo con la aversión que me inspiraban casi todos los holandeses septentrionales por su autosuficiencia, su desmedida codicia y la hipocresía con que ocultaban los dos defectos anteriores.

La gente del Sur era más ruda, pero también más libre, de la misma manera que sus paisajes eran más abruptos y solitarios. Aquello que repelía a otros, a mí me atraía. La altiplanicie del Sur era mi paisaje preferido. Los periodistas proclives al tópico hablaban siempre de un paisaje lunar, pero ya quisiera yo ver en la luna una cabaña construida con grandes cantos rodados donde cobijarse y dormir, al lado de un impetuoso arroyo de montaña. Los viajes se hacían en condiciones primitivas, pero deparaban no pocas aventuras, y las autoridades locales sabían suficiente holandés como para hacerse entender. Los norteños que andaban por allí se quejaban continuamente de que el pan no era lo blanco que tenía que ser, de que las oficinas de correos estaban sucias, de que las emisiones de la televisión se captaban mal, como si eso fueran motivos para lamentarse. Y no acababan ahí las protestas: había demasiados programas en los dialectos regionales, la policía local se prestaba a toda clase de cohechos; las noticias del Norte no interesaban, por lo visto, a los sureños; y los alcaldes se mostraban remisos a colgar en sus despachos el retrato de la reina. Los muy majaderos hablaban de «fierro» cuando querían decir hierro, llamaban a los guardias fronterizos «corchetes» y envolvían a sus

bebés en «candongas», expresión desconcertante a los oídos norteños. La verdad, sin embargo, es que, por las fechas en que da comienzo este relato, todas esas palabras se hallaban ya en trance de extinción, no tanto porque el Gobierno central las hubiese combatido con energía como por la influencia de la radio y la televisión.

Los únicos que parecían lamentar esta pérdida eran algunos poetas del Norte, quienes sostenían que en tales palabras y expresiones se conservaba la mismísima alma de la lengua, pero esto, como de costumbre, le tenía a todo el mundo sin cuidado. Los sureños, entre ellos, seguían utilizando estos modismos, pero una especie de falsa vergüenza les impedía hacerlo ante la gente del Norte. Debido a todo ello, las relaciones entre los dos grupos eran un tanto artificiales, y, desde luego, no cabía hablar de una auténtica unidad nacional. Ciertamente es que el país se llamaba «Reino de los Países Bajos», pero a quienes vivían en las montañas, sumidos en la miseria, y no habían visto nunca el mar, les resultaba difícil imaginar siquiera qué emociones debían asociar a tales palabras.

Los norteños, que en todo momento se quejaban de que en el Sur no existía ni la más remota forma de organización, no paraban de denunciar, al mismo tiempo, el crimen organizado que impedía la aplicación de cualquier tipo de gobierno eficaz. Los diputados que representaban al Sur en La Haya «estaban todos vendidos, al servicio de siniestros grupos de presión». Desde luego, no voy a negarlo, en aquella inhóspita parte del Reino sucedían cosas que no hubieran resistido la deslumbrante luz del Norte, pero, así y todo, yo amaba en cuerpo y alma aquella tierra rebelde y ruda, aunque sólo fuera porque allí no me agobiaba el sofocante clima de Buena Voluntad que me hacía tan insufribles los pólders. Sin duda, hay que buscar la causa en mi origen español.

Allí, al Sur, el fin del mundo llegaría más tarde y yo tenía la absoluta seguridad de que no iba a provocar un solo lamento. No soy una persona frívola, pero se me antojaba que en el domesticado zoológico humano que se extiende al norte de las montañas se había cometido un grave error de consecuencias irreparables. Quienes se empeñan en ejercer un control demasiado riguroso sobre sus vidas adolecen de un falso anhelo de inmortalidad, y eso nunca ha conducido a nada bueno.

### 3

El relato que me dispongo a contar se desarrolló no hace mucho tiempo y es una historia singular. Yo construyo mis narraciones pensando sobre todo en mi propio esparcimiento y creo que, en parte, me ha ayudado a ello mi otro trabajo, el que realizo para ganarme la vida. Existe cierta afinidad entre escribir relatos y construir carreteras, en ambos casos se ha de llegar a alguna parte. Se me ocurrió esta idea en la C-221, que va de Calatayud a Cariñena, en las inmediaciones de Aguarón, para ser más exactos. Mi equipo se queja de que ésa es la carretera más inspeccionada de España y como se dice en el Sur, «no andan muy errados», aunque hay otra que a mí me gusta más. Lo cierto es, sin embargo, que la idea se me ocurrió en la C-221, y en ninguna otra parte las afinidades antes indicadas son más evidentes. La carretera se halla a gran altitud, el mundo se extiende a uno y otro lado de la ruta, desplegándose ante la vista un vasto panorama, ¿qué otra cosa necesita un escritor? Hay allí unas gigantescas torres de hierro unidas mediante cinco o seis cables enormes, de forma que, diríase, impiden la desmembración del mundo, o del relato. Hay señales que advierten de la proximidad de un manantial –un descanso para el lector– o un bache o cualquier otro obstáculo que dificulta el tránsito. En tales ocasiones conviene que el lector esté alerta, ya que, si bien el escritor no debe permitir que tome mal la curva y salga volando, me consta que ciertos autores es precisamente eso lo que pretenden. Yo, como he presenciado muchos accidentes, estoy escarmentado.

Soy un sesentón bastante metido en carnes, y casi siempre de buen humor. Mi única rareza, aparte de escribir, es que siempre visto de azul, lo cual carece de interés, soy consciente de ello. Así que no volveré a hablar de mí mismo. Leo un paisaje como si fuera un libro, eso es, en realidad, todo lo que he querido decir. Acaso se deba a la llamada omnipotencia con que los escritores van creando un mundo según los dictados de su propia voluntad.

Lo que voy a decir ahora ha ocurrido en un paisaje de verdad. A medio camino de la C-221, por ejemplo, a la izquierda de la carretera, en una depresión bastante profunda, una tierra roja y seca envuelve la forma rectangular de un cementerio. La visión del lugar tiene algo de irrevocable, y el viajero se ve obligado a aceptar, irremisiblemente, ese espacio reservado a la muerte.

Algo semejante le ocurre, creo yo, a un lector. Un libro es un documento, y en ese documento se introduce la palabra «muerte», aunque, naturalmente, cada cual es muy libre de pensar al respecto lo que quiera. Pero vayamos al relato. Tiene curvas, como la mayoría de las carreteras de Aragón; a veces hay que subir un repecho, lo cual supone, claro está, que luego hay que descender una pendiente, ya que, en lo tocante al paisaje, a mí no me cabe hacer gran cosa, no es de mi incumbencia. Sí lo son, por supuesto, el firme y los arceles. En cuanto a los arceles, hay instrucciones de pasar por ellos la guadaña frecuentemente (en las carreteras de tercer orden seguimos utilizando la guadaña), pero yo siempre dejo dicho que aquí y allá, en los lugares que yo mismo indico, se haga todo lo posible para no cortar las flores. Son carreteras de poca importancia, los ministros no circulan por ellas y, además, ¿quién va a inspeccionar al inspector?

Pero basta ya, al grano. Aunque, si se mira bien, todas estas divagaciones no carecen de sentido. Ya he dicho dónde se desarrolla la acción de mi relato, cosa de por sí complicada, dado que son escasas las personas que conocen mínimamente el lugar; pero de eso no tengo yo la culpa. Ahora vayamos al tema: la belleza perfecta y la felicidad perfecta. Dudo que muchos de mis célebres colegas se atrevan a abordarlo. Así y todo, ése es el tema de mi relato. Por ahí empieza y por ahí acaba, al menos eso creo de momento. Y precisamente ahora que voy a empezar, vuelvo a ver de pronto ante mí un tramo de C-221, bastante recto, en las proximidades de Nuestra Señora de las Viñas. La llanura, los olivos plateados, las manchas de luz en la tierra roja, como si también allí se hubiera librado una batalla, igual que en Verdún, y en efecto así es. Esas manchas están ahí para recordarnos el mal.

Se aproxima un hombre a lomos de una mula. Unos capazos de esparto, botijos a ambos lados, un perro. Quizá llevé ya todo un día haciendo camino, una aparición del paraíso, y eso eran también los protagonistas de mi narración. No eran, son. Pero al iniciarse el relato vivían todavía en Bijlmer, un barrio nuevo con altos bloques de pisos del sector sur de Amsterdam. Se llamaban Kai y Lucía.

¿Cómo introduzco yo la noción de la perfecta felicidad? Pero ¿para qué divagar?, el asfalto está caliente y blando. ¡Que la apisonadora pase por encima! Kai y Lucía eran perfectamente felices. Así como una botella o una caja pueden estar medio llenas, vacías o llenas del todo, así también cada forma de felicidad o de infortunio conoce su punto mínimo y su punto óptimo, y quien ha alcanzado este último, no hay que darle vueltas, es perfectamente feliz. Quizá haya quien diga que eso no puede ser, que la felicidad perfecta entre seres a quienes aguardan la vejez, la enfermedad y la muerte es imposible, pero el asunto se puede ver también de otra manera. Alguien a quien todo esto le tenga sin cuidado se halla ya en el camino de la perfecta felicidad. Ya sé que la terminología no es atractiva y choca con la mentalidad de estos tiempos, pero eso es inevitable. Además, para poner fin de buen principio a cualquier especulación, he de decir ahora mismo que tal era el caso, simplemente. La felicidad perfecta, exactamente igual que la perfecta desgracia y muchas de las cosas que acompañan a una y otra, causan verdadero horror. A ello se añade que, si bien está lejos de mi ánimo afirmar que la felicidad perfecta entre personas feas no es posible, en el orden lógico de las cosas debe haber una gradación jerárquica según la cual la felicidad perfecta entre personas perfectamente bellas es todavía más insoportable, y éste es, precisamente, el caso de Kai y Lucía. No había en ellos, como se dice en el Sur, «tacha ni baldón», nadie podía achacarles tacha alguna. Desde el punto de vista estético, nada en ellos incitaba a hacer la mínima observación. Lo único que, después de haber visto una sola vez a aquellas dos personas, podía ser aún objeto de rechazo era el concepto mismo de lo estético, como ocurría, en efecto, regularmente.

Hay personas hermosas, nadie puede impedirlo, pero cuando es únicamente eso lo que cabe echarles en cara, cuando lo que uno hace al verlas pasar por la calle es quedarse paralizado de estupor, la belleza perfecta se convierte en la medida de la propia imperfección, y eso a nadie le gusta.

## 4

Nos hallamos inmersos en la cultura europea y para un escritor el campo de acción es muy limitado: la terminología está establecida desde los inicios de la literatura. El cabello de Lucía era rubio como el oro («como la flor de la miel», diría alguien más tarde en el Sur). Tenía unos ojos de color azul claro como un cielo de verano, sus labios eran rojos como cerezas, sus dientes blancos como la nieve. Quien ande buscando otras palabras para decir lo mismo no está en sus cabales. La cultura es un código. Desventuradas son las tierras donde no existen los melocotones, porque nunca sabrán cómo describir la piel de Lucía. Cualquier otra comparación está condenada al fracaso, puesto que faltará en ella el elemento comestible. Ver la piel de Lucía despertaba en todo el mundo, hombres y mujeres, el caníbal que se agazapa secretamente en el fondo pantanoso y prehistórico de nuestras almas.

Las proporciones de su cuerpo se ajustaban de tal modo a un canon de belleza que se habían convertido en el canon mismo. Un poeta persa dijo en cierta ocasión que los senos de la mujer son «las lunas del paraíso». Ante ello cabe preguntarse si existen múltiples formas de perfección, ya que ese símil me hace pensar antes en las voluptuosas bailarinas de los templos indios que en la Venus de Milo, no otra cosa sino una réplica de aquéllas. Mejor será, en cualquier caso, permanecer próximos a la imagen de esta última, pues la concupiscencia excesiva parece estar reñida con la idea de perfección. Y dado que se trata de una idea, quizá debamos abordar la abstracción de artistas como Alberti y Leonardo da Vinci, quienes calcularon las proporciones del cuerpo humano mediante líneas entrecruzadas. Me refiero a ese famoso dibujo de Leonardo, en el que el hombre aparece como clavado en una cruz (de belleza), mientras sus pies y sus brazos adoptan otras posiciones, esbozados al modo de abanicos abiertos a su alrededor. La divinización del cuerpo, naturaleza y pensamiento a la vez, el cuerpo «sin tacha ni baldón», junto al cual ningún otro cuerpo vivo resiste la comparación; y eso, claro está, es insoportable.

Mis actividades profesionales me tienen acostumbrado a ciertas formas de perfección. Una de ellas es la matemática, que, estudiada a fondo, muestra la sutileza de la gran poesía, sin su impredecible y, seamos francos, cenagoso ingrediente humano. Por lo demás, no son fórmulas sino dos seres vivos lo que yo, instalado en una de las aulas de mi colegio de Zaragoza, me esfuerzo por describir.

Éste es, siento necesidad de decirlo, el único lujo de mi existencia. Mis vacaciones las paso siempre solo, lejos de mi familia, para escribir; una manía que, conforme envejezco, me perdonan con más facilidad, pues la gente que me rodea no siente gran interés por mi excéntrica persona. Mi hermano es director de un colegio de primera enseñanza situado en un barrio periférico de Zaragoza, y en el mes de agosto, cuando la ciudad queda vacía a causa del excesivo calor, dispongo del colegio para mí solo. Admito que esto no deja de ser un poco ridículo, pero lo cierto es que así nadie me molesta y yo a nadie perjudico. Mis libros, si merecen el nombre de tales, los publica una modesta editorial de León, capital de provincia, y desde luego bien lejos de mi región. Mi mujer y mis hijos, que yo sepa, no los leen, y si alguna vez se ha dicho algo acerca de ellos, ha aparecido impreso en los caracteres más diminutos de que disponen los periódicos provincianos españoles. Lo cual se ajusta plenamente a mis deseos. Todo lo que excediera a eso no me reportaría sino obligaciones, que no podría cumplir en absoluto al proceder, por citar lo primero que me ocurre, a la descripción de Kai.

Me pregunto con frecuencia cómo los demás escritores –porque yo soy un escritor, eso es incuestionable– son capaces de perseverar en su oficio después de haber leído una crítica, buena o mala, de su obra. Pero volvamos a Kai. Si existiera un ordenador programado para esculpir, y tuviera que calcular y ejecutar el complemento perfecto del cuerpo femenino, le saldría Kai. A veces, cuando Kai y Lucía caminaban juntos o cuando, menos expuestos a la observación ajena, estaban en la cama uno junto al otro o uno encima del otro, parecían una escultura viviente, sobre la cual un académico de gustos renacentistas hubiera podido señalar, ante un ávido alumnado, si es que existe semejante cosa, las líneas de perfección que enlazaban ambos cuerpos. Pues he ahí la singularidad del caso: simplemente nada podían hacer falta de armonía. Cualquiera que fuese la postura que adoptaran, la posición en que se situaran uno respecto al otro, el punto de contacto que utilizaran, la belleza se redoblaba. Debe existir una ley, que yo soy incapaz de enunciar, reguladora de tales fenómenos. En resumen, Kai y Lucía también eran perfectos –y espero que ésta sea casi la última vez que utilizo esta palabra– como

pareja, aun en el caso de que se encontraran separados entre sí por una distancia de cien metros –o más–, lo que en el contexto del presente relato no carece de importancia, aunque sólo sea porque así despertaban un deseo imposible y, por consiguiente, celos.

Kai era musculoso como las dos estatuas de bronce descubiertas en los años sesenta de este siglo ya agonizante cerca de Riace, Calabria, por un buceador que, al verlas, debió creer que se había vuelto loco. Imagínense, si no: está uno nadando bajo el agua entre algas y peces extraños en medio del profundo silencio de los sordos que reina en tales parajes, cuando, de pronto, aparecen a corta distancia, tendidas en el suelo de un escenario de características de por sí inauditas, bajo un haz de luz rutilante, como en los viejos cromos populares, dos gigantescas figuras masculinas, demasiado grandes para ser humanas, dos perfectos cadáveres de una raza extinguida, conservados como por arte de una magia enigmática, dormidos en las profundidades del mar. El buceador ascendió a la superficie, donde estalló la burbuja del mundo, contó su visión de ensueño y las estatuas fueron rescatadas del mar, las estatuas más bellas jamás salidas de la mano del hombre.

Todo el mundo ha contemplado alguna vez las abominables fotografías de los culturistas, inyectados de hormonas, con sus relucientes musculaturas hinchadas como prominentes tumores adheridos al cuerpo humano, una grotesca parodia de la perfección tal como un día fue concebida por los dioses para su propio deleite. Exactamente en la indefinida línea divisoria entre esa concepción y su desmesurada versión contemporánea había cesado de desarrollarse el cuerpo de Kai, consciente de que, si no se detenía ahí, habría caído en la vulgaridad que resulta de la exageración del físico, que hace de la simple belleza algo tan molesto. Sólo el artista conoce la medida perfecta, aunque la utilice únicamente como modelo donde contrastarse mediante la negación y la deformidad. Los ojos de Kai eran de ese color, que se resiste a una descripción completa, situado entre el de la pizarra y el de las aguas del mar del Norte, ásperas y a la vez fluidas y relucientes. Si los cabellos de Lucía eran rubios como las doradas mieses, los de Kai tenían el color que desde la Edad Media se atribuye a las plumas del cuervo, tan negras que el ojo detecta en ellas un destello violáceo.

Si no hubieran poseído ambos una inocencia esencial o acaso una ingenua timidez, las miradas de los transeúntes los habrían convertido desde hacía tiempo en algo vano y frívolo o, peor aún, cursi; pero ellos, pendientes sólo el uno del otro, apenas notaban las reacciones de los demás, ni la atónita admiración y los vehementes deseos que suscitaban, ni los celos y el compañero nocturno de éstos, el odio. Se habían conocido en

el circo donde trabajaban sus padres, el padre de Kai como jinete, los de Lucía como trapecistas.

Habían comprendido al instante que no podían escapar de su atracción mutua, que su amor era fatal, eterno, y que nada conseguiría separarles. No necesitaban buscar al otro, porque el único otro posible ya lo habían encontrado y ese otro eran, aunque la frase sea gramaticalmente incorrecta, ellos mismos.

## 5

La idea de la belleza perfecta hace pensar también en otras cualidades absolutas. Sin embargo, a este respecto, el destino se había mostrado parco con Kai y Lucía. Nada había que supieran hacer especialmente bien, pero, como les faltaba la imaginación para concebir algo realmente extraordinario, este defecto, si puede considerarse defecto, no les causaba la menor inquietud. Desde sus nacimientos, el circo había sido su mundo y era natural que lo siguiera siendo. Kai hubiera querido ser payaso, pero le faltaba la melancolía insondable y el atroz equilibrio entre el amor por lo humano dirigido hacia el interior y el odio a sí mismo dirigido hacia el exterior propios de la profesión, así es que tuvo que renunciar a la idea. Un payaso ha de ser capaz, en todo momento, de destruir su cuerpo, corromperlo, deformarlo, y el cuerpo en que se albergaba Kai seguía siendo radiante a través de cualquier mutilación, de manera que le fue imposible arrancar esas carcajadas cuajadas de lágrimas que un payaso necesita para existir.

Algo semejante podría decirse de Lucía. Había puesto todo su empeño en el trapecio, pero también a su cuerpo le faltaba esa contradicción íntima en virtud de la cual el público concibe la eventualidad de que el trapecista sufra una caída mortal. Esa posibilidad está siempre presente y es la condición primera para el placer del espectador, determinado tanto por el miedo como por la esperanza de que la catástrofe vaya a producirse realmente. En el caso de Lucía, para unos espectadores el miedo era demasiado intenso y para otros la esperanza demasiado escasa. Esa esperanza deriva de la certeza del espectador de que aquel que evoluciona en el aire a tan gran altura no sabe volar. El castigo a tal temeridad es la caída y que ésta no se produzca es el milagro.

Con Lucía era distinto. Sus padres le habían enseñado el oficio y no tenía miedo, mas cuando actuaba ante espectadores, se producía un fenómeno muy curioso, acaso una reacción química. Los temerosos no querían, esta vez de verdad, que aquel cuerpo, en el que inmediatamente reconocían un aire singular y concebían, por consiguiente, la

posibilidad platónica de poseerlo, se estrellara contra el suelo y se convirtiera en un montón de heces y sangre, y que ello ocurriera, además, allí mismo, ante sus ojos. Los esperanzados se enfrentaban a un problema distinto. Tenían la convicción de que un cuerpo como aquél sabía volar y el hecho de que no lo hiciera más allá del trapecio siguiente o de los brazos de quienes lo habían engendrado, les producía una amarga decepción. Lo que debía haber sido admiración se convertía en aburrimiento; la visión de la sangre y de la muerte, que tanto placer proporciona, se desvanecía y el tedio no tardaba en dar paso a la aversión, y éste es un ingrediente que los directores de circo no toleran durante mucho tiempo. Por otra parte, una vida lejos del circo les parecía inconcebible, por lo que Kai y Lucía accedieron a actuar, con sus propios nombres, como ilusionistas.

Sería una descortesía, me parece a mí, interponerse una vez más entre el lector y esta historia. Pero, por otra parte, soy yo quien la cuento y, de cuando en cuando, la soledad de esta aula, en uno de cuyos pupitres me he embutido como si fuera un chiquillo gordinflón de ocho años, me resulta insoportable. Habría podido ir a sentarme, claro está, en el lugar del maestro, pero desde allí uno tiene ante sí, constantemente, una clase vacía y, además, esta otra dirección es la natural, de lo contrario me habría hecho maestro. Nadie lo sabe, pero un hombre solo, incluso de mi edad, se entrega a ciertos jueguecitos cuando está seguro de que nadie le observa y cuando el volumen del silencio aumenta en exceso. Agosto en Zaragoza es algo así como ir en bicicleta por el desierto. Y no es tanto el calor lo que me molesta como el silencio de un lugar destinado al ruido, el patio exterior ridículamente desierto, al otro lado del ventanal, y los extraños pupitres sin alumnos que me rodean.

Me he instalado en el pupitre que ocupé en otros tiempos, el penúltimo de la fila de la derecha, y quien me viera aquí sentado se explicaría por qué no ha aparecido aún crítica alguna de un libro mío en *El País*. Los niños no escriben libros, juegan; y eso es exactamente lo que yo hago. Si no, véanlo ustedes mismos. Hago como que mi sombra azul, substancial, se dirige a la puerta y la abre para que entre una sombra mucho más impalpable, con la que hablo, siquiera durante un par de minutos.

Leo pocas novelas, aunque sé muy bien lo que hacen Delibes y Goytisolo y Cela y toda esa gente. La poesía la tengo siempre al alcance de la mano, incluso la de autores jóvenes como Pere Gimferrer y Aníbal Núñez. De literatura holandesa no sé gran cosa; por las fechas en que estuve estudiando allí no disponía de demasiado tiempo y aquí,

como es de suponer, no llega nada. Me gustaron mucho las *Ideas* de Multatuli, aunque muy holandesas no son, y también una obra muy curiosa de cierto autor, un geólogo me dijeron, un libro sobre un Dios concebible. Muchas otras cosas que he leído eran más bien imitaciones de la realidad, relatos tomados de la vida diaria, de esos que se oyen en cualquier bar. Me dejan bastante indiferente. Durante la visita que hago cada dos meses al Ministerio de Madrid, procuro comprar algún periódico holandés. La mayor parte de ellos no valen gran cosa, pero hay dos que se hallan casi a la altura de *El País*. También veo aquí algo respecto a los holandeses que llama la atención. Con esa coherencia de la que presumen y nunca llaman a las cosas por su nombre. Uno de esos diarios no va dirigido en absoluto al pueblo, así que dando pruebas de una lógica inexorable, se llama *Volkskrant*, «diario del pueblo». El otro lo leen, sobre todo, los intelectuales y se llama *Handelsblad*, ¡la «gaceta financiera»! En ellos leo a veces recensiones de libros o entrevistas con escritores, y lo que más me choca son sus pretensiones metafísicas. O bien escriben diarios secretos que en cualquier caso se publican y dejan de serlo, o textos donde hablan obviamente sobre sí mismos. Éstos, aparte de un cierto patetismo, no desbordan los confines de la vida cotidiana, pese a que sus autores aseguran que «quieren dejar huella», como si Proust no hubiera ya enseñado que los libros, al igual que los escritores, también mueren.

Por lo demás, la poesía brahamánica de Adwaïta me parece muy bella, así como también la misteriosa escritura alquimista de Achterberg, aunque los textos de éste a veces los leo con dificultad. Ahora bien, mi verdadero amor es la filosofía, pese a que tengo la sospecha, cada vez más viva, de que los filósofos son poetas frustrados. Demuestran una gran sensibilidad con los sistemas, pero muy poca, en general, con el lenguaje. Me divierten sus enmarañadas meditaciones, aunque tengo la impresión de que no son más que variaciones sobre Platón, así que, cuando me hallo en un lugar recóndito de la provincia, mientras todo el país ha sucumbido a la muerte de la siesta, leo una y otra vez los mismos diálogos y nunca me aburren.

¿Qué otras cosas leo? Memorias, cartas y, preferentemente, diccionarios, porque, seamos sinceros, sin la intervención de otra instancia pensante, la lengua continúa siendo la que mayor número de cosas puede comunicarnos.

«¿Recuerdas aún lo que querías decir?», me pregunta mi mujer en tales momentos, ante mi irrefrenable inclinación a divagar y a persistir en ello interminablemente. ¿No ibas a abrir una puerta, a dejar entrar a alguien?

Y volvemos a estar en lo mismo, la lengua. Nosotros, en español, decimos «hablar más que una cotorra». Consulto el diccionario español-holandés de la editorial Van Goor y veo que «cotorra» es *ekster*. Pero a continuación aparece la frase *doorslaan als een blinde vink*, «hablar más que un pinzón ciego». ¿Cómo es que entre España y Holanda una cotorra se convierte en un pinzón? Pero no es un pinzón sin más, sino un «pinzón ciego» y esto, en holandés, no es un pájaro, sino una comida. No es que en Holanda se coman los pinzones, cosa terminantemente prohibida. Se trata de un rollo de carne picada envuelto en lonchas de tocino. Vaya usted a saber si hay pinzones ciegos que hablan sin parar, a mí no me consta. Tengo que dejar entrar a mi sombra. Dos diccionarios deo siempre al alcance de la mano, cuando, en agosto, me retiro a esta aula, el *Diccionario de la Lengua Española* y el *New Webster's Encyclopedic Dictionary of the English Language*. En los momentos en que el agujero negro de la pizarra sugiere que mi relato ha quedado desprovisto de todo atisbo de significado y que, si me quedo con la mirada fija en el vacío durante el tiempo suficiente, aparecerá en su encerada superficie gris una historia que, si yo supiera contarla, todo el mundo reconocería como una gran obra maestra, en tales momentos de ausencia y de desesperación que, por lo demás, tan poco cuadra con mi carácter, abro el *Webster*. «Dejar entrar» ha sido, pues, una comparación algo difusa, pero a mis ojos, en especial cuando estoy solo y me entrego unos momentos al juego, Samuel Webster es una persona. Algo se hace añicos ahora. Mi fiel amigo no tiene nada que decirme acerca de los ilusionistas, al menos acerca de los míos. ¡Kai y Lucía no están en el diccionario! Lo que está es todo lo contrario: *one given to illusion*. ¡Falso! Ésa es, precisamente, la definición de lector, quiero decir de espectador. El ilusionista se halla en el escenario y da; el espectador es engañado o participa del engaño y recibe. *To illude: the act of deceiving and imposing upon; illusion: deception, mockery, a deceptive appearance, an unreal vision presented to the bodily or mental eye*. Del autor ni rastro. Éste reaparece en el Van Goor y, como ocurría con la cotorra y el pinzón, al cruzar los Pirineos pierde también una pluma, es decir, una de sus dos *l*.

Ilusionista, *goochelaar*, *illusionist*. En esta última palabra recobra su *l*, pero no es más que un simple prestidigitador, y aunque se trate de alguien cuyo oficio consista en engañar a nuestros sentidos, por lo regular lo hace con objetos materiales, como naipes y bolas que vuelan por el aire y que obedecen a una extrema y contorsionada forma de la fuerza de gravedad, pañuelos que tienen en su más inmediata vecindad su punto de

desaparición y cosas por el estilo. No, esta vez, el español y el neerlandés no se refuerzan mutuamente, como es el caso en otros contextos. De todas maneras, algo he salido ganando y es ese sonido extraño, exótico, de la palabra holandesa *goo-chel*, pronunciada «jo-gel», malabarismo, y el secreto orgullo que me produce ser capaz de emitir con mi laringe heredada de los moros esa *ch* gutural como cualquier nativo de Groninga.

Las gentes que antes iban a un teatro o a un circo de verdad conocen muy bien ese tipo de actuaciones. En nuestro caso, significaba que Lucía, con los ojos vendados, se situaba en el escenario o en la pista del circo, y Kai, desde el público, la bombardeaba a preguntas sobre el hombre o la mujer que se encontraba a su lado y ella iba citando, infaliblemente, el nombre, la edad y los rasgos característicos de la persona en cuestión. En que estos datos coincidieran siempre con los del pasaporte o del carné de identidad que Kai había recibido del sujeto sometido a prueba, consistía el prodigio que en otras épocas o, como veremos, en regiones menos ilustradas entusiasmaba al público.

¿Cómo lo hacían? Yo mismo procedo de una provincia en que a causa de la vastedad de los paisajes o de la soledad de las aldeas abandonadas, todavía no ha desaparecido del todo la noción de lo sobrenatural y, si presenciara una escena como la descrita, optaría por creer en lo inexplicable, sin darle más vueltas. Hay que admitir la existencia de lo oscuro, sobre todo en sus manifestaciones minúsculas, ya que forma parte de nosotros mismos, como la noche forma parte del tiempo, aunque me temo que no todo el mundo estará de acuerdo con esta mezcla de categorías.

Perono, era un don, por más que a través de ello se proyectara la sombra de lo inexplicable. Sé lo suficiente sobre la misteriosa, y sin embargo natural, red constituida por las entonaciones, las pausas, el vocabulario convenido, las vacilaciones, las interjecciones y los acentos musicales con que sabían cautivar y dejar perplejo al público como para poder afirmar que Kai y Lucía practicaban con sus espectadores un juego refinado, un juego sometido a leyes férreas, como la propia naturaleza. Para el público esas consideraciones no contaban. Experimentaba la sensación de hallarse en presencia de una sola persona y no de dos, por más que en aquellos momentos las figuras estaban en apariencia separadas entre sí por una considerable distancia. Dos en uno, dos mitades que se buscan, que se encuentran, que, diríase, se funden en la misma cosa, sueño de la humanidad, expuesto ya en el *Banquete* de Platón, se hacía aquí visible o, cuando menos, se insinuaba, llenando de admiración a los espectadores, pues eso era lo que

revelaban las expresiones de sus rostros. La aparente singularidad de estos acontecimientos, que, al igual que la literatura y la política (pero no la construcción de carreteras) se apoyan en parte en el engaño, se unía a la singularidad de la pareja, de suerte que ésta era, en resumidas cuentas, una de las grandes atracciones del circo.

En cuanto al circo en sí, las cosas iban de mal en peor. En primer lugar, estaba la recesión, palabra que por su resonancia científica tenía ya algo de infantil, pues servía para ocultar que la gente lo pasaba ahora mejor que cualquier generación anterior. Segundo, se había entrado en una época en que las cosas que podían ser expresadas por el cuerpo sin la intervención de la electrónica y ante la embarazosa presencia de otros cuerpos eran objeto de cierta devaluación. Los gestos debían verse en el mayor número posible de salas de estar del mundo exactamente en el mismo momento por personas que no estaban presentes, y el sonido natural de la voz humana suscitaba reacciones irritadas, como si a ese sonido o al propio oído les faltara de pronto, por primera vez desde la creación, algo esencial, una carencia que nadie, en todo el curso de los siglos anteriores, había advertido.

De la misma manera que ya nadie jugaba en las casas o, para decirlo con más claridad, ya nadie jugaba en familia, también la gente había perdido interés por ir a ver el juego de otras personas. Cada vez se cerraban más circos, y los payasos, los ilusionistas y los domadores de fieras iban desapareciendo en la gran nada donde ya les habían precedido los trenzadores de mimbre, los memorialistas, los actores callejeros, los afiladores ambulantes, los recitadores de romances, los halconeros y los charlatanes de feria. Ya Longino, con motivo de ciertas lagunas que había descubierto en Herodoto y Teopompo (inflado nombre este último que ya quisiera yo para mí) advirtió en cierta ocasión que lo sublime puede ser fácilmente corrompido por lo trivial, pero ¿cómo se soluciona semejante problema de estilo cuando se trata de un relato cuyo tema consiste, precisamente, en la corrupción de lo sublime por efecto de lo trivial? Veremos más adelante los detalles de este asunto. A fin de cuentas, uno puede siempre destruir, como dice Horacio, lo que todavía no ha sido publicado, pero una vez que las palabras están en camino ya no pueden ser recuperadas. Así era en tiempos de Horacio y así sigue siendo ahora. Es la idea de la perfección lo que, mientras escribo este relato, no deja de perturbarme, pues pienso que ya nadie cree en ella, y menos que nadie mi editor de León. Con la muerte de Dios, tanto si ha existido como si no, el modelo de perfección ha quedado abolido. A partir de ese momento el arte ha estirado el cuerpo hecho a Su

imagen y semejanza, lo ha dividido en superficies, lo ha horadado por todas partes y lo ha deformado. Diríase que ya no podemos soportar la perfección, ni siquiera como idea, porque nos aburre como un sueño soñado con demasiada frecuencia.

Después de que también el circo donde actuaban Kai y Lucía fuera desmantelado definitivamente y algunos diarios vertieran sobre él unas lágrimas de cocodrilo, trabajaron durante un tiempo en pequeños teatros y asociaciones de barrio, pero cierto día recibieron una carta de su empresario de Rotterdam mediante la cual les invitaba – intimaba, hubiera sido más exacto– a discutir con él, según sus propias palabras, «un importante proyecto».

Hay papas con aspecto de estafadores profesionales y prostitutas que parecen no haber comprendido todavía absolutamente nada del mundo, pero el empresario de Kai y Lucía, que se llamaba Reier, tenía toda la apariencia de un empresario. Fumaba unos gruesos puros negros, enrollados a mano por gentes sencillas de países remotos, y gracias a ello, siempre tenía el rostro medio oculto. Mejor así, porque su piel pendía flácida en torno a su enorme cara, en la que los ojos, a diferencia de los de un verdadero depredador, eludían su presa. La presa era invariablemente cualquiera que tuviese delante.

En cierta ocasión, en el curso de una entrevista, había declarado que todo el mundo es sustituible, incluso la propia mujer, y estaba convencido de ello. Consideraba que él era la única excepción de la regla. El número de Kai y Lucía no le reportaba apenas nada y ya hacía tiempo que había abandonado la esperanza, aunque sólo fuera por pereza, de revolver su voluminoso cuerpo sobre el de Lucía. De todos modos, mientras concibiera la posibilidad de sacarles un solo céntimo de beneficio, no quería desprenderse de ellos.

Pobres estúpidos, pensó, indicándoles que se sentaran en las sillas de delante de su escritorio. Como les ocurría siempre que no estaban solos los dos o entre amigos o en medio de una multitud, la pareja se sintió insegura.

–Muchachos –dijo Reier desde detrás de su nube de malos augurios–, seamos francos. Lo que vosotros hacéis es un trabajo profesional, realizado a la perfección, tiene clase, nadie más es capaz de hacerlo. Sois todavía jóvenes y sois guapos (demasiado guapos, pensó). Yo siempre he trabajado con vuestros padres, conocéis bien el oficio, pero el mundo del espectáculo ya no es lo que era. Vuestro número es extraordinario, pero se ha quedado pequeño. Y a la mayoría de la gente ya no le atrae. Cada día se les ofrece lo mejor del mundo a través de la televisión y ya no tienen ganas de mover el culo de sus

sillones para salir de casa. En casa pueden fumar, beber o lo que se les antoje, y encima pueden contemplar los mejores espectáculos de Las Vegas. No les saca de sus madrigueras más que el sexo o la perspectiva de derrochar el dinero, que es una forma de demostrar su posición social. De los espectáculos porno ya hemos hablado alguna vez, y vosotros no queréis saber nada.

Se le hizo la boca agua imaginándose a Lucía rodeada de tres vejestorios vestidos de fraile o a Kai evolucionando en una bañera llena de lodo con una negra gorda, pero sabía que era imposible. Tampoco tenía sentido hacerles actuar juntos, porque ello excluía el elemento esencial de semejantes exhibiciones, la humillación.

–Lo que tengo que deciros es desagradable. Muy desagradable. –Lo repitió una vez más. Primero asustarlos bien y luego asestar el golpe–. Ya no veo ninguna solución, a no ser que...

Se levantó, se dirigió a la ventana y paseó la mirada sobre Rotterdam. Qué ciudad, pensó lleno de admiración.

Lucía se pegó más a Kai y éste le pasó el brazo por encima de los hombros.

–A no ser, ¿qué? –dijo Kai con el tono de alguien que no retrocede ante nada.

Morderá el anzuelo, lo veo venir, pensó Reier.

–A no ser que estéis dispuestos a trabajar en el Sur –contestó la espalda del traje de nylon azul que estaba junto a la ventana–. Os lo digo sin rodeos.

Éste no era un detalle superfluo, ya que en el oficio «trabajar en el Sur» significaba que uno estaba definitivamente acabado. «Fulano se ha ido a trabajar al Sur», y lo único que volvería a saberse de él sería su defunción, si es que llegaba uno a enterarse.

–De lo contrario me temo que no voy a poder hacer nada por vosotros.

Con más rapidez de la que se hubiera esperado de un cuerpo tan grande, se dio la vuelta, se acercó a ellos, los rodeó con sus brazos de oso y susurró:

–Lo siento mucho, no sabéis cuánto lo siento; siempre nos hemos entendido tan bien, pero no puedo hacer otra cosa, palabra. Eso o nada. Los tiempos están en contra, son los tiempos.

Pareció como si se tambaleara bajo los efectos del golpe que acababa de asestar, pero se mantuvo de pie agarrándose a Lucía más de la cuenta. «¡Qué mujer!», pensó y dijo:

–¿Sabéis quiénes se han ido al Sur en los últimos meses?

Y, sin darles tiempo a contestar, recitó toda una lista de payasos, prestidigitadores, ventrílocuos y saltimbanquis, cuyos amarillentos retratos todavía colgaban en el pasillo de

su oficina, que habían abandonado el protector Norte de sus antiguos éxitos y estaban ahora en algún lugar lejano de aquellas regiones extrañas, actuando en teatros con camerinos sórdidos cuyos nombres nunca aparecerían en las páginas de la prensa del Norte.

Lucía inclinó la cabeza, una lluvia de oro. Reier sintió en su mano una lágrima y la fría insignificancia de aquella aflicción consistente en una sola gota de agua le quemó con tal intensidad la piel que incluso él comprendió que tenía que soltarla. La ventana, pensó, era, después de todo, el sitio mejor.

Kai miró un cartel circense del siglo pasado en el que la Colección de Fieras Schmidt, la más grande de Europa, anunciaba la actuación del «terrible León Asiático junto con la sanguinaria Hiena y la gigantesca Elefanta Miss Fanny, de ciento treinta años de edad».

–¿Podríamos actuar en circos? –preguntó.

Reier se volvió, pero esta vez no demasiado deprisa, porque sabía que Kai ya se había tragado el anzuelo.

–En entoldados y teatros –dijo. Dejó el puro, convertido de pronto en un gran objeto húmedo, en el escritorio y repuso–: Lo tomas o lo dejas. Aquí ya no puedo hacer gran cosa por vosotros. Podría, como mucho, venderos a la televisión y acaso así siguerais aguantando una temporadita, pero luego se acabó, no hay más cera que la que arde. Vosotros mismos tenéis que decirlo. Parte de mi gente está preparando una especie de gira que empezará en Dachfart dentro de poco. Dachfart está en las montañas, inmediatamente después de los Puertos. Hacia el Sur –y señaló un mapa, colgado detrás de su escritorio, en el que el tumor maligno, excesivamente grande, del inmenso Sur pendía, como una fruta demasiado madura y pomposa, del angosto y frágil pasillo que empezaba en Limburgo y se prolongaba hasta las montañas, y que, pese a los prejuicios locales de los holandeses del Norte, formaba parte indisoluble del Reino.

También la historia cae a veces enferma y donde mejor se observa el curso de tales enfermedades es en los atlas históricos, donde los países, mediante colores y sombreados, ensanchan, rompen, abultan, desintegran, retuercen y encogen sus anteriores fronteras. No, el Reino de los Países Bajos no ofrecía, que digamos, un hermoso aspecto. Parecía como si alguien hubiese agarrado con sus manos el estrecho cuello de las tierras ribereñas del Mosa y del Rin y lo hubiese estado sacudiendo con frenética saña, provocando una enorme hemorragia interna a consecuencia de la cual los territorios de debajo del puño estrangulador se habían ido hinchando y pendían ahora

como un absurdo saco de grandes proporciones, un saco lleno de tierras oscuras, vacías y sin duda peligrosas, donde los límites de la provincia habían sido trazados de una manera arbitraria. El saco empezaba hacia el nordeste de Lucarno y se había desplomado, diríase, tan a la buena de Dios sobre la indefensa Albania que la parte inferior del Reino recordaba los pliegues arrugados de un pellejo deshilachado. Quien lo miraba fijamente durante un rato empezaba a rezar, sin darse cuenta, «su última plegaria», como dicen en el Sur. Pero Kai y Lucía todavía no estaban allí.

–No le veo sentido –dijo Kai.

–Conque no le ves sentido.

Reier fue a sentarse en su sillón y volvió a encender el puro. Le gustaba aquella mezcla de ceniza apagada y de su propia saliva fría. El humo era ahora más denso y anunciaba una nueva desgracia.

–Voy a decírtelo de otra manera: allí no le ves sentido y aquí no tiene sentido que te quedes. Allí es todo nuevo. Es para vosotros un país nuevo. Allí nadie os conoce.

–Tampoco vive allí nadie.

–Eso, un artista no debe decirlo nunca. Viven allí seres humanos. Los seres humanos son público. Quizá sea otra clase de gente, pero son holandeses, y hablan la misma lengua, o al menos la entienden. Nada os impide ir allí y trabajar. Y además, si la reina va, también podéis ir vosotros.

Era verdad. El espectáculo que ofrecía la soberana con uno de sus exuberantes sombreros –como si la corona de metales preciosos, que no llevaba nunca, se hubiese convertido en otra de tela o de paja finamente trenzada y, en virtud de ello, hubiese adquirido el derecho de extenderse hacia todas partes– entre los sureños, que mostraban su júbilo con danzas y aclamaciones, producía en los norteños una ligera vergüenza, debida en gran parte a su deseo de participar en aquella despreocupada alegría de la que se sentían eternamente excluidos. Y aunque las visitas reales no tenían lugar con demasiada frecuencia, la jefe de Estado parecía disfrutar mucho durante las mismas, como si allí encontrase la quintaesencia de la noción de «súbdito», la prolongación natural de su propia existencia llevada a su máxima expresión. Que el hombre algo sombrío y retraído que la acompañaba no compartiera su éxtasis, a ella no parecía inquietarle. En virtud de su peculiar función heredada, estaba llamada a constituirse en una especie de unidad mística con su pueblo, y aquellas gentes, dijérase lo que se dijese de ellos, eran su pueblo.

–Os envío a Dachfart –dijo Reier–, a Anhovet, Doremnen, Touchtlake, Barech, Slaec –los nombres, de resonancias exóticas a oídos de los norteños, salían fluidamente de sus labios–. Pequeñas ciudades, pero ciudades con teatros. Y un teatro –añadió tautológicamente– es un teatro, esté donde esté. ¿O prefieres trabajar en una oficina?

Lucía apretó los puños. Si no hubieran sido modelados por la naturaleza en su forma temporal, sino vaciados en b ronco por Ghiberti, en Sotheby, habrían pagado por ellos muchos millones. La muchacha suspiró. Dentro de la realidad inversa en que viven los artistas, un mundo en el que no esté permitido disfrazarse y donde, por consiguiente, haya que aparecer en todo momento tal como uno es, sería la primera visión del infierno.

–No me atrae la idea –dijo Kai–. Quizá sea mejor que vayamos a hablar con otro, si tú no puedes hacer nada por nosotros. Tengo un amigo en la Sección de Recreo del Ejército...

–Y os mandarán también al Sur. Eso si os admiten, porque en la actualidad todo consiste en sesiones de cine. Por lo demás, ¿te parecería bien actuar con ella delante de una manada de lobos hambrientos que se aburren como ostras? Hay más tropas allí que aquí.

También eso era verdad. El movimiento independentista del Sur ya había costado la vida a un buen número de miembros de la policía nacional y de funcionarios del Estado. Todavía no era un verdadero movimiento popular, pero la policía por sí sola no estaba en condiciones de reprimirlo con eficacia, menos aún desde que un gobierno indulgente había permitido que se formara en el Sur un cuerpo de policía propio, compuesto, sobre todo entre los hombres de inferior graduación, de sureños. Un gobierno posterior, alarmado ante el creciente número de actos violentos, había mandado al ejército, que cumplía su tarea más bien a regañadientes. Cada víctima militar era objeto en el Norte de gran publicidad, lo cual tuvo como consecuencia, a su vez, que las encuestas indicaran que la inmensa mayoría de la población norteña prefería antes perder que conservar las ruinosas provincias del Sur.

–Cuando volvamos de allí –dijo Kai–, si es que volvemos, todo el mundo nos habrá olvidado.

–¿Es bonito aquello? –preguntó Lucía.

La noción de belleza en relación con los Países Bajos del Sur era rara. Igual que a los sureños la llanura del Norte les parecía grisácea y ventosa, a los Figurones, como se llamaba a la gente del otro lado de los Puertos, se les antojaba el Sur desolado, agreste y

maligno. Y los habitantes, atrasados, por supuesto. Si uno no tenía allí nada que hacer, no iba.

–Bonito –dijo Reier y pensó en comidas rancias, caminos polvorientos, puertos nevados y un viento glacial que en invierno cortaba el aliento–, ¿qué es lo bonito? Eso depende del gusto de cada cual. Eres una soñadora y has escogido un oficio duro en un mundo duro. Pero de eso coméis. Bonito... Hay montañas y a mí las montañas no me gustan. Pero los teatros son bonitos, y allí todavía hay teatros. Y para quienes llevan en la sangre afán de aventura, siquiera un poquito, es una experiencia magnífica.

Kai se levantó.

–Nos lo pensaremos –dijo.

Cuando hubieron salido del despacho, Reier marcó en el teléfono un número largo. Alguien contestó.

–Todo arreglado –dijo Reier–. Van a ir.

Pronunció las palabras muy lentamente, como si las dirigiera a un sordo o a un niño muy pequeño.

## 6

Camino, carretera, *weg*, *straat*, *baan*. Siempre me ha llamado la atención que, en holandés, la palabra *weg* signifique también ausencia. Camino, en español, es *weg*, en su acepción corriente, pero también viaje. Pues, bien, viaje es asimismo por definición la ausencia de lugar de donde se ha partido, pero le falta, después de todo, la brutal contundencia de *weg*. Sobre las vías de comunicación en todos sus significados yo, a causa de mi oficio, he filosofado, claro está, con bastante frecuencia, ya que, trátase de vía, camino, carretera, senda o calle, son palabras que en cualquier diccionario que se precie llevan siempre un séquito de expresiones idiomáticas y alegóricas que dan que pensar, sobre todo cuando la vida de uno, como es mi caso, se compone de carreteras y hay que pasarla en gran parte en las carreteras. La idea de que prácticamente todas las carreteras entre Delft, Zaragoza, Isfaham y Pekín están unidas entre sí abre unas perspectivas tan vertiginosamente laberínticas que apenas puedo permanecer sentado aquí, en el aula. Pero no es mi vida lo que aquí interesa, así que retiro estas líneas; no sin exhalar un suspiro, la verdad, porque creo que se reflexiona muy poco sobre las carreteras.

Para Kai y Lucía, éste es un día importante. Se ha dado toda la cuerda al reloj del destino y, hasta el final de su historia, seguirá sonando su tictac con un ritmo regular y calculado que, según algunos, perdurará cuando nosotros no estemos ya en este mundo para darnos cuenta de que el tiempo existe.

Partieron ya. Hace un par de días que están en camino y se hallan ahora cerca de las montañas que elevan y absorben la carretera. Allí, yendo en un pequeño automóvil, tiene uno la impresión de que el destino del viaje no está delante, sino encima, y a veces, en las curvas en forma de horquilla, detrás. Esto por fuerza ha de causar confusión y, como en el caso de Kai y Lucía, miedo. Motivos para estar asustados no les faltaban. Para quienes proceden de la llanura, donde todo se abarca con la vista, las montañas se

interponen entre ellos y la perspectiva. Lo que impide la perspectiva se convierte en perspectiva, y eso encoge el ánimo. Además, era otoño, un otoño sombrío y crudo. Los bancos de niebla se adosaban, amenazadores, a las escarpadas paredes de roca; la línea de árboles, último nexo con lo conocido, había quedado ya atrás y ahora corrían entre piedras: montones, torres, murallas y agujas de roca. Intentaban animarse mutuamente con una conversación más o menos frívola o con pequeños gestos y caricias, pero a medida que aumentaba el vacío del paisaje crecía también el silencio en el interior del coche. Apenas encontraban ya pueblos a su paso; las casas que aún veían alguna que otra vez eran de construcción diferente, la escasa vegetación parecía haber asumido el carácter del paisaje, áspero, malévol. Al anochecer llegarían al puerto donde la frontera de la Unión dividía la patria en dos partes tan desiguales.

—Aquí oscurece más tarde —dijo Kai, pero Lucía no contestó.

El sol era una mancha blanquecina, estridente, entre las sucias nubes, y, después de una nueva e interminable curva, la cordillera que se alzaba ante ellos les pareció la parte inferior de una dentadura aviesa, unos monstruosos colmillos afilados como prehistóricas hachas de mármol. Era inimaginable que la carretera condujera hacia allí. Cuando la última luz desapareció detrás de aquella mandíbula, no sin antes hacer una espectacular exhibición de retazos de color violáceo y carmesí, ambos pensaron, sin decirse nada, que en la oscuridad debía ocultarse otra hilera de dientes, ahora en posición inversa, dispuesta a morder y triturar todo aquello que entrase en sus fauces de dragón. Se arrimaron el uno al otro. Apenas encontraban vehículos en dirección contraria, pero cada vez que pasaba alguno, habiéndose anunciado mucho antes por un haz de luz lejano y errante que todo lo salpicaba, tenían la sensación de que el mundo se había hecho aún más oscuro y misterioso.

Sólo al cabo de un buen rato vieron unas luces fijas, amarillentas, débiles. Aquí aún estamos a tiempo de retroceder, pensó Lucía, pero tampoco esta vez dijo nada. El pueblo en que ahora entraban estaba abandonado. Todo el mundo estaba muerto, se había ido o dormía. Se detuvieron ante lo que parecía ser el único albergue del pueblo. En un rincón de la sala, dos hombres jugaban a cartas. Sus miradas siguieron a Lucía mientras cruzaba la sala; ella tuvo la impresión de que la devoraban. Sólo les resultaban familiares los anuncios de Heineken y Bols; todo lo demás, las voces, los muebles, incluso el color de la luz, les pareció extraño, como si las tierras en que iban a adentrarse al día siguiente los rechazaran anticipadamente o, cosa también posible, pretendieran advertirles.

Su habitación era pequeña y fría. En la cama parecía haber dormido ya alguien, y de la pared colgaba un ridículo grabado con una muchacha y un reno.

–Tengo miedo –dijo Lucía, pero era peor todavía que eso, no ya un simple sentimiento que se hubiera apoderado de ella, sino un estado que había tomado posesión de todo su cuerpo, una sustancia envolvente, de manera que todo en ella, los ojos, la piel, los pies, se había convertido en miedo, un miedo que sólo vencería dándose en ese mismo instante media vuelta, bajando la escalera a toda prisa, atravesando la sala donde aquellos dos hombres intentarían cortarle el paso, saliendo al exterior, metiéndose en el coche y emprendiendo inmediatamente el camino de regreso al mundo bajo y llano que nunca deberían haber abandonado.

–Estás cansada –dijo Kai–, mañana todo será diferente.

Pero cuando despertaron, después de una noche inquieta, durante la cual se había levantado un repentino vendaval que sacudió la ventana como si alguien quisiera forzarla y entrar en la habitación, y detrás de la puerta había sonado, creía Lucía, una carcajada sarcástica, todo seguía igual.

Kai fue el primero en levantarse. Había soñado que le hería los ojos una pequeña esquirla de vidrio o un trocito de hielo diminuto y agudo y, al despertarse, creyó que era debido a ello que todas las cosas aparecieran cubiertas de un velo. Descorrió las tenues y ajadas cortinas y vio que no era así. Aquel velo era la propia luz del día. Un color de lodo plomizo lo invadía todo, casas y montañas; un fango líquido, una sustancia viscosa que impregnaba edificios y automóviles y que, pensó, en cuanto tocara a alguien, quedaría adherida a él para siempre.

El miedo y la aversión, creía Kai, erróneamente, son sentimientos ante los que no hay que ceder. Las falsedades que tal resistencia origina dan lugar con frecuencia a infortunios aún peores que los que se hubieran producido capitulando ante el miedo, pero Kai era demasiado joven para saberlo, o acaso demasiado estúpido. No quería escribirlo, pero ahora ya está hecho. A veces, entre dientes, me digo a mí mismo: ¿es que hay que soltarlo todo siempre? Al fin y al cabo, yo mismo he concebido el personaje, ya que ¿quién sino yo decide ahora que atravesase la habitación de puntillas, para no despertar a Lucía, y se dirija a la planta baja? Cierra la puerta tras de sí con mucho cuidado.

El posadero se mostró más locuaz que la noche anterior y quiso saber cuál era el motivo del viaje. Kai le contó que iban a actuar al otro lado de la frontera, una palabra, actuar, que tuvo que explicar con mayor detalle. Una vez hecha la aclaración, el posadero le aconsejó con insistencia que regresara al Norte.

—No tenéis nada que hacer ahí, muchacho, y menos yendo con ella. Yo no soy del Norte, pero estoy en condiciones de decirlos que al otro lado lo que hay es una jungla. Son unos salvajes, entre ellos vuestra vida peligra. A veces esa gentuza se aloja aquí, y yo tengo que admitirlos porque me gana la vida con ello, pero por la noche duermo con un cuchillo debajo de la almohada. Vosotros estáis acostumbrados, cuando ocurre algo, a llamar por teléfono a la policía; pues bien, ahí tienes a la policía de la frontera. Míralos, en seguida sabrás a qué atenerte.

Qué extraño, pensó Kai, que lo que en aquellos policías había de inspirar más confianza fuera precisamente lo que más asustaba. Sus uniformes eran demasiado grandes o demasiado pequeños, sucios, desaliñados, pero no era eso lo peor. Sus cabezas, que Kai veía de frente o de perfil, recordaban las fotografías de criminales que aparecen en las fichas policiales, y aquel curioso contraste entre fisonomía y uniforme

redoblaba el efecto de intimidación, acentuado todavía más por los revólveres grandes y anticuados que colgaban de sus cintos.

–¿Qué clase de gente es ésa?

–Los vigilantes de la frontera. Pertenecen al otro lado. Preferiría no verlos por aquí nunca, pero vienen a comer una vez al día.

–¿Policía de frontera? Pero, si es un mismo país, ¿qué necesidad hay de frontera?

–Pues, sí, es raro, pero no hay otra manera de controlar lo que viaja del Sur al Norte. Artistas no se ven muchos. Bueno, a lo mejor pasan de largo o van en avión, pero la mayor parte de los viajeros no dejan de detenerse aquí, aunque sea un momento, porque es el último alto, y lo que les espera al otro lado no es precisamente el paraíso.

Hizo una seña a Kai para que se acercara a su rostro sin afeitarse.

–Si alguna vez te ves en dificultades, acude a esos sujetos sólo en último lugar. En el mejor de los casos te costará dinero y casi siempre son ellos mismos el origen de todos los males.

Kai decidió no contarle nada de todo esto a Lucía. De regreso en la habitación vio que ésta se había escondido bajo las mantas. Suavemente fue retirándole de encima los raídos harapos y, como siempre, se sintió profundamente conmovido por su belleza. El cabello dorado se esparcía sobre la sucia almohada como un deslumbrante resplandor. Quiso acariciarla, pero ella se había recluso en su tristeza, su cuerpo reaccionaba como si fuera de otra persona y tenía los ojos empañados como si hubiese estado llorando desde que él había salido de la habitación. Kai hizo ver que no se había dado cuenta de nada, tarareó, se dirigió a la ventana con los flexibles pasos de alguien a quien espera una gran aventura y echó una mirada al frío e inhóspito tramo de carretera que conducía al puesto fronterizo.

## 8

Quien nunca haya hecho un viaje, por capricho o por necesidad, hasta el punto más meridional de los Países Bajos no puede imaginarse el sobresalto que experimentan la mayoría de los holandeses del Norte cuando, por primera vez, atraviesan el Puerto de la Discordia, el primero de los Altos Puertos. Incluso quienes maldecían la sorda monotonía de los pantanos del Delta, tenían aquí la impresión de que su mundo se rompía en dos.

Pero allí estaban Kai y Lucía. En la oficina del puesto fronterizo colgaba aún en la pared el retrato de la reina, de cuerpo entero, llena de condecoraciones y sin su habitual sonrisa, más bien con expresión de sorpresa, como si se preguntara por qué tenía que estar sola en medio de aquel cuarto, con aquel hombre rubio vestido de frac que aparecía a su lado como si acabara de llegar para comunicarle que el vino se había acabado. Quizá no sonreía por otra razón: quería dejar bien sentado que no podía hacer nada ante el hecho de que sus excéntricos antepasados se hubieran impuesto la obligación de gobernar también sobre el árido desierto que se extendía más allá de la línea fronteriza. El edificio mismo era una ruina, una casucha descolorida. Uno de los hombres que Kai había visto aquella mañana en la posada salió al exterior.

–Salga de ahí –dijo a Lucía.

–¿Por qué? –preguntó Kai–. Aquí están los papeles. Además, no vamos a salir del país.

El hombre no le hizo caso y golpeó con su mano el techo del automóvil.

–Vamos, salga.

Lucía se apeó del coche y siguió al hombre hacia el interior del edificio. Desaparecieron en una habitación. Allí, el individuo la sujetó, le palpó los senos con sus manazas y luego entre las piernas, y fue a recostarse en su sillón.

–¿Por qué ha hecho eso? –preguntó Lucía.

–Un cacheo –dijo el otro en tono burlón.

–Quiero presentar una reclamación.

–Las reclamaciones por triplicado al comandante del puesto. A lo mejor a él le parece que no lo he hecho del todo bien. Puede hacerse de otra manera. Para eso tenemos una matrona.

Se levantó lentamente. En aquel momento irrumpió Kai en la habitación arrastrando de su brazo a otro agente.

–Vaya, vaya –dijo el primero–, qué prisas tenemos. Da igual, puedes quedarte. Pasaporte, los documentos del coche.

–¿Qué ha ocurrido aquí?

–¡Los papeles!

–Dáselos –dijo Lucía en voz baja.

–Muy sensata, tienes una mujer sensata. Bien, serán doscientos florines.

–¿Para qué?

Los agentes se miraron llenos de asombro.

–¡Hay que ver qué cosas preguntan! –exclamó el hombre que había cacheado a Lucía.

–Doscientos florines, de lo contrario vas a tener que esperar aquí un rato más.

Kai sacó la cartera y contó el dinero.

–Te lo devolveremos cuando pases otra vez por aquí, si es que vuelves a pasar.

–Exijo un recibo.

–Pasado mañana.

Lucía le extendió la mano a Kai. Él recogió el pasaporte, que nadie había mirado, de encima de la mesa y se lo guardó. Poco a poco se dirigieron a la puerta y salieron.

–Gente muy sensata –oyeron decir cuando la puerta se cerró tras ellos. En silencio, subieron otra vez al coche. La barrera se levantó y, sin mirar las socarronas caras que les observaban detrás de las ventanillas, se adentraron en los Países Bajos del Sur.

## 9

Un paisaje y un estado de ánimo sirven de telón de fondo a tres hechos que se suceden rápidamente. El paisaje es, al otro lado del puerto, despiadado. «En un lugar así podrían ponerse muchos otros ejemplos de encanto», dice Demetrio en su ensayo sobre el estilo, y esto sirve también, claro está, para el encanto invertido de la fealdad. Es tentador en este punto explayarse sobre el aplastante espectáculo de la cordillera rocosa, sobre todo si uno lo hace a gusto, pero voy a dejarlo en despiadado y en el estado de ánimo que ello suscita en Kai y Lucía.

Se ciñen a las curvas que impone la carretera, Kai se marea y tienen que detenerse. Lo hacen al borde de un precipicio, Kai sale del coche, y en ese mismo instante el gélido viento le introduce en el ojo una partícula de polvo, carbonilla o vidrio, tal como le había pronosticado su sueño. En el espejo retrovisor intenta ver de qué se trata. A quien le entra algo en un ojo se le nubla la vista, mira a través de una mancha acuosa y ve en el espejo a alguien con un ojo diferente del que está acostumbrado a ver o a lo mejor ve su ojo por primera vez. La gente, creo yo, cuando contempla su propio rostro, no mira sus ojos, los evita aunque no deja de verlos. Si se ven obligados, como le pasa ahora a Kai, a mirarlos muy de cerca, perciben esa cosa extraña y aislada que es un ojo, con su rojiza afluencia de sangre, y la visión infunde miedo. Peor aún: cuando aquello con lo que se ve es diferente, quizá sea diferente todo lo demás y uno mismo haya cambiado. Algo así le ocurre a Kai. ¿Se ha convertido, de p ronto, en otra persona? No, claro que no. Se ha abierto una cisura en la totalidad de su ser, se ha hecho un «araño», como dirá más tarde alguien en un castillo del Sur, y como sucede con toda herida, por pequeña que sea, una parte de lo que uno es desaparece en ella. Por eso, poco después toma una curva demasiado abierta y choca contra la pared rocosa, a consecuencia de lo cual el guardabarros izquierdo se incrusta en la cubierta de la rueda correspondiente y el coche queda inutilizado. Permanecen allí detenidos, en el silencioso paisaje. No pasa nadie. Al

rato, oyen el ruido de un motor, pero no aciertan a decir por qué lado viene. Han salido a la carretera para hacer autostop. El ruido se desvanece detrás de los desfiladeros, retorna, se apaga otra vez y vuelve a oírse con mayor intensidad.

Lo que aparece por fin es un enorme Tatra negro, un automóvil checoslovaco que, más que ningún otro modelo, tiene el aspecto de un animal, el único con aleta dorsal, una auténtica bestia depredadora. Pasa de largo, pero en el momento en que se cruza con ellos, ven en su interior el perfil blanco, glacial, anguloso de una mujer. Como esculpida en el hielo, piensa Lucía, y el símil es correcto. No sólo eso, sino que además pertenece, junto con el veloz paso del automóvil, al orden natural. Aquí las cosas son así. Se perderan su primera actuación en Dachfart, y también eso forma parte del orden natural.

Se aproxima otro automóvil con tres guardias fronterizos. Son otros y muestran curiosidad, quieren verlo todo, las maletas, los documentos. Uno de ellos se pone sobre el uniforme el vestido de lentejuelas de Lucía y hace un paso de danza, lo cual, contra el fondo de las montañas desnudas, no deja de tener su gracia.

El segundo no dice nada, desliza la tela entre sus dedos y mira a Lucía. El tercero se muestra amable. Desea saber qué hacen y les pide una demostración. Va a ser su primera actuación en el Sur. El viento azota sus vestidos, el frío corta.

El guardia le ha entregado a Kai un documento de color grisáceo. Kai le ha vendado los ojos a Lucía, que se sitúa a considerable distancia y tiene miedo de caerse por el barranco. Aparece ahora en el rostro de Kai un gesto de concentración. Fija la mirada en el papel, pasa la mano izquierda por encima a modo de conjuro, hace el mismo movimiento circular con la derecha. Los ojos de los tres hombres siguen sus movimientos. Luego levanta la cabeza, con un aire un tanto heroico. Llega del cosmos un mensaje que, en virtud de la fuerza de su espíritu, transmitirá a Lucía, la única persona en el mundo que sabrá descifrarlo.

—¿Estás lista?

—Sí.

—¿Sientes la energía?

—Sí —y mantiene levantada una mano un poco trémula.

—¿Qué tengo aquí, Lucía, qué tengo aquí?

—Papel...

—Sí.

—... de color gris... ¿Un cuadernillo?

–¿Sí?

Al oír la elevación del tono de la voz y el acento interrogante, ella vacila. Mientras tiene lugar esta escena y yo la describo (dos acontecimiento simultáneos), me pregunto si los semiólogos se han ocupado alguna vez seriamente de las codificaciones del ilusionismo. Los cabellos dorados de Lucía se agitan alrededor de la venda que le rodea la cabeza. Percibe que los hombres no saben a cuál de los dos mirar.

–¿Qué hay en él?

–Un número.

–¿Un número de cuántas cifras? –Son siete.

–De... mmmmm... siete cifras.

–¿Y qué número es?

–Dos... tres...

–Dos, tres... ¿y luego?

–Nueve.

–Bien.

–Seis.

–Cuatro números todavía.

–Cinco.

–Muy bien.

–Siete, seis.

Aplausos, subrayados por una ráfaga de viento. Kai le quita la venda y ella sacude los cabellos. Está radiante. Una sala o una carretera de tercer orden, qué más da. Ha actuado, ha modificado una fracción de lo que le rodea, ha aportado algo al día. Algo mínimo, pero, así y todo, algo. Se siente feliz como un escritor que cuenta un cuento y consigue no interrumpirse. Estas cosas nos son arrebatadas, no conservamos más que hilachas de antiguas visiones. Tiburón, ¡cállate!

Los tres hombres, valiéndose de una barra de hierro, enderezan el guardabarros, separándolo de la rueda. En eso consiste su magia. Una o dos horas más tarde, precedidos por el coche de la policía, entran en Dachfart. Oscuros pórticos, indicadores del Real Club del Automóvil donde «Amsterdam» aparece seguido de un número de cuatro cifras y de nombres imposibles, anticuados automóviles norteamericanos, una calzada llena de baches. Pero también, pensó Kai –pero sólo porque yo así lo decido–, un ambiente amable, grupos de hombres en cafés mal iluminados, carretillas llenas de

fruta y carne humeante sobre las llamas temblorosas del fuego. Al llegar al ruinoso teatro, Lucía, no Kai, advierte que uno de los guardias fronterizos señala al otro con un movimiento de cabeza la presencia del Tatra negro y que este otro se encoge de hombros. Piensa en el rostro de aquella mujer y se estremece, como si la mujer y el aire de la noche fueran la misma cosa.

## 10

El director del teatro suda y todo el teatro huele a sudor y a maquillaje. Es como debe ser, el contrapeso consiste en abanicos y agua de colonia. Para Kai y Lucía ya han dejado de existir las montañas, el frío y el Sur. Sólo existe el bullicio de gente nerviosa que se entrecruza en los pasillos de detrás del escenario, rostros maquillados o a medio maquillar, el rumor de bromas y alusiones, el profundo brillo de las joyas falsas, la máscara del payaso y sus enormes zapatos, la afinación de los instrumentos musicales. Nada es verdadero, todo es, pues, perfecto. Les es asignado un pequeño camerino. El agua del grifo tiene color de sangre diluida, alguien ha dejado allí algodones con el negro lodo de su maquillaje, el espejo está astillado y fragmenta la imagen perfecta de la pareja. Sólo sienten agitación, el resto carece de importancia. Lo que oyen, como un marino oye el mar en la lejanía, es el ruido, inaudible para otros, que produce el público, un animal vivo que los devorará o los vomitará. El vestido, que, sobre el uniforme del guardia, había sido una bandera obscena, relampaguea ahora bajo la luz turbia. El traje de Kai es una versión mal entendida de algo barroco: relumbra, es negro con un destello violáceo, hecho a tono con el color de su cabello. Se empolva el rostro de blanco y se afea con el fin de aparecer luego, en la sala, más bello; una perversa forma de belleza que se basa en la propia negación, como con los actores de los años veinte que, si bien movían los labios, no salía de ellos ningún sonido.

Unos golpes en la puerta son el aviso de que ha llegado el momento. Se sitúan entre bastidores y ven que el payaso, un hombre viejo y gordo, intenta coger una pelota que él mismo ha lanzado al aire. Pero la pelota, que simboliza el destino, se comporta como una persona. Es la antagonista del payaso. Le atormenta, le evita, escapa de él, le derriba, y el payaso cada vez se siente más viejo y desalentado, hasta que por fin, en un último intento de dominar el mundo esquivo, se desploma cuan largo es en el escenario, entre gritos y aplausos, y, poco a poco, lamentándose, se dirige a gatas hacia los

bastidores y pasa entre las piernas de Kai y Lucía, que hacen su aparición ante el público. Sobreviene el silencio, un silencio que conocen muy bien, el silencio del público que cobra conciencia de su propia insignificancia. Son demasiado hermosos y sólo disponen de unos minutos para hacérselo perdonar, minutos que marcan la diferencia entre el amor y el odio. Y, además, forman una pareja, una *paar*. Siempre me ha gustado la palabra holandesa, la española es demasiado larga. Pareja, si se pronuncia en voz bien alta, evoca un vínculo, pero nunca con la fuerza absoluta contenida en la palabra holandesa *paar*. La pareja es la asociación humana más reducida y, debido a que excluye a los demás, resulta insop o rtable. Es una idea platónica, y esto en la realidad no se puede sufrir, sobre todo si, como en el caso de Kai y Lucía, parece una idea que ha llegado a ser irreprochable, una vez más «sin tacha ni baldón». Debe seguir siendo una posibilidad, no es lícito estar en un escenario sin obtener el triunfo.

Mientras la voz del director les anuncia desde atrás, Kai se adentra en la sala. No escucha la voz que ahora dice: «Y ¡mucho cuidado! ¡Si llevan encima algo peligroso, algo comprometedor, algo que los demás no deben saber o ver, apresúrense a esconderlo, a mantenerlo bien oculto, ya que el contenido de cualquier notita, cualquier documento, cualquier carta que Kai toque en la sala, Lucía podrá verlo, deletrearlo, leerlo en voz alta! ¡Mediante la energía mágica que él transmite a su pareja, ella, con los ojos vendados, lo ve todo, absolutamente todo, sin excepción!».

Es, a Kai le consta ya, un buen público. Gente que cree, no corrompida todavía. Como un pavo real con la cola extendida se mueve entre las butacas, escoge a sus víctimas, sabe quién le conviene y quién no. Su aparición, su proximidad, su acento norteño, todo eso excita a los espectadores, cuyas miradas van de él a la emblemática mujer que está en el escenario, una mujer rubia que se mece suavemente en un círculo de luz como si ya ahora estuviera poseída por fuerzas misteriosas y que, desde detrás de su velo de oscuridad, parece absorber los nombres y los números de todos los rincones de la sala. ¿Es un truco o él los envía cifra a cifra, letra a letra, por el aire invisible? Y, posibilidad aún más turbadora, ¿ven más de lo que dicen? ¿Conocen aquellos dos magos también los otros secretos, más lóbregos aún, con que cada cual anda por el mundo?

En la parte posterior de la sala, en un palco, se halla la mujer del Tatra. Kai no la verá hasta que esté demasiado cerca, cuando ya sea demasiado tarde. No está sola en el palco.

«¡No te da vergüenza, hombre, continúa el relato sin andarte por las ramas!» Eso me

lo digo a mí mismo, aquí, en Zaragoza, o mejor dicho, a una parte de mí mismo, al ingeniero, al que siempre está dispuesto a rendir cuentas. ¡Como ilusionista sería un desastre! ¿Cómo es posible que yo vea también lo que está sucediendo allá detrás, en el palco? Una pregunta tonta, formulada, además, demasiado tarde. ¿Cómo se explica que les haya acompañado en su viaje, que haya visto lo que ni siquiera Kai pudo ver, el manoseo impúdico que Lucía hubo de consentirle al guardia fronterizo? ¿Cómo sé lo que están pensando? Es como si Kai le contara al público cómo hace su número, sería la peor forma de insultarles, una infracción de todas las normas. Socava la fe, arruina el placer. En lo sucesivo no volveré a hacerlo. Es una irrupción, una perturbación del orden, un firme de carretera en mal estado.

Pero estamos ya en el palco. La mujer no está sola; lo mejor será, de todas maneras, mirarla a ella en primer lugar.

Hay que renunciar a saber qué edad tiene, imposible averiguarlo. Hielo, pensó Lucía, el hielo, en todo caso, que se parece al cristal, semejanza que los franceses reflejan en su palabra correspondiente, *glace*. La mujer no permite que nadie la examine para saber algo de ella, en su piel rebotan las miradas, y el pensamiento, que permanece revoloteando a su alrededor, sabe que es mejor así, ya que si se le diera acceso, se vería absorbido hacia el glacial mundo subterráneo que se oculta bajo la superficie del hielo. Es la Reina de las Nieves, así la llaman. Kai, sin poder siquiera llegar a expresarlo en palabras, se dará cuenta más tarde: esta mujer pertenece a la misma categoría que Lucía, la de los cuerpos perfectos, pero el de ésta tiene que ver con la muerte. Observa cómo se aproxima Kai igual que la araña espera a la mosca. Dice algo al hombre más viejo que está a su lado. Éste sacude la cabeza, intenta disuadirla, pero le da el papel que ella le ha pedido y se encoge de hombros; no quiere saber lo que la mujer escribe, no quiere ver cómo le entrega la nota al hombre joven que está detrás de ellos en el mismo palco. El público sigue a Kai con la vista, mientras éste, en el haz de luz que lo envuelve, va aproximándose al palco. Cuando él, la mujer y los dos hombres quedan apresados en el círculo luminoso, el público exhala un suspiro, como en una velada de boxeo, cuando, después de unos combates de poca importancia, llega, por fin, el momento de los campeones. La conocen, la tenían temporalmente olvidada, o quizá su sola presencia contribuía a la excitación de aquella noche; pero ahora ya no pueden olvidarla, está allí como una muñeca blanca congelada, sus joyas centellean a la luz de los focos y

deslumbran al hombre que se halla ante ella y que sabe que ya no puede retroceder. Se miran fijamente, pero no como iguales. Podría oírse el vuelo de una mosca.

## 11

Lucía nota un dolor en los ojos, se da cuenta de que ha perdido la atención del público. El aliento de éste va en la otra dirección. A través de la opaca venda que le cubre los ojos ve la forma de Kai en el fondo de la sala. El cuerpo de éste se interpone entre ella y la mujer, pero Lucía sabe que está allí. Ve, sentado junto a ella, al hombre viejo, que tiene el rostro de un actor que interpreta el papel de un oficial del ejército; no quisiera ser visto. Al segundo hombre no puede verlo. Es quien ahora le entrega a Kai el papelito.

–Lucía, ¿me oyes?

El público se revuelve como un toro en el ruedo.

–¿Lucía?

–Sí.

–Tengo aquí...

Se da la vuelta. Lucía desvía el rostro como si estuviera en trance, y dice:

–Un papelito blanco.

El toro murmura, habla consigo mismo, sacude su cabeza enorme.

–¿Puedes ver lo que hay escrito en él?

Soy yo, eres tú, quienes estamos escritos ahí. Lucía lo piensa, pero no le está permitido decirlo. Kai se ha echado a un lado. Ve a la mujer, al joven situado detrás de ella, que se inclina hacia delante con impaciente curiosidad. Es rubio, pero tiene algo de gitano. Lo está pasando en grande.

–Es de un hombre...

–Sí... No...

Si no creemos en lo sobrenatural, y eso ha quedado ya convenido, ¿en qué vamos a creer? Kai tiene su código para comunicar a Lucía que la cosa no anda bien y que tiene

que arreglárselas como buenamente pueda. Aunque él le haga decir a ella lo que pone en el papel, ella no debe decirlo.

¿Sé yo lo que contiene el papel? Sí, sé lo que contiene. Lucía puede adivinarlo. Ni ella ni yo lo decimos. Dumas, *pèreet fils*, se ríen de mí. Pero nadie en la sala sabe lo que pone en el papel. Nadie, a excepción de la mujer que lo ha escrito y Kai que lo lee. El poder, si se lo quiere llamar así (yo no quiero), que tengo es el de un hombre que, solo en un colegio, imagina algo. Imaginar es tomar decisiones. Aparte de eso, nada puedo hacer. Lucía permanece inmóvil vuelta hacia el grupo del palco.

—¿Un número quizás...?

—No.

—Palabras, veo palabras.

—Sí.

Lucía se pone a temblar. Se vuelve lentamente y hace lo único posible.

—Son... tan... tan... fuertes....

Se cae, como sólo un acróbata sabe hacerlo, a cámara lenta. Se repliega sobre sí misma, sus miembros se doblan con un movimiento infinitamente untuoso. En el mismo suelo de madera en que poco antes se arrastraba el humillado payaso, la que hacía unos instantes era una mujer erguida se convierte en una trémula pirámide de tela que va desplomándose cada vez más hasta ser un cuerpo inmóvil que yace en el escenario, la cabeza, con su largo cabello, doblada artísticamente hacia delante, de modo que las candilejas le arrancan un profundo brillo dorado.

Con unas cuantas zancadas rápidas Kai llega junto a ella, la levanta, un pavo real con una pava real en sus brazos. La deja en el suelo lentamente. Ella ahora permanece inmóvil, de pie, como si buscara el equilibrio en el aire que la rodea. El toro resopla. Entonces Kai vuelve rápidamente a la primera fila, de manera que por un instante la luz destella en todas las lentejuelas de su traje, le arrebató a alguien un documento de las manos, se introduce por el pasillo central y, en medio de la sala, le hace decir a Lucía el nombre, los números, la edad, la estatura, el color de los ojos. Todo el mundo puede comprobarlo, coincide, coincide, y, en medio de una oleada de gritos y aplausos, abandonan el escenario, vuelven a aparecer, sonriendo, haciendo reverencias, casi danzando al son de la deplorable orquesta.

El público sigue aplaudiendo. Lucía se ha despojado de la venda. Kai le dirige una mirada interrogante y ella aprueba con la cabeza. Tienen la costumbre, cuando los

aplausos son insistentes, de retirarse del escenario separadamente, ella la última. Escuchando los aplausos, se cruza con Kai en la penumbra de detrás del escenario. Lucía se queda sola en el círculo de luz, como si aquellos aplausos duros y rústicos le dieran la vida, y cuando nota que disminuyen de intensidad, se retira. No ve a Kai y va al camerino.

La puerta está abierta, pero no encuentra a Kai. Es pronto para estar seguro de ello, pero lo sabe: se ha marchado. Regresa corriendo al escenario, donde está actuando un cantante, y desde los bastidores mira la sala. El palco está vacío, la mujer y sus acompañantes han desaparecido. Quiere gritar su nombre, pero no puede, y busca la salida que conduce a la zona abierta al público. Cuando la encuentra, sale, enfundada en su vestido, que de pronto resulta grotesco, y recorre los pasillos semicirculares hasta que llega al palco. También la puerta del palco está abierta. Mira las ajadas butacas, ve el público desde detrás, un mundo al revés que aumenta su miedo. No ve la notita que está debajo de una de las butacas. Vuelve rápidamente sobre sus pasos, busca al director, no lo encuentra, pasa por delante de su propio camerino y entra en el de al lado, el del payaso. La pelota, demasiado grande y amarilla, está en medio del camerino, los retorcidos zapatones descansan en una vieja maleta; pero el hombre que, metido en una larga camisa de franela, está quitándose el maquillaje ante el espejo es una mujer vieja.

## 12

Kai no ofreció ninguna resistencia, cuando los dos hombres le echaron encima una pesada tela oscura; fue todo tan rápido. No eran los mismos del palco, eso aún consiguió verlo, pero no recordaba nada más, salvo el olor cáustico y mareante de aquel paño y la sensación de una larga caída que nunca había de tener fin, ni siquiera cuando llegara a enterarse de lo que estaba ocurriendo. Y así había de ser, en efecto. También en el automóvil seguía cayendo, y el tiempo en que ello sucedía ya no tenía medida. Ahora estaba en una habitación, inmóvil, cayendo sin cesar, y aunque no tenía noción del tiempo en que ello sucedía, advertía diferencias en la caída. Mientras él caía lentamente, otras imágenes, más rápidas, caían a su alrededor y algunas de estas imágenes estaban sometidas a una fuerza gravitatoria diferente de la que él tenía que obedecer; el punto hacia el que eran atraídas se hallaba a su lado, incluso encima de él, de forma que, cayendo hacia arriba, se cruzaban en su camino, por lo que aumentaba su vértigo y, en consecuencia, su miedo. Incluso cuando mantenía los ojos cerrados, con las manos aferradas al borde de la cama, las veía. La carretera, las cerradas curvas, el resplandor de los faros del Tatra, que resultó ser mucho mayor de lo que le había parecido desde fuera. No sólo él estaba en el coche, oprimido entre aquellos dos hombres, sino que también ella aparecía en su campo de visión, tal como estaba sentada al llegar él, con la misma expresión que le había visto en el teatro. También la mujer se hallaba sentada entre dos hombres, pero nadie ni nada la sujetaba. ¿Cuánto tiempo llevaban viajando? Lo que recordaba era una alternancia de luz y oscuridad, pero sin un orden de sucesión. Ahora se ve a sí mismo, al borde de la carretera, humillado, vomitando, y luego, en la oscuridad, acurrucado, mientras alguien le golpea suavemente con el zapato en los riñones. También risas, vistas, pero no oídas. No era ella la que reía. Ni le veía, agachado en la carretera; el automóvil como una forma compacta en la semioscuridad. La carretera, el pavimento, en el que se había apoyado con una sola mano al caerse. El

gris de la gravilla, el olor del asfalto, la superficie áspera al tacto, desigual, una mala carretera, parches de arena donde debía estar empedrado, arcones peligrosos, cuestas irregulares. Bosques, masa negra. ¿Nieve? Sí, pero allá en lo alto, no por donde ellos iban. Peladas faldas de montañas cubiertas de nieve, muy a lo lejos. Bosques de coníferas, como un ejército. Y crestas de cordilleras, no demasiado altas, cada vez más lejanas, envueltas en neblina, y más difuminadas conforme avanzaban. Sin comer, no había comido. Sí que había bebido algo de una cantimplora, tibio y amargo. Entonces volvió a vomitar. Y había dormido. O soñado, con Lucía, pero muy lejana, inalcanzable. El hombre que le había entregado la notita, estaba presente cuando le introdujeron en el automóvil, burlón, desdeñoso. El viejo dormido. O no, pero con los ojos cerrados. Viejo, podía ser un actor. En el teatro, sus grandes ojos brillantes, ahora cerrados. Y ella inmóvil, una muñeca. Le había mirado una sola vez, como desde un trapecio, antes del salto. La mirada que mide la distancia, la diferencia entre caer y agarrarse.

Una llanura, luego otra vez bosques. La carretera que va fluyendo por sí misma, buscando la profundidad del valle, las colinas más suaves, el rastro natural de los animales antes de ser carretera, el lugar de la curva que impone la propia naturaleza, la carretera que trepa sobre sí misma, que se adelanta a sí misma, como una serpiente. La carretera busca el río, se convierte en puente, se convierte en carretera. El bulto del hombre que empuña el volante. Hombros negros, nuca negra, manos en el volante, la luz del cuadro de mandos, la capota del motor, y luego otra vez la carretera, deslizándose por el otro lado, por el lado del que proceden, estrecha en la lejanía, ensanchándose cada vez más, fluyendo ruidosamente a ambos lados del coche. Luego vuelve a quedarse dormido, ¿graznidos de ocas? Graznidos de ocas, cesa el ruido del motor, o suena más suave. Voces. Su propio idioma, pero no exactamente igual. Otra música. Despectivas alusiones a él, acerca de él, lo sabe muy bien. Gravilla, puertas, pasillos, y nada más, nadie con él. Mide el cuarto con la mirada. Alto de techo, con dos grandes ventanas. Oye gritar, luego una voz que se impone a las demás, un disparo, otra vez gritos. Silencio, pisadas, sueño. Intenta pensar en Lucía, pero por mucho que extienda el brazo, la imagen de ella retrocede. No es su brazo. Ahora quisiera pensar en sí mismo, pero no puede. Cuando lo intenta de nuevo, aparece otra luz, no, aparece la luz. Hay un plato lleno de fruta a su lado y un vaso de agua. Quiere incorporarse. La habitación empieza a dar vueltas. Cierra los ojos y al volver a abrirlos los fija en la fruta. Allí está, muy quieta. Lentamente, muy lentamente, extiende la mano y sigue con la mirada el penoso avance

de aquel instrumento extraño hacia la fruta más grande, una manzana. Detrás, en segundo plano, algo destaca vagamente y ve, en el extremo de su campo de visión, por encima del dorso de la mano, más allá de la fruta, una rodilla. Su mirada asciende como si fuera izada y se encuentra con la del hombre viejo, cuyos ojos no expresan hostilidad, sino más bien cierta compasión.

## 13

Lucía se detiene en el vano de la puerta, la mujer vieja se vuelve hacia ella y ve el pánico en su rostro.

–¿Qué pasa? ¿Puedo ayudarte?

–Mi marido se ha marchado.

La mujer vieja comprende que Kai no se ha ido por un rato, sino que se ha ido. Hay desgracias que se revelan al instante con toda claridad, el destino en su más cruda expresión. Se levanta, coge a Lucía de la mano y la acompaña por los pasillos afuera del edificio. El automóvil negro ha desaparecido; el de Kai y Lucía está allí todavía, con las ruedas rajadas. Es ahora cuando Lucía se echa a llorar. El payaso se la lleva otra vez al interior y le da algo de beber.

–¿Qué puedo hacer? ¿Llamo a la policía?

–Mejor será que no lo hagas. ¿Ha sido aquella mujer?

Lucía afirma con la cabeza.

–La llaman la Reina de las Nieves.

Lucía repite el nombre. Las extrañas palabras quedan suspendidas en el mohoso aire del camerino, entre las máscaras del payaso y sus zapatones vacíos. Parecen contener una amenaza. Vuelve a pronunciar el nombre llena de incredulidad y de rabia, se levanta y dice que tiene que hacer algo.

–Vamos a hacer algo.

–¿Por qué se lo ha llevado?

Sólo con mirar a la anciana, recobra Lucía la calma. Su rostro ancho alberga una peculiar serenidad, una gran reserva de sabiduría. Serenidad, sabiduría, eso son sólo palabras. Es una mujer fuerte.

–¿Por qué?

–Porque ha querido. Tiene mucho poder en la región donde vive. Aquí no suele venir,

pero todos la conocen. Debe de ser una banda de salteadores. En un castillo, en algún sitio del este, en los bosques. Lo encontraremos.

–¿Una banda de salteadores? Yo no creo en cuentos de hadas.

–Es un error.

–¿Qué?

–No creer en cuentos de hadas.

–¿Por qué?

–Porque hay muchas cosas que pueden explicarse mediante los cuentos de hadas.

El cuento de hadas es un hongo de la realidad. Disfraz, apología, hongo, enfermedad, caricatura. El payaso piensa en todas esas cosas, más o menos simultáneamente, pero no dice nada. Odia los cuentos de hadas, pero eso no es motivo para no creer en ellos. Más adelante volveré sobre este asunto.

Lucía contempla la gruesa anciana que tiene delante. «Secuestrado», dice en voz baja como si así pudiera conjurar el momento.

En lo que a mí respecta, aquí en Zaragoza, había creído que en lo sucesivo me mantendría al margen, pero es evidente que no. Cuento de hadas, disfraz, apología, comprendo muy bien lo que ella quiere decir, pero yo nunca lo hubiera expresado así. Claro que la anciana no lo ha dicho, no soy tan tonto. Pero ¿y si alguien me hubiese preguntado? Eso me costaría un kilómetro. Cuando no sé la respuesta a algo, me pongo a andar de un extremo a otro del aula y fumo. Ducados, pero no me trago el humo, de lo contrario ya estaría muerto. Diez Ducados equivalen a un kilómetro, no me pregunten cómo lo he calculado, aunque conozco muy bien la respuesta. En estas cosas, de hecho, puedo llegar a ser muy exacto. ¿Cómo es posible ponerse a escribir un relato, si no se conoce la respuesta? El holandés me ayuda siempre, es una lengua inspirada. *Sprookje*, cuento, aquello que es contado, transmitido mediante el lenguaje. Es decir, traducido. *Sprooc* es la expresión que usan en el Sur, donde están ahora Kai y Lucía, y significa simplemente lo que alguien dice, su lengua, sus palabras, su habla. *Sprooc*, *sproke*, una narración, un relato, y yo aún los he visto allí, en las plazas, a los «sproocsprekers», como se les llama, los contadores de historias. Pero, bueno, todas las palabras adquieren y pierden significados, y actualmente un cuento de hadas es aquello que se sigue contando, pero que no es verdad, porque no puede serlo. ¿Qué es la verdad, y cuándo? Un hombre con un corazón artificial es el tema de un cuento de Hoffmann, aunque se llame *Erzählung*. ¿Y un hombre en la luna? Hace quinientos años eso era imposible; en

cambio, por aquel entonces era corriente que un papa muriera asesinado. «El papa de la sonrisa», ése es el abominable apodo que le dieron a aquel pobre hombre que sólo pudo ocupar el trono pontificio durante treinta y tres días, tantos como años vivió Jesucristo. Terminado el plazo, lo asesinaron, ¿o es un cuento de hadas?

Los cuentos de entonces son la realidad de ahora y viceversa. Por este camino, pues, no hay manera de avanzar. ¿Qué es un cuento de hadas? Es la intensificación de un relato, de la misma manera que el relato, si es bueno, no es una copia, sino una intensificación de la realidad, la historia desprovista de su parsimoniosa cronología. Recuérdese a Andersen, que suele empezar de buenas a primeras con una explosión: «¡Ahora tenéis que escucharme!». Yo lo que quisiera, por supuesto, es hablar con esa anciana sobre la diferencia que existe entre relato, realidad y cuento de hadas, pero eso es precisamente lo imposible, ya que ella está en él, en el interior de este *sprooc*. Y yo no, aunque a veces lo parezca. Los cuentos de hadas no deben interrumpirse, Tiburón, y menos por quien los está contando. Otra vez lo de siempre, como cuando iba al colegio. «¿Dónde tienes la cabeza, Tiburón? Señores, lo que ustedes ven sentado ahí, en el pupitre, es la presencia corporal de nuestro amigo Tiburón, pero su espíritu está en otro lugar.» Carcajadas de desprecio, pero yo ya estaba acostumbrado a ello. Fue un verdadero milagro que fuera a parar a Delft. Aunque también allí me acusaban de «divagar». Esta palabra, en cuanto la hube comprendido, se me antojó espléndida: me iba demasiado por caminos laterales, cosa graciosa considerando que, además, estudiaba ingeniería de caminos. Así y todo, ¿qué leí yo una vez sobre Diderot? «El arte de la digresión es la aproximación intuitiva a la complejidad de lo real.» Pero qué es la realidad, y, además, yo no soy Diderot. No, aún no he resuelto el asunto.

–Vamos –dijo la anciana, acercándose a Lucía–. Vamos a buscarlo y lo encontraremos. Quítate ese vestido de fantasía, coge las maletas y que te den la paga. Pero no le digas nada al director; es un palurdo y un majadero. Además, yo diría que está enterado ya de todo desde hace rato, pero no quiere verse mezclado en el asunto. Aquí el miedo es más corriente que el dinero.

Corriente, corriente, pensó Lucía, que encontró extraña la palabra.

–En marcha –dijo el payaso con repentina severidad y quiso pasar su brazo alrededor de los hombros de Lucía, movida por la lástima que la muchacha le inspiraba. Pero Lucía era demasiado alta y ya se sabe que los payasos existen sólo por la gracia de su

imperfección. Al ponerse ambas de pie, la mujer de rostro ancho no le llegaba a Lucía ni siquiera a los omóplatos.

–En marcha –dijo la vieja una vez más–, vamos a rodar mundo.

Rodar mundo, sí, vagabundear. Aquel payaso ya se había arrastrado muchas veces por los teatros del Sur tras su gran pelota amarilla.

## 14

Kai tenía tres preguntas que hacer al viejo que le miraba tan amablemente. Dónde estaba, qué hacía allí y cuándo podría marcharse. Obtuvo respuestas.

Se hallaba en un castillo que llamaban hotel, estaba con la Reina de las Nieves y cuando ésta no tuviera ya necesidad de él, podría marcharse.

–Esto no es un hotel –dijo Kai.

–No, cierto, no es un hotel –contestó el hombre, que dijo llamarse Ulrich.

–Ulrich –dijo Kai–, Reina de las Nieves no es un nombre.

–Lo es si te llaman así. –Eso era de una lógica irrefutable.

–¿Por qué la llaman así?

–Porque eso es lo que parece.

–Reina de los Hielos habría sido más apropiado.

Ulrich suspiró.

–¿Dónde está Lucía?

–Está bien, no te preocupes.

Le sonó a mentira. Se abrió la puerta y entró el joven que le había entregado el papelito. Acarició el cabello de Ulrich y dijo:

–Buenos días, Pappa.

–Buenos días, Floris.

–¿Ha preguntado ya dónde está, qué hace aquí y cuánto tiempo tendrá que quedarse?

–Sí.

–Exactamente lo mismo que yo pregunté. ¡Vaya!, aún lleva el vestido de artista. ¿Qué le has dicho? ¿Que somos una banda, que vivimos del contrabando y la extorsión, de la corrupción, el engaño y la traición, y que ya nunca saldrá de aquí si no es con los pies por delante? ¡Cuidado! La desertión se castiga con la muerte y el afecto es la razón por

la cual estás aquí. Ella te vio de pie al borde de la carretera, y en el teatro ya no pudo contenerse.

Miró a Kai.

–¿Te lo ha dicho? Seguro que no. Eres un hombre de porvenir. En lo sucesivo no tendrás ya necesidad de embaucar a más campesinos. Yo soy tu predecesor, así que no me caes bien. Ulrich es mi predecesor y, por tanto, me odia. Pero Ulrich es viejo, ¿verdad, Ulrich? Viejo y desechado, pero aún se le utiliza como asesor. Siempre en contra de todo, también en contra de esto, pero no por complacerme. ¿Por qué te oponías, Ulrich? ¿Conmovido por unos cabellos de oro y una joven felicidad? Yo en realidad no hablo ese dialecto de cloaca que usan por aquí, pero Ulrich *sensiblea*. Se compadece de la gente, diríamos nosotros. Que también es muy bonito. Pero Ulrich *sensiblea*.

Kai intenta incorporarse.

–¿Qué hago yo aquí?

Vio que los dos rostros se fundían y se sintió empujado otra vez a la cama. El rostro único que había surgido era una máscara en movimiento. Lo expresaba todo al mismo tiempo, odio, suspicacia, celos, compasión. Pero si hablaba, se oía sólo la voz de Floris.

–Hacer dos veces la misma pregunta es una estupidez. Estás aquí para dar placer. Dentro de seis meses tendrás modales de puta; como yo. Ni tú mismo, tan digno como pareces, te reconocerás.

Kai no ha oído sus palabras, sólo el sonido de su voz a rrastrándole hacia un lugar en el que no quiere estar. Ha preguntado por tercera vez qué hace allí.

–¿Siempre sabes por qué estás en un determinado sitio? ¿No estoy yo aquí también?

Acaricia el cabello de Kai. Éste aparta la cabeza y ve ondular la habitación.

–Yo que tú no me preocuparía demasiado. Si estuvieras cinco kilómetros más adelante, tampoco lo sabrías. Estás aquí porque eres muy guapo.

Las máscaras se separan. La compasión se inclina hacia delante; la burla se eleva de pronto tan deprisa que Kai no puede ya verla.

–Todo se arreglará –dice Ulrich.

–Ya está bien de sensiblear, Ulrich. No se arreglará. Estamos en el tercer círculo del infierno y nunca saldremos de aquí ni nosotros ni él. Así que, ten esto bien presente, mago –y el amargo rostro se acerca nuevamente a él–, por el momento no puedes hacer

nada, pero cuando cese el efecto de nuestro filtro amoroso, no intentes escaparte, de lo contrario esto vendrá a buscar tu cuello y lo seccionará.

El cuchillo, corto, curvo, bruñido y afilado pende, inmóvil, encima de su cabeza. Kai cierra los ojos.

–Y ¿cuándo vamos a lavarlo? Huele que apesta. Es otra voz. A Kai las primeras palabras le suenan como un vidrio al romperse, añicos sueltos que caen sobre la piedra.

–Dejadle dormir.

Lo que queda es el tono. Cada una de las palabras desaparece, sólo el sonido de las mismas permanece, flotando en el aire, agudo y extraño, como el que produce alguien que frota el borde de una copa con un dedo húmedo.

La noche que Kai no puede recordar está grabada en la mente de Lucía. La palabra «grabar» sugiere la fricción de piedra contra piedra, y en efecto es así. La memoria no es siempre una masa blanda que intenta fluir en todas direcciones. El automóvil del payaso parecía una tartana, lo único que le faltaba era el caballo, pero no se sabía a ciencia cierta si el motor era o no un animal. Había que dirigirle la palabra y conjurarlo antes de que el vehículo se pusiera en movimiento. Más tarde se preguntó Lucía cómo sabía la vieja adónde se dirigían e hizo bien en no intentar averiguarlo en aquel momento, ya que el payaso no tenía la más remota idea. Hacia el este, eso era todo lo que sabía.

En la parte posterior del vehículo había un colchón, y a su lado se tambaleaba la maleta con los zapatones y el traje de cuadros; la pelota amarilla rodaba a su aire de un lado para otro. Con el equipaje de Kai y Lucía, el coche quedaba lleno a rebosar y trepaba lentamente cuesta arriba. En el exterior reinaba el silencio, apenas había tráfico. Unas veces veían la luna y una cohorte de estrellas; otras unas nubes rápidas, largas y oscuras atravesaban el cielo, con mucha prisa por llegar quién sabe adónde. Unas nubes, pensó Lucía, distintas de las más jóvenes y ágiles a las que ella estaba acostumbrada. Su rápido paso proyectaba fugaces sombras sobre el paisaje. Las rocas, tal era la impresión, caían lentamente en la carretera, altos árboles se inclinaban amenazadores sobre el coche, todo aquello entre lo que se movían estaba a su vez en movimiento. Ya bien entrada la noche, cuando la luna les indicó un espacio abierto, se detuvieron. La vieja debía de conocer el lugar, puesto que fue a colocar el automóvil detrás de unos arbustos, para que no pudiera verse desde la carretera. Sólo entonces sobrevino un auténtico silencio: el silencio total y absoluto que se debe a la ausencia de otros seres humanos y que nos sugiere la idea de nuestra propia ausencia, hasta el punto de hacernos dudar de nuestra existencia.

Así de silenciosa debía de ser la Tierra antes de la aparición de los hombres, pensó

Lucía. La vieja había encendido una lámpara de petróleo, había sacado pan y un poco de queso, y habían comido en silencio. Luego la vieja se había alejado y Lucía oyó que estaba orinando, pero no eran estos actos los que causaban extrañeza, sino más bien el silencio que volvía a imperar después de cada acto, acentuado por los ruidos desconocidos e inesperados, pues para alguien que ha vivido siempre en la ciudad, tales ruidos, pese a ser ruidos, aumentan el silencio.

–Anda, vamos a dormir –dijo el payaso.

Se apearon del vehículo y volvieron a subir en él para acomodarse en la parte posterior.

–No tengas miedo de nada.

Sabía que ahora Lucía estaba pensando en Kai, pero por raro que pueda resultar, se equivocaba. Lucía lo intentaba una y otra vez, pero siempre en vano. Aquella era la primera vez desde hacía años que iba a pasar una noche sin su marido. Lo experimentaba como dolor, le faltaba algo, y el pensamiento asociado normalmente a aquella parte perdida se resistía a ser evocado. No podía, sencillamente, imaginarse dónde estaba Kai ni qué pensaba, y con ello se desvanecía también cualquier idea que de él pudiera formarse. Él no estaba allí, el silencio y la oscuridad no se lo devolvían. Sentía a la mujer que estaba a su lado como algo grande y redondo, algo compuesto de calidez y aliento, el aliento de alguien que duerme. Aquello le resultaba muy tranquilizador, porque tenía la sensación de que su nueva amiga estaba unida al mar, de que formaba parte, por tanto, de un movimiento mucho mayor e indefinible.

Poca gente sabe lo que es el mundo, pero, en todo caso, es un reloj. Aquí, en Zaragoza, en estos momentos, anochece. Quien lo desee, puede pasar por alto esta página, el relato continuará luego. No acostumbro a trabajar por la noche, pero hoy no he tenido elección, ya que el termómetro casi ha alcanzado los cuarenta grados. He subido un rato a la azotea del colegio. En una ciudad, rara vez pueden verse bien las estrellas, pero esta noche las he distinguido claramente, las mismas que ve Lucía a través de la sucia ventanilla posterior del automóvil, cuando abre los ojos y el cielo está despejado. Es mejor que no sepa lo que yo sé: que hay más estrellas que granos de arena en todas las playas del mundo juntas y que muchas de esas estrellas tienen, además, sus propios planetas. Esto le habría infundido miedo, como el reclamo de una lechuza cuando no se sabe qué es. Se parece a la voz de alguien que se ha perdido y camina errante. Murmullos, ramas que se rompen, pero el aliento que tiene al lado mantiene su ritmo

sosegado. Por fin la vence el sueño y es como si mi libro se quedara también dormido. Me temo que así sea. Está delante de mí, en la mesa, susurrando y respirando suavemente, se hincha poco a poco y se contrae otra vez, igual que las dos mujeres tendidas en su colchón, una al lado de la otra, en medio del negro bosque, igual que Kai, inconsciente, secuestrado por un Tatra. Sólo yo estoy despierto. A lo mejor no hay tampoco lectores, así que será mejor tomarme un descanso. Debería ser, claro está, más riguroso conmigo mismo, pero la noche nos roba energías. Además, ¿quién lee mis libros? Nadie me conoce en España y aunque el editor no los rechace, la tirada es siempre insignificante.

No me parece mal. Quiero escribir, eso por descontado, pero no *existir* como escritor. No sé si me explico. No creo en eso de dejar huella, yo sólo creo en esos devaneos intelectuales que, ya siendo joven, llamaba «pensar», aun cuando nada tuviera que ver con pensar, siendo a lo sumo cavilaciones, meditaciones. Publicar textos equivale a pensar en voz alta. ¿El cuento de hadas como intensificación de la realidad? Pero la realidad ¡es un concepto tan confuso! Si la carretera es una realidad, ¿qué es entonces el sueño de la gente que va en automóvil por esa carretera? Todo sale de nosotros, y regresa a nosotros, y en este sentido, ese sueño es tan real como el bache que hay en la carretera y ahuyenta el sueño, pero ¿qué es un bache sino algo vacío, es decir, nada?

Escribir consiste en hacer siempre las mismas preguntas y filosofar parece consistir en dar siempre respuestas distintas, en inventariar las respuestas. ¿Qué hace alguien que escribe un cuento de hadas? Busca el camino más fácil: no intensifica la realidad, la deforma, la obliga a hacer cosas que no puede hacer. Por consiguiente, no formula preguntas, sino que sólo da respuestas, respuestas equivocadas e imposibles, con lo que violenta la realidad, en eso consiste su intensificación. Un cuento de hadas tiene que ser leído, por lo tanto, con los ojos demasiado abiertos. Esto puede conseguir, en definitiva, que esas deformaciones aclaren algo sobre la *forma*. Pero en cuanto a qué es realidad, yo aún no lo he descifrado, por eso nunca he sentido el deseo de copiarla; que lo hagan otros, después de todo cada cual tiene la suya. Trátese de colores o del discurrir del tiempo, uno sólo habla por sí mismo. Nada coincide, como me han enseñado Spinoza y Hume, y esto no es citar nombres, sino andar con un bastón, como hacemos los españoles. De ahí que nunca tengamos filósofos verdaderos, sino sólo epígonos. Nada coincide; nosotros mismos somos realidad y al mismo tiempo nos empeñamos en decir qué es la realidad, como una sombra que conversa con otra sombra. ¿Hay una marta

cerca de aquel automóvil, un zorro? Murmullos en torno a la acompasada respiración de las dos mujeres. El grito mortal de una bestezuela, un rastro entre las hojas, todas esas cosas que en el Norte ya se han olvidado, pero que yo, con mi cajetilla de Ducados medio vacía y mis indisciplinadas cavilaciones, sí conozco. El automóvil está allí como una iglesia con el trasero vuelto a Oriente. Las primeras luces arrancan la oscuridad de los dos rostros, se posan sobre los párpados cerrados de Lucía. Belleza e inocencia juntas, tal cosa, claro está, no existe. «Yo no creo en cuentos de hadas», ha dicho ella misma. Alguien tendría que explicarle que, cuando se tiene un aspecto como el suyo, por fuerza hay que ir a parar a un cuento de hadas. También la belleza perfecta es una deformación de la realidad, y, por eso mismo, una forma del destino. Mi viejo amigo Webster, de otra cosa no dispongo aquí, lo dice: *Fairy tale, a tale relating to fairies. Fairy, fata, literalmente afata, del latín fatum, destino. ¿Me lleva esto a alguna parte o sigo en el mismo sitio? «Un ser imaginario en forma humana.»* Tres mujeres, ¿tres hadas? ¿Dos buenas, una perversa?

De pronto Lucía se incorpora y lanza un grito. Mantos de neblina, velos, hilachas, blancos y grises, con manos y rostros, reptan, se mueven tras la ventanilla del coche. Siente la mano de la otra mujer en la suya, acariciadora, y mira el rostro que ve las mismas cosas que ella, pero que sonrío.

—¿Qué es todo eso?

—Son los sueños de otra gente. —Ríe.— Mira —dice—, ahí los tienes.

Y con una rapidez sorprendente se levanta, salta del coche, agita sus manos entre las hojas hasta que las tiene mojadas y se frota con ellas el rostro. Lucía mira las hilachas de niebla que se enroscan en torno a los árboles e introduce sus manos entre la hierba.

—Van de camino hacia su casa y dejan agua para nosotras —dice el payaso, y se ríe.

## 16

Kai se ha despertado de nuevo. Esta vez no hay nadie en la habitación. Levanta la mano y ésta se mueve normalmente por el aire. Su estúpido dolor de cabeza ha desaparecido. Es de día, una luz fría penetra en el interior, dibuja la habitación, vacía y de techo alto. Se levanta, lentamente, por primera vez vuelve a sentirse dueño de su propio cuerpo y se dirige a una de las enormes ventanas. Caminando sobre la gruesa alfombra no oye sus propios pasos, ni tampoco otros ruidos. Todo parece abandonado, solitario. Desde la ventana divisa otra ala del edificio donde se encuentra, que debe de ser muy grande. Un patio interior empedrado, una puerta cerrada en un muro liso, más allá un bosque, medio ralo, algunas ramas tienen todavía hojas de un color amarillo sucio, desvaídas. Tras las ventanas de la otra ala ni un solo movimiento. Piensa en Lucía, pronuncia su nombre en voz alta, y se sobresalta. Luego lo dice en voz queda, pero la persona a quien pertenece se niega a comparecer. Camina con cuidado por la habitación, se ve en el espejo, pasa de largo, vuelve sobre sus pasos y se mira en él. Se parece a la imagen reflejada. Si mueve la mano, el otro hace lo mismo. Estas cosas no pueden ser más naturales, sólo que él nunca las había experimentado. Bueno, aquí estoy, piensa, y, como en el espejo ve la ropa que lleva, contempla su atuendo circense, que ahora se le antoja absurdo. Al instante, lleno de vergüenza, se despoja de él. Al lado del espejo hay una puerta entornada. Con precaución se dirige a ella. Es un cuarto de baño. No entra todavía, primero se acerca a la puerta de la habitación donde ha dormido. Aquella puerta está cerrada, pero eso no le asusta, al contrario, le tranquiliza, al igual que el silencio y la ausencia de pensamientos. Como si fuera a bañar a otro, así se siente. Y a ese otro, piensa, le duele un ojo. Deja correr el agua, huele el frasco que está al borde de la bañera y vierte un poco de su contenido, un líquido del color de la miel. Luego se mete en el agua. Ya tendido en la bañera, levanta olas con las manos, como si pudiera mecerse sobre ellas. Sólo al cabo de un buen rato sale del agua, se seca con una gran toalla que

hay al alcance de su mano y entra de nuevo en la habitación. El día se ha ensombrecido un poco. En la mesa, al lado de la cama, hay un plato con queso y fruta. Al principio le parece raro comer desnudo, luego va a sentarse en el borde del colchón y come. Una vez se lo ha comido todo, oye, como si alguien hubiera estado esperando, el suave ruido de la cerradura. No levanta la vista, ya sabe de quién se trata. Siente el frío contacto de las manos en sus hombros, siente que las uñas trazan una cruz en la carne de su espalda, obedece el mandato de un solo dedo, que le hace dar la vuelta como a un simple objeto giratorio y le sitúa frente a ella, una mujer de su misma estatura. Sus ojos le recorren como a un mapa militar y sus manos, no, sus dedos siguen las rutas de la mirada. Curvas, arcos, haces de músculos, orificios, son objeto de una exploración. El espacio entre sus dedos, su longitud, la superficie de sus uñas. Todo este tiempo transcurre como si él no la viera. Ahora los dedos y la mirada viajan separadamente, se encuentran, se despiden de nuevo, se evitan, ejecutan un movimiento circular, se detienen. Es como si hasta ese instante él no hubiera tenido cuerpo. La luz de la habitación va atenuándose cada vez más. A veces, durante un rato, no sucede nada, luego un ligero movimiento le obliga a retroceder, a ponerse de lado, a levantar un brazo, a inclinar la cabeza. A continuación, como si se hubieran alcanzado ya los límites naturales de la inspección sin él saberlo, se encuentra el cuerpo de ella entre sus brazos. Es una mujer frágil, aunque de un cristal duro, y así como ella le acosa, él la acosa a ella, a algo en ella, algo que debería ir acompañado de alaridos, pero él sabe que eso no es posible, todo tiene lugar en un irrompible silencio de cristal, pese a lo cual en el último momento ella parece quebrarse, resquebrajarse como el vidrio, y morir.

Sólo que no hay tal momento final, ya que el resquebrajamiento trae consigo una repetición, ahora en un tono más alto de silencio, con una rotura más intensa, como si luego, cuando se levanten, él tuviera que andar con precaución para no pisar los añicos. Kai es cada vez más ajeno a su cuerpo, que se ha convertido en algo independiente, libre de todo pensamiento, algo que funciona sin fatiga, como un auténtico objeto, o como ella. Lo que produce es placer, pero éste es un producto que se consume a sí mismo en el momento en que nace, de suerte que en la habitación, cada vez más oscura, hace cada vez más frío, hasta que le invade la sensación de que su nuevo cuerpo ha sido vaciado con un cuchillo, de que todo rincón secreto, todo punto considerado insignificante hasta ese momento, ha sido hurgado, revuelto, y ahora él permanece tendido en la cama, tan vacío como un pellejo estrujado. Ella se incorpora, y por primera vez él ve a la que esa

misma tarde ha visto ya millares de veces, deslizándose ante él, ausente, acosadora, evasiva, imperiosa, como una persona real, pero tan vacía como él mismo y, sin embargo, cerrada e inaccesible. No ha servido de nada, piensa él, aquí sólo de matar y romper puede sacarse algún provecho; pero ella, una imagen luminosa y rígida, ya sentada, dice en la oscuridad:

–Estamos yuntados.

–¿Yuntados ?

Kai no la comprende. Ahora, durante un breve instante, parece que ella sonrío. Tuerce el índice de su mano izquierda, hace lo mismo con el de la mano derecha, los traba entre sí y tira de ellos, como si ya no fuera posible soltarlos.

–Yuntados –repite y desaparece tan silenciosamente como había entrado.

Él espera a oír el suave ruido de la cerradura que le devuelve la soledad.

Ya era de día, la niebla había desaparecido llevándose sus espíritus. Como cualquiera que despierta en un ambiente extraño, Lucía empezó a inventariar el mundo, y como eso, en realidad, no es posible –el frío más la mano de la persona que duerme al lado más los árboles que se ven a través de la ventanilla más los pensamientos que uno tenía antes de conciliar el sueño–, el inventario no recoge más que el mundo que se tiene al alcance de la vista y después han de sumarse también las cosas que uno no puede ver. Pero éste era el aspecto que ofrecía: las altas copas de los árboles a través de aquellas dos ventanillas, el cielo azul, la gran pelota amarilla del payaso, el propio payaso que empezaba a despertarse y, a la luz del día, tenía unos ojos azules que la miraban con serenidad y dulzura. La vieja apartó las mantas de encima de ambas, abrió la portezuela del coche, saltó sobre la hierba, se puso a canturrear y, como había hecho la noche anterior, pasó las manos por las hojas de los árboles y la hierba y, con aquella agua fresca y clara, se restregó el rostro. Lucía la imitó.

La mañana estaba aún muy fría, pero se animaron a hacer unos pasos de danza, cantaron un poco y escucharon la respuesta de los pájaros; sacudieron las ramas de los árboles a modo de ducha, y luego fueron a sentarse en la parte posterior del coche y, dejando las puertas abiertas, comieron algo. Lucía, que tenía que estar triste, lo estaba, efectivamente, pero no tanto como hubiera esperado. Le invadía otro sentimiento, que no era lícito nombrar y que más bien derivaba del alboroto de los pájaros, de los locos pasos de danza que acababa de dar y de la mujer que estaba sentada a su lado con toda naturalidad y derramaba una amplia lengua de miel dorada sobre el pan.

Ya deberían haberse puesto en camino para proseguir la búsqueda de Kai, pero la nueva amiga de Lucía pensaba, al parecer, que cada día tenía que quedar tan vacío como el cielo que se extendía sobre sus cabezas y empezó a revolver en el coche.

–Si hay agua en los alrededores, yo siempre percibo su presencia –dijo–. Ven conmigo,

y lleva esto.

Dio a Lucía dos palos largos de madera, que, junto con otros más estrechos que ella misma sostuvo, habían de convertirse, cuando llegaran al agua, en una caña de pescar. El sol se elevaba lentamente, las manchas de luz se posaban entre las hojas muertas; una serpiente, una ardilla, un tejón, una liebre, un jabalí, un escarabajo, todos los animales se escabullían al oír los pasos y atisbaban desde los matorrales para ver qué ocurriría a continuación. Por encima de sus cabezas aparecieron dos cornejas, que sostenían una conversación solemne, pero puntillosa, y quedaron volando en amplios círculos, observando a aquellas dos mujeres que convertían cinco piezas en una sola, iban a sentarse al pie de un grueso tronco de árbol situado junto a una laguna y, en el espacio de una hora, sacaban del agua cuatro lustrosas y cimbreadas truchas.

Después las dos mujeres se contaron sus respectivas vidas, acerca de las cuales las cornejas nada llegaron a comprender, por supuesto, aunque no dejaron de advertir que el relato de la vieja era muy corto y el de la joven larguísimo. Son leyes que cualquiera que haya vivido mucho tiempo conoce bien. La vida más larga conoce la tristeza de la enumeración y la evita. Sabe que en cualquier caso sólo un par de hechos determinan la existencia de una persona. Así se enteró Lucía de que el payaso, que se llamaba Anna, había sido antes, en el Norte, una actriz famosa. Citó también su apellido y notó que aún resonaba en la memoria de Lucía, que aquel nombre seguía circulando por el Norte que había abandonado hacía ya mucho tiempo, como un simple nombre, desligado de la mujer obesa en que se había transformado. Aquel nombre pertenecía a papeles que un día había interpretado y que nadie volvería jamás a presenciar. Los actores no dejan en sus antiguos espectadores más que un recuerdo. Se desvanece el recuerdo, y los apellidos circulan errantes como cosas vacías, sin rumbo ni contenido. Anna se había resignado a la idea hacía años. Cierta acontecimiento en su vida la había obligado a retirarse en el cénit de su carrera. Ahora no era más que un viejo chiflado con una pelota amarilla, y le complacía su actual condición. No le contó a Lucía ni siguiera la mitad de todas esas cosas, pero escuchó con atención los relatos sobre el trapecio, el circo, Reier y Kai. Dos mujeres comiendo pescado en un bosque, ésa era la imagen que ofrecían, y si alguien las hubiera visto, probablemente no se habría atrevido a acercarse. La vejez y la belleza, toda una alegoría.

—¿Y ahora? —dijo Lucía, como si hubiese olvidado cuál era la finalidad de la expedición.

–Hacia allí –dijo Anna señalando el este.

Al ponerse en marcha, Lucía volvió la vista hacia el claro vacío que dejaban atrás y pensó que le hubiera gustado quedarse allí un poco más. Pero era un pensamiento prohibido. Continuaron por la carretera que también había recorrido Kai, y que yo, puesto que soy un experto en carreteras, de buena gana hubiera descrito, sobre todo a partir del punto en que Anna, ante una bifurcación, había tomado el ramal equivocado. Aunque, claro está, siguieron avanzando en dirección al este, así que mucho no podían desviarse de su destino. De cuando en cuando, en las escasas estaciones de servicio del camino, algunas de las cuales, a diferencia de las del Norte, parecían placitas de pueblo, siempre concurridas y muy animadas, preguntaba Anna algo en aquella lengua que Lucía apenas entendía, pero, al parecer, las respuestas eran cada vez diferentes. Un día y una noche, y otra vez lo mismo.

Ahora duermen junto a una catarata, al lado de una profunda gruta hacia cuyo interior, al ponerse el sol, vuelan grandes bandadas de palomas, exactamente igual que en el Monasterio de Piedra, situado un centenar de kilómetros al sur de Zaragoza. Las palomas pasan por delante del agua que se precipita al fondo y encuentran su lugar de descanso en la gruta. Durante unos momentos buscan acomodo aquí y allá batiendo las alas y luego se ponen a dormir. Lucía nunca ha reflexionado en serio sobre los animales y queda admirada. Cada vez acuden más palomas, hasta que parece que las paredes de la gruta están cubiertas de plumas y se agitan. Contempla la estruendosa y transparente cortina de agua que se estrella contra las rocas del fondo, como acaso haya hecho ininterrumpidamente durante miles de años, y quiere pensar algo pero no puede.

–No mires tanto –le dice Anna, que ha estado encendiendo fuego– o te vas a poner triste.

En aquel momento oyen, no muy lejos, un rumor de voces, de hombres y mujeres, voces que hablan y cantan, risas.

Lucía quiere levantarse, Anna la retiene.

–Son los Cridantes –dice, pero antes de que pueda explicar nada más, diríase que el tumulto ha doblado una esquina y se halla, de pronto, muy cerca. Risas, algo parecido a tambores y campanillas. Suena alegre, en modo alguno temible. Las voces femeninas contestan a las masculinas, como oleadas se suceden los sonidos altos y bajos, y cada oleada parece una invitación. Lucía se mece al ritmo de los sonidos.

–¿Por qué no vamos a verlos? –preguntó Lucía.

—¡Vaya simpleza! —exclamó Anna, y, por un instante, tuvo el aspecto, aun sin llevar su máscara, del payaso del circo—. No hace falta que vayamos, pronto estarán aquí.

La autopista no es de mi competencia. No, empecemos mejor con una advertencia. Éste es un capítulo que me reservo exclusivamente para mí. Stendhal, al comienzo de *Henri Brulard*, se refiere a esos nauseabundos «yoes» y «mis», tan embarazosos e indiscretos. Estoy de acuerdo. Ahora bien, la tercera persona es, en tales casos, un rodeo deplorable, como si en alguna parte hubiera un país habitado únicamente por Terceras Personas, disponibles a petición nuestra para sustituirnos siempre que nos asalta una vergüenza pasajera. Después de todo, mientras se escribe se piensa en un sinfín de cosas, pero qué saco con ello si se quedan fuera del libro. Imaginémoslo, por unos momentos, literalmente. Tomemos este libro, al menos si llega a ser un libro, porque, si no llega a serlo, el problema no se plantea en absoluto. Pero, bueno, tomemos este libro y pongámoslo de pie sobre la mesa delante de nosotros, mirando hacia otro lado, o sea, con el lomo vuelto hacia nosotros. Hay que admitir que es una cosa extraña. Ahora palpemos con la mano el espacio vacío a derecha e izquierda del libro y, claro está, no sentiremos nada. Sin embargo, yo siempre he pensado que allí hay algo. Cerca de la cubierta, o como quiera llamársela, se hallan los pensamientos que fueron asaltando al escritor en el curso de la redacción y que él mismo consideró que no debían introducirse en el texto. Escribir es una cuestión de organización y, por consiguiente, de toma de decisiones, y una de estas decisiones consiste en determinar qué ha de figurar en el libro y qué ha de excluirse de él, y cuándo ha de darse por terminado.

Lo que voy a hacer ahora es extravagante, pero, una vez se ha empezado, no es fácil detenerse. Si uno consulta la guía amarilla Michelin 43, ve que la autopista que sale de Barcelona en dirección al oeste, se dirige a Zaragoza, pasando por Lérida-Lleida, dicen los catalanes. Esta autopista no cae, por lo tanto, bajo mi jurisdicción. A Dios gracias, porque es una carretera sin alma. Paralela a ella, corre la N-II, que tampoco me cae bien, y si un día la recorren ustedes sabrán por qué no me gusta. Mi carretera preferida, en esa

parte de Aragón, es la de C-1310. Llega del sur con el nombre de C-231 y pasa de una manera bastante confusa cerca de Torrente de Cinca; luego cruza la autopista y la N-II, y sube hacia el norte bordeando el río Cinca. Le concedo siempre un tratamiento privilegiado, aunque, claro, no puedo hacerlo a cuenta de mi presupuesto, porque daría que hablar. Más bien consiste en prestarle una atención especial. No voy a describirla, mejor dicho, no voy a describir el paisaje que atraviesa, pero sí quisiera decir que es allí donde me entrego a mis reflexiones más a mis anchas. La circulación por esa carretera es escasa, ya que el mundo tiene prisa, y es, al menos si se dirige uno a Zaragoza, un rodeo. Desviación, le llamamos a eso, pero a mí no me gusta la palabra. Rodeo es más bello, aunque a mí me gusta más aún la palabra holandesa: *omweg*. Tiene un sonido de resonancias mágicas, como si fuera de bronce, se puede repetir cien veces y hay países donde meditan con esta palabra: *om, om, om*.

Ayer, de pronto, el aula se me vino encima. Me había convertido en todos los niños al mismo tiempo, me había fumado dos veces mi ración y sentía un cierto sofoco. Momentos así se presentan en todos los libros, es el último intento de los personajes por escapar de su existencia y de los hechos por evitar su acaecimiento. La gente subestima esta situación: ocurrir y, sin embargo, no ocurrir de verdad. Sea como fuere, el caso es que vi la forma familiar de mi Seat estacionado en el patio del colegio, con la torpe mansedumbre de las cosas que esperan poder prestarnos un servicio.

La C-1310, en Sariñena, se convierte la C-129. Hay una lógica en esta numeración, pero no la he ideado yo. Cuando se viaja por la C-129 en dirección a Zaragoza, después de Leciñena, se puede tomar por una carretera todavía más pequeña, sin número en la Michelin 44, que sigue el curso del río Gállego y conduce igualmente a la capital aragonesa. Esa carreterita lleva a un monasterio cartujo, la Cartuja de Aula Dei. Ya no quedan muchos sitios como ése. Es la orden religiosa más rigurosa que existe; los monjes viven aislados, incluso dentro del monasterio, recibiendo la comida a través de una escotilla que hay en las puertas de las celdas y congregándose sólo un par de veces a la semana para elevar las p reces y, curiosamente, para pasear. Me gusta el lugar. Yo procedo de una familia más o menos anarquista y los monjes saben que no soy creyente, pero les tiene sin cuidado, y, quién sabe, quizá incluso me tengan presente en sus plegarias. Cuando estoy allí, se cierra a mis espaldas la puerta del mundo. Sostengo alguna que otra conversación con el padre encargado de los huéspedes. A los demás no es posible verlos y, en cualquier caso, tienen prohibido hablar, aun entre ellos. Luego

suelo ir a sentarme un rato en la iglesia del convento que es bastante fea y contiene un par de Goyas de la primera época, con escaso interés. En la iglesia se está fresco, y eso, en la provincia de Zaragoza, que más parece parte del Sahara que de Europa, es una bendición. Me quedo allí, meditando, y al cabo de un rato vuelvo a marcharme, llevándome un tarrito de miel elaborada por los propios monjes. Cuando llego a casa con el tarrito, mi mujer me echa una mirada como diciendo: «¡Vaya, la cabra tira al monte!». Aunque quizá me equivoque, quizás ella sepa de antemano que voy a ir allí. Pero prefiero no profundizar demasiado en eso.

Bien, ayer me dirigí a mi automóvil con el corazón saltándome literalmente en el pecho, como si fuera a hacer novillos, y así era en realidad. Salí de la ciudad por la ruta de circunvalación en busca de la autopista, ya que quería ir por mi carretera favorita y aproximarme a la Cartuja dando un rodeo. De esta manera tendría ocasión de hacer dos tipos de meditación, la ambulante y la de la iglesia.

Una persona como yo ha de ir por la autopista con bastante precaución, porque el tráfico no es denso y, sin darme cuenta, me quedo dormido. Después de todo, a diferencia de los demás usuarios de la carretera, no corro a través de un solo paisaje, sino de dos, uno de los cuales está en mi cabeza. Aquí era verano, allí invierno, y si no ponía atención veía las miserables carreteras de montaña de los Países Bajos del Sur, circulando por la indolente doble calzada de la autopista. En Torrente de Cinca abandoné la autopista y tomé la C-1310 en dirección a Ballobar. A mi derecha fluía el caudal del Cinca, si cabe llamarlo caudal, pues es más bien el rastro de una lágrima en la mejilla de un muerto. El paisaje es allí majestuoso. Grandes altares de color de arcilla se levantan en la llanura, como si hubiera habitado allí una raza de gigantes adoradores de un dios grande como una montaña. No crece nada, lo que la gente pueda hacer en tales andurriales es un enigma para mí. Arañan la tierra y, aunque parezca mentira, siempre vuelven a casa con una cosa u otra que comer, y además hacen salchichas. De todas maneras, no habita allí mucha gente. Esa carretera mía es, si bien se mira, un lujo.

Más de una vez he intentado traducir para mis amigos la expresión holandesa *wie schest mijn verbazing?*, que significa literalmente «¿quién esboza mi asombro?». Los españoles, con su mente literal, imaginan siempre a alguien con un cuaderno de esbozos en la mano. Pero mi sorpresa ante lo que encontré en la carretera escapa a cualquier descripción: una chica zelandesa de unos veinticuatro años, bronceada, rubia y guapa haciendo autostop. En la mochila llevaba una banderita holandesa y se comportaba como

si aquello fuera lo más natural del mundo. El termómetro marcaba más de treinta y siete grados y, de pronto, dos piernas tersas, morenas y jóvenes ocupaban el lugar, a mi lado, que un momento antes estaba vacío. Venía de Sas van Gent y lo que hablaba era casi flamenco. Me gusta ese idioma, sobre todo en boca de mujeres con un tono de voz no demasiado alto, ya que entonces adquiere un matiz fibroso, suave y duro al mismo tiempo, debido a la ligera aspiración, a la manera de administrar el aire entre las palabras. El verdadero flamenco, tal como ellos lo hablan entre sí, no siempre lo entiendo bien, pero a mi acompañante la comprendía a la perfección, y esa áspera y desnuda tonalidad que tiene el neerlandés del Norte –como si todo adorno fuera excesivo y atentara contra la contundencia de las afirmaciones– en ella no lo notaba. No pareció que le sorprendiera el hecho de que yo, un español, hablara el neerlandés, aunque de cuando en cuando, eso sí, se riera de mi acento.

Venía de la costa, donde había participado de ese nuevo ritual que se celebra todos los años, la resurrección de los muertos. En cierta ocasión fui a verlo. De toda Europa acuden cuerpos blancos, como si hubiesen sonado las trompetas del juicio final. En la actualidad, se permiten en España las playas de nudistas, pero así como antes la desnudez era tabú ahora lo prohibido es tener la piel blanca. Todos esos cuerpos se someten al suplicio de día para poder mirarse al espejo por la noche y, durante un par de semanas por año, parecer invulnerables, y por tanto inmortales. Cada cual disfruta de su propia resurrección. No lo digo por mojigatería, pero yo no creo en ello, es una falsa expectativa de salvación, al amparo de la cual hombres y mujeres exhiben sus genitales, de tan escaso interés, fingiendo al mismo tiempo que no los ven. Las personas obesas o viejas no deberían participar, pero lo hacen. No son bien recibidas, perturban la ilusión de estar en el paraíso: las obesas porque evocan la idea de la intemperancia y su castigo dantesco, la enfermedad, la muerte y la condenación eterna; las viejas porque muestran sin pudor alguno lo que precisamente todo el mundo trata de ocultar, el futuro. Tienen algo de secta silenciosa, pero histérica, todos esos cuerpos anónimos tumbados en la arena, asándose igual que san Lorenzo en su parrilla, como si quisieran someterse a una radioterapia contra el cáncer de la muerte o anticiparse a su futura cremación, el momento en que el cuerpo, en castigo por haberles traicionado, queda pulverizado lo más rápidamente posible en un horno de macroondas hasta que desaparece todo rastro de sus anónimas vidas.

La chica se rió un poco de mí, dijo que era un moralista, y que hablaba por los codos

(otra variante de lo de la cotorra y el pinzón), y de pronto me sentí inmensamente viejo. ¿Qué pretendía ofrecerle con mi discurso, la vida del espíritu? Intenté verme como me veía ella y empecé, claro está, por mi inevitable traje azul, pero en seguida desistí del empeño, porque comprendí que ella ni siquiera me veía.

Le pregunté si tenía inconveniente en acompañarme al monasterio y le expliqué lo que eran los cartujos. La historia le pareció bastante increíble. A veces me llama la atención lo poco que sabe la generación joven. Estudiaba sociología y había oído hablar de la vida monástica, desde luego, pero ignoraba que fuera tan grave el asunto.

–Pero si a ellos no les parece grave en absoluto –dije.

–¿Cómo lo sabes?

El trato de usted ha caído en desuso en Holanda, o casi, o, si no, yo aparento ser más joven de lo que pensaba; pero eso es poco probable. Y la pregunta era acertada.

–Tú misma lo verás –dije–. Nada mejor que la investigación sobre el terreno.

Doblamos por el camino de acceso al monasterio. A mano izquierda se ve un edificio semejante a una curiosa fábrica con hileras de pequeñas chimeneas. Decimonónico, tal es el aspecto que ofrece el camino. Frescura, sombra, plátanos, una fotografía amarillenta. Resulta agradable. Llamé a la puerta y al cabo de un buen rato oí los pasos del padre anfitrión. Nunca antes había estado allí en compañía de una mujer, de otro modo no me habría puesto en ridículo, ya que a ella no la dejaron entrar. El padre Anselmo lo dijo en tono de disculpa, pero con firmeza. Por lo demás, no pareció sorprenderse ante aquella figura alta y rubia en pantalón corto.

Podía pasar al locutorio, pero el resto del monasterio era terreno vedado a las mujeres.

–¡Vaya coñazo!

Le expliqué que precisamente de eso se trataba.

–No, es porque llevo *shorts*. Ya me pasó lo mismo una vez en el Vaticano. Pandilla de viejos verdes.

Pero era algo más esencial. Con su primera expresión, quizá algo desafortunada en aquel contexto, había dado en el clavo. Con todo, yo quise ir un rato a la iglesia para meditar. Soy fiel a mis costumbres.

El locutorio estaba en penumbra. A regañadientes, se sentó en uno de los duros sillones y encendió un cigarrillo. De la pared colgaba un grabado policromo de la Divina Pastora, al que lanzó una mirada de desdén. La verdad es que era, me fijé entonces por primera vez, una representación curiosa. La Divina Pastora estaba sentada en un objeto

invisible, y una saya rosada caía en pliegues sobre sus muslos fuertes y bastante apetecibles. Sus ojos, un poco oblicuos, se dirigían al cielo, sin duda a causa de su Divino Hijo, que permanecía a su lado, en posición rígida, vestido con una túnica de color amarillo. La mano grande de la Virgen descansaba blandamente sobre el bracito regordete del Niño, de aspecto comestible. Éste no miraba a ninguna parte, ni siquiera al cordero que se levantaba hacia Él sobre sus patas traseras, ansioso, al parecer, por alcanzar el radiante corazoncito rojo que el Niño llevaba adherido, milagrosamente, en la parte exterior del cuerpo. El cordero lo olisqueaba, y acaso quisiera comérselo, cosa que, por supuesto, estaba descartada. Pero tampoco la figura masculina con alas que andaba por el aire pertenecía a la esfera de lo posible. Un segundo cordero olía una rosa sujeta al manto azul de la Virgen, y un tercero, arrodillado, chupeteaba, o al menos eso parecía, los rosados dedos de Sus pies. La Virgen lucía un sombrero de pastora, como el que puso de moda María Antonieta y ha llevado después todo el mundo menos las pastoras de verdad, y sostenía una vara muy peculiar. Todo el grupo se hallaba al pie de un árbol.

–Parece una imagen vudú –dijo la zelandesa–. Dios santo, ¿qué significa todo eso?

El padre Anselmo sonrió delicadamente cuando le traduje lo que ella había dicho, y le indicó que le siguiera a una pequeña habitación lateral, donde descorrió una cortina. A mí me pareció que lo mejor que podía hacer era irme un rato a la iglesia, aunque, dadas las circunstancias, no esperaba gran cosa de mi meditación.

Pero me equivocaba.

Al cabo de unos minutos, mi libro me asediaba por todas partes. Lo que todavía no está escrito tiene algo de aterrador, tira de uno, absorbe. Es una especie de calambre. Mientras no está escrito quiere vengarse; una vez escrito, en cambio, lo que ha surgido de la nada provoca una especie de fibrosa melancolía, que sólo se disipa muy lentamente.

La melancolía se había apoderado también de la zelandesa, lo advertí en cuanto volví al locutorio. Estaba inclinada sobre una maqueta del monasterio, y me dirigió una mirada vencida, la mirada de la gente racional cuando se enfrenta con algo que no se ajusta a sus esquemas. Por lo regular, el problema es que creen que los demás se perjudican a sí mismos. Yo ya conocía la maqueta, que parecía más bien una casa de muñecas y, como un monasterio es un universo cerrado (*claustrum*) era, al mismo tiempo, una representación del cosmos. Todo estaba allí, incluso la sala donde nos encontrábamos, con lo cual tenía uno la impresión de existir dos veces. Con el dedo le fui señalando a la muchacha el pasillo que yo había recorrido, para ella un reino prohibido.

Ella miraba, pero su atención estaba en otra parte, más allá de la frontera que tampoco yo había podido cruzar nunca.

–Eso no son chimeneas –dijo excitada, señalando las extrañas torrecillas que podían verse desde el camino–. Son pequeñas atalayas. Todos tienen sus propios... ¿cómo se dice en español?

–Miradores. Sus propios miradores.

Aquel detalle parecía inquietarla. Demostraba con mayor patetismo que cualquier otra cosa, su tenaz deseo de soledad. Se inclinó sobre un minúsculo segmento de la maqueta, la celda de un monje. Las celdas eran contiguas, pero no estaban comunicadas entre sí.

–Mira, esto es la cama. Y aquí una mesa para que el monje pueda leer.

En efecto, así era. Como en una verdadera casa de muñecas, había allí sentado un hombrecito que llevaba un hábito blanco y negro y leía un libro diminuto, más pequeño aún que la uña de un dedo meñique.

–Y aquí puede dar sus paseos. –Señalaba un pequeño pasillo situado en la parte posterior de la celda que no debía tener más allá de tres metros de largo–. Y luego puede subir por aquí, por detrás del lavabo; esta escalera lleva al... al mirador. Así puede contemplar el paisaje. Y por esta trampilla le dan la comida.

Su voz había cobrado cierto tono de queja, su cabello rubio colgaba sobre la torrecilla, cabello que ningún monje, a excepción del padre Anselmo, vería jamás. Me pregunté qué debía sentirse andando como un lobo por aquel pequeño pasillo y subiendo luego al mirador para pasear la vista por la llanura de arena, como Moisés en el desierto. Pero, como de costumbre, no se me ocurrió nada. ¿Cómo un lobo? En los zoológicos, se les ve a veces como si estuvieran encadenados. Lo más espeluznante es esa sacudida asustadiza y neurótica con que se giran para iniciar su siguiente vuelta. Pero los monjes no caminan como lobos. Se pasan una hora recorriendo esos tres metros, sumidos en pensamientos ajenos a este mundo. ¿A no ser que yo esté equivocado?

Compré mi tarrito de miel y nos marchamos. Cuando nos habíamos alejado unos doscientos metros del monasterio, dijo de pronto:

–¡Para un momento!

Detuve el coche. Se volvió hacia atrás y, con el cinturón de seguridad tenso sobre sus pechos, contempló la hilera de miradores, que montaban guardia por encima de los plátanos como soldados muertos.

–Pasan ahí toda una vida –su voz experimentó un ligero cambio de tono–, y ¿por qué?

Por un *cuento de hadas*. –Pronunció estas palabras con el más profundo desprecio.

–No es un cuento de hadas, es su fe.

–Tonterías. ¿Qué es su fe? Aquella estampa vudú, supongo, aquel niño con el corazón fuera del cuerpo, y aquella madre con una especie de sol blanco detrás de la cabeza.

Se refería a la aureola de la Santa Virgen.

–¡Santa Virgen! –También esto lo escupió–. ¡Están locos de remate! Eso es un suicidio lento. La gente no tiene derecho a castigarse de esa manera. ¡Y por un cuento de hadas! –Lo había vuelto a decir.

Fe, cuento de hadas, mito. Pensé en el payaso y al mismo tiempo en Robert Graves. Éste escribió una vez una introducción a la *Enciclopedia Larousse de la Mitología Universal*. Los mitos nos son tan ajenos que no podemos creer que sean verdad, pues su función consiste en explicarnos algo que sabemos que no es verdad, viene a decirnos Graves; y, dando un fantástico salto lírico, añade que, *por consiguiente*, los relatos de la Biblia, aunque se parezcan a los mitos persas o babilónicos, no se recogen en los tratados clásicos de mitología por la sencilla razón de que aún hay gente que cree en ellos. Dicho en otras palabras, en cuanto muere el último creyente de una religión, ésta se convierte en mito. María fue sin pecado concebida; era virgen cuando nació Cristo; Cristo era el hijo de Dios; él y María, después de sus muertes, subieron físicamente al cielo; y todos nosotros resucitaremos el último día para ser juzgados.

Los hombres que pasaban algún que otro rato en aquellas torrecillas creían en todo esto, y por eso no figuraba, de momento, en la *Enciclopedia Larousse de Mitología Universal*, ya que nadie se atrevía a incluirlo. Nosotros sabíamos que aquellos hombres creían en un mito, pero ellos no. Los cuentos de hadas nada tenían que ver con ello. Los cuentos los escriben seres humanos, ése es su defecto. Los mitos, en cambio, se forman por aluvión, no los ha escrito nadie, sólo los transcribe tiempo después la tradición.

–Los cuentos de hadas son cosas que no son verdad. A mí no me gustan los cuentos.

Oí que golpeaba el suelo con los pies y esquivé un asno.

Acaso los mitos, de alguna misteriosa manera, los habíamos imaginado entre todos, colectivamente. Pero ¿por qué escribe alguien un cuento de hadas? ¿Porque la realidad le resultaba insoportable? Los mitos no los escribió nadie, y ésa debía de ser sin duda la clave. Escribir cuentos de hadas era un falso anhelo de escribir mitos y, por tanto, un anhelo de no ser nadie, o de ser todo un pueblo, una masa sin nombre ni rostro, una especie extinguida. Pero para eso ya era demasiado tarde.

La silueta de Zaragoza, cuando uno se acerca por el norte, es una de las más bellas de España. Se ven las torres de la Seo y de la Lonja al otro lado del Ebro, y la ciudad parece un barco enorme y misterioso que navega por el desierto.

–Esto, al menos, es verdad –dije.

Ella puso su delicada mano en mi brazo y me sobresalté.

–¿Cómo te llamas? –preguntó.

Le dije mi nombre.

–Tiburón –pronunció la palabra lentamente–. ¿Significa algo?

–Sí, en holandés es *haai*.

Siempre he creído que la palabra neerlandesa *haai* expresa mejor lo que es un tiburón que la española, que más bien parece aludir a un submarino.

–Tiburón. No me pareces en absoluto un tiburón. ¿Cuál es tu signo de zodiaco?

Yo lo ignoraba. No creo en cuentos de hadas, estuve por decirle, pero me callé.

–¿Adónde vas a ir ahora? –pregunté.

–A Pamplona, y luego a casa.

¡A casa! De pronto se me apareció: el transbordador de B reskens, la ancha y salada desembocadura del Escalda, la tierra llana, untuosa y verde. Me estaba mirando con aquellos ojos azules como si viera algo que era imposible ver, algo que me pertenece y que siempre protejo. Estaba a orillas del Ebro y pensaba en el Escalda, y sentí como si me azotara el viento del Escalda, porque de pronto me estremecí. O algo así.

–¿Por qué no me llevas?

Entonces comprendí por qué me había estremecido. Allí estaba ella, el Norte. Yo tenía que estar en ese mismo país, pero en su parte atrasada, muda, olvidada, quimérica.

–Tengo que trabajar.

–¡Ah! –dijo, y agarró entre sus manos mi cabeza de ingeniero español, estampó en ella dos besos y luego un tercero, más o menos en el medio, cerca de los ojos, recogió su mochilla del asiento posterior, dijo «adiós, tiburón» y se alejó una silueta rubia, oscilante, bronceada por el Mediterráneo, mi mar, sin mirar atrás, como les gusta a todos los malos escritores del mundo.

Regresé al colegio, metí un dedo en el tarrito de miel y me lo chupé pensativamente durante un buen rato, viendo el largo cabello rubio que colgaba sobre la celda del monje. Yo soy un tiburón de pacotilla. Y este capítulo me ha salido demasiado largo. Aunque, por otra parte, entre los japoneses la asimetría es un elemento esencial en la estética. Al

menos hay un pueblo que no cree en la perfección. O que, precisamente por eso, cree en ella. Nunca se sabe.

## 19

Kai, entretanto, se había convertido en chófer. Cabría pensar que eso le brindaba la oportunidad de evadirse, pero la idea ni se le había pasado por la cabeza. Recordaba con demasiada viveza la hoja curva del cuchillo que Floris había acercado a su garganta y, además, durante sus correrías, se imaginaba en el papel de actor de cine negro americano. Le gustaba conducir el gran Tatra, aunque los viajes rara vez rebasaban los doscientos kilómetros. Por lo regular, Floris se sentaba a su lado y acompañaba el paisaje con sus acerbos comentarios. Todo inducía a creer que de aquellas salidas siempre se sacaba algo.

Floris o Ulrich o, cuando las distancias eran cortas, alguno de los otros hombres, que nadie le había presentado y cuyo lenguaje apenas podía entender, penetraban en una casa y salían al poco rato. Kai nunca preguntaba nada ni participaba en aquellas acciones. A veces éstas iban acompañadas de mucho ruido o de rotura de cristales, e incluso, alguna que otra vez, de disparos. En estos casos, tenía que emprender la marcha a toda prisa o, siguiendo las indicaciones de Floris, zafarse de un perseguidor.

Hacía las cosas como un perfecto autómatas; él conducía el automóvil y una instancia superior anónima le conducía a él. Sólo dos cosas le preocupaban de vez en cuando: el dolor en el ojo y las visitas de aquella mujer en su habitación. Todo esto había irrumpido en su vida desde que abandonara el Norte. Aquí regían otras leyes. En cuanto a la mujer, no la llamaba por ningún nombre, y en cualquier caso, nadie le pedía que hablase.

Ella era un círculo que iba cerrándose cada vez más a su alrededor. Se daba cuenta de que era el hazmerreír de los inquilinos del castillo, o el hotel, como ellos lo llamaban, pero él no reaccionaba. El único sentimiento que observaba en sí mismo era cierta intranquilidad cuando ella no acudía o cuando acudía demasiado tarde para su gusto. Quizá había contraído adicción a aquellos encuentros silenciosos en los que se entremezclaban formas de dolor, de coacción y de placer, y en los que una voluntad

aparentemente destructiva y mucho más fuerte que la suya propia le dominaba como nunca antes le había dominado nada. Cuando terminaban, él se quedaba solo y sin recuerdos, capaz de permanecer durante horas inmóvil como un muerto, sentado en el borde de la cama o mirando por la ventana con la vista fija en un punto.

En el interior del castillo, disfrutaba de plena libertad de movimientos, pero hacía poco uso de ella. Aquel lugar podía definirse como un cruce entre hotel, internado y cárcel, pensaba, y la mayor parte de los restantes huéspedes no le gustaban. A veces cruzaba unas palabras con Ulrich, que cada día parecía más fatigado, y que le trataba como a un niño o como a alguien a quien no se le puede tomar en serio. Se organizaban timbas con frecuencia, y Floris, que un día se presentaba con un uniforme de opereta y al día siguiente con un esmoquin o cualquier otro atuendo absurdo, provocaba con tal insolencia a sus compañeros de juego que a menudo las partidas terminaban como el rosario de la aurora y Ulrich tenía que intervenir para restablecer el orden.

Mujeres no había. Kai comía casi siempre con Floris y Ulrich, ella nunca les acompañaba y Kai no sabía siquiera dónde estaban sus habitaciones. Algunos días se congregaba un número mayor de hombres. En tales ocasiones, él prefería quedarse en su habitación, oyendo la música y el griterío de los borrachos. Una vez vio a dos hombres que sacaban a otro, manchado de sangre, de una habitación. Advirtió un pánico mortal en los ojos de aquel hombre, pero tampoco entonces preguntó nada. Había un velo entre él y el resto del mundo, tras el cual vivía como en un acuario. Cuando miraba a los ojos a la mujer, cosa que procuraba hacer lo menos posible, se daba cuenta de que ella no le veía, como si lo que ocurría entre los dos no tuviera absolutamente nada que ver con él y como si, aparte, hubiera presente en la habitación otra fuerza impersonal, la de una lascivia voraz y devastadora. Nada podía verse en aquellos ojos. Al mirar en ellos, uno penetraba en dos túneles de cristal y hielo que conducían a un mundo tan frío que podía congelar a quien osase adentrarse demasiado.

## 20

Los cuentos de hadas son historias unidimensionales. Por eso en ellos los objetos pueden ser los personajes principales, o si no, léase a Andersen. El cuento de las velas: «Érase una vez una gran vela que sabía bien lo mucho que valía». La heroína es una vela y su personalidad presenta un único rasgo. Los cuentos de hadas son sistemas cerrados, por eso son tan aterradores. «Y el corneta llegó, surgiendo con un estallido de su núcleo incandescente y blandiendo su amenazadora cola.» «El pozo era profundo, por eso la cuerda era tan larga.» Siempre se corresponde todo, en ellos un escritor no tiene que buscar nada. El desenlace está prefijado, los personajes tienen una sola dimensión, las mentiras no tienen cabida a menos que todo el mundo las note. Tarea: narrar, en forma de cuento de hadas, un caso de cáncer en su fase terminal, donde las células voraces y prolíferas hagan de lobos ávidos de la carne de Caperucita Roja. ¿Cuánto nos jugamos a que sale bien? Cuarenta grados se han registrado hoy.

## 21

«Ay, vellón de miel, flor de miel», dijo el hombre de la barba dorada en cuyo regazo estaba sentada Lucía, a quien acariciaba el cabello y los hombros. Sentada, no; recostada con la cabeza hacia atrás, contemplando la clara luz otoñal que se filtraba entre las últimas hojas. Cuando las ramas se movían por el viento, los rayos se desplazaban y parecían perseguirse, como si también ellos quisieran entrelazarse y mezclarse. A su alrededor sonaban las risas huecas y los susurros de los demás, los besos, las caricias, los contactos, el suave crujido de las ramitas y de las hojas muertas bajo sus cuerpos turbulentos. A veces uno de aquellos rayos de luz caía perpendicularmente, y ella levantaba la vista para ver cómo iluminaba la cabeza del hombre. Él lo advertía y, con un rostro de pronto más radiante aún, sonreía; fingía entonces coger el rayo y murmuraba «Dios» hablándole a la luz y «Dios» mientras acariciaba los hombros y los senos de Lucía, o «Dios» al alzar una hoja para que la envolviera un dorado resplandor y ella pudiese ver sus nervios con igual nitidez que en un dibujo.

Dios. Lucía nunca se había ocupado de Él, pero aquel hombre pronunciaba su nombre con tanta frecuencia y siempre con una voz tan vibrante, que ahora también ella, cuando miraba el agua o un pájaro, susurraba quedamente, sin mover los labios, con sumo cuidado, aquella extraña y breve palabra que él aplicaba como un sello sobre todas las cosas. ¿Cuánto tiempo hacía que duraba aquella situación? Lucía arrancó un pelo de la barba dorada y lo enrolló alrededor de sus dedos, una vuelta por cada día. El extremo fino, delicadamente tensado, correspondía, pues, al primer día, cuando habían oído sonar en el bosque los cánticos y los tambores y Anna había dicho que eran los «Cridantes», nombre que seguramente se habían ganado por el alegre alboroto que siempre les acompañaba. Pero antes de que ella pudiera pararse a pensar en el nombre ellos ya estaban allí, meciéndose y bailando, con él al frente, un desordenado grupo de hombres, mujeres y niños, y saludaron a Anna y Lucía como si las conocieran de toda la vida,

llamándolas hermanas, y él puso una mano sobre sus cabezas y fue como si un pájaro se posase sobre sus crías. Luego habían repartido comida, habían montado sus tiendas de campaña y habían guardado silencio hasta el atardecer, empezando entonces de nuevo los cantos y las danzas alrededor de una gran hoguera que habían encendido.

Lucía desenrolló el cabello y lo sostuvo a la luz del sol. Tanto tiempo había pasado, pues; pero él no creía en el tiempo. En cuanto a ella, nunca se había preguntado qué era y ya no necesitaba hacerlo, porque, según él, el tiempo iba a cesar. Cómo ocurriría tal fenómeno, ella no lo sabía, pero él lo había dicho: el fin del tiempo estaba cerca, pues, cuando el presente siglo acabase, habría transcurrido otro milenio y los pocos años que aún quedaban eran el último plazo tras el cual todo lo que existía en el tiempo cesaría junto con el tiempo. Lucía había advertido que Anna sonreía, pese a que tal perspectiva parecía más bien un motivo de tristeza, pero él y sus amigos, por lo visto, tampoco sentían preocupación alguna y se habían puesto a batir palmas y a cantar mientras él repetía su predicción con una voz cada vez más sonora y compulsiva. Luego se habían levantado y habían danzado, enlazando sus brazos y con una extraña alegría en sus rostros. El final del siglo, los tres ceros que él trazó como anillos en el aire nocturno, encima del fuego, eran los ceros por donde iban a desaparecer, por donde iban a partir, sin dejar de cantar, hacia un mundo mejor, como si los agujeros de aquellos ceros dibujados en el aire poseyeran una fuerza de atracción tal que pudiesen arrastrarlo todo hacia sí y engullirlo. En la ausencia de tiempo que entonces se instauraría, todo quedaría disuelto, desmenuzado, aniquilado, y los restos serían no más que un suspiro, el suspiro mismo, el recuerdo del suspiro, y luego nada. Como los leones de un circo, todo el mundo saltaría por los arcos llameantes de aquellos tres ceros, y él era el domador.

Mil, mil, la palabra resonaba quedamente y titilaba de boca en boca entre aquella pequeña multitud, y Lucía había sentido el brazo de Anna a su alrededor y le había preguntado si todo aquello era verdad. Anna se había echado a reír y, sin dejar de balancearse al mismo ritmo que los otros, había dicho que mil era una medida inventada por los hombres y que, cuando aquel número se aproximaba, cierta gente experimentaba una succión, un anhelo que les eximía de la necesidad de contar, porque contar les recordaba la muerte y esa gente, por miedo a morir, deseaban precisamente la muerte, y a ser posible en grupo. Lucía no lo había comprendido, pero entonces empezó a correr el vino, dulce y cabezón, y él, como un poseso, se puso a danzar en torno de la hoguera, de forma que parecía estar ardiendo, y a gritar que Dios estaba en el fuego y todo era Dios

y, por tanto, también el fuego, y ellos mismos. Luego había levantado las manos pidiendo silencio y había señalado los jirones de su ropa, ante lo cual todos comenzaron a desgarrar sus andrajos para dejarlos aún más destrozados que antes y, pese al frío, se había quedado desnudo, imitándole también todos los demás, y había gritado que si todo era Dios, el pecado debía de ser igualmente una parte de Dios y que, siendo parte de Dios, era bueno, tanto si pertenecía al lado luminoso como al lado oscuro, pues para Él la luz y la oscuridad, el bien y el mal, eran lo mismo, ya que en Él no había contradicciones y, por tanto, lo que los seres humanos llamaban el mal no podía ser lo opuesto al bien, pues en un Dios único e indivisible no existe contradicción alguna; y entonces la voz de su boca de oro había empezado a zumbear en un tono más alto y había dicho que estaban siendo perseguidos porque eran los únicos seres humanos libres en el mundo y que este mundo, donde los hombres se creían propietarios de sus congéneres, les obligaban a trabajar y les prescribían cómo vivir, estaba condenado, pero el azote no tardaría en llegar y pondría fin de una vez para siempre a la iniquidad con un gran fuego devastador y purificador.

El azote, el azote, al pronunciar esta palabra parecía que su voz se alzara por encima de los árboles y regresara y golpeará los rostros, como un látigo, rostros que le miraban extasiados. Luego sus palabras se hicieron confusas, ininteligibles, convirtiéndose los sonidos que emitía en un prolongado balbuceo que iba hinchándose hasta terminar en un chasquido de látigo, mientras los demás, con gritos no menos altos, expresaban el dolor producido por el golpe.

Lucía, más tarde, pensó que había sentido miedo, pero también excitación, porque la voz de aquel hombre la había elevado, la había transportado y luego, afortunadamente, la había depositado de nuevo en el suelo, haciéndose más baja, más tranquila, hasta que sus palabras volvieron a ser comprensibles y ya no se referían al castigo, sino al amor. Amor, amor, la palabra se deslizaba por todas partes, había de alcanzar también a los animales en sus madrigueras, a las aves en sus nidos, quería saltar sobre los árboles y desaparecer hacia el cielo con el humo del fuego hasta llegar a las estrellas y retornar finalmente para anidar en los gestos, en las manos con las que se tocaban, se acariciaban, sin dejar de suspirar y susurrar, meciéndose a la luz de las llamas como si fueran un único gran cuerpo acoplándose, que no sentía el frío y que, aun tendido, podía seguir danzando hasta que despuntara el alba. Pero ya mucho antes, él se había aproximado a Lucía, chispeante figura de fuego, y le había tendido la mano, envolviéndola con su risa, la risa

del domador que ve cómo salta el león a través del cero perfecto de su aro llameante. Se había vuelto a mirar a Anna, que parecía, más que nunca, un payaso indulgente; y Anna, como si ya hubiera previsto todo aquello, había asentido con un gesto que expresaba muchas cosas a la vez. Entonces la pareja se había alejado del círculo formado por los demás alrededor del fuego hasta que la hoguera no era más que un vago resplandor, y allí él la había amado como una nube.

¿Cómo nube? Sí, una nube, una cosa compacta y a la vez presente en todas partes, una nube viva bajo la apariencia de un hombre de barba dorada, la barba de la que había arrancado el pelo luminoso que ahora enrollaba y desenrollaba como si fuera el propio tiempo lo que tenía alrededor de su dedo, y, abandonada a tal ilusión, le parecía que su vida anterior, su nombre e incluso ella misma habían quedado abolidos, fundiéndose en un elemento inclasificable, ajeno al lenguaje, a la vez lleno y vacío, como una nube que atraviesa el cielo sin encontrar resistencia.

Ahora yo mismo estoy sentado en un regazo y ¡vaya regazo! Parece una forma plebeya de rima visual o de delirios metafóricos, como muchas de las cosas que hago aquí, pero cómo es posible mantenerse neutral cuando, entre los sonidos melifluos de ese Crisóstomo, oye uno otra voz recalcitrante, con consonantes cada vez más agudas, como las interferencias de una emisora pirata cuando se está escuchando a Mozart. Y si esa aborrecible voz perturbadora, que nadie más puede oír, resulta ser la de uno mismo arremetiendo cada vez con más violencia hasta destruir toda armonía, lo mejor es renunciar a Mozart y apagar el aparato.

Pero nada puedo hacer para evitarlo, soy alérgico a la palabra Dios. No puedo oírla sin que irrumpa en mí una voz opuesta, ni escribirla sin que al mismo tiempo mi mano izquierda sienta el deseo de romper el papel o de cubrirlo con una nueva escritura, más contumaz, que me lleve en otro sentido, dando comienzo a un libro diferente. Pero ¿a qué viene tanto aspaviento? ¿Acaso no voy yo a visitar de cuando en cuando el monasterio? Ciertamente, pero los cartujos no molestan a nadie, no quieren saber nada del mundo. Soy yo quien, por propia voluntad, va allí; la religión no me asalta, como antiguamente, sino yo haberlo pedido, no exige nada de mí. Lo mejor que puedo hacer es seguir el ejemplo de Anna, las mujeres son siempre más juiciosas. Saben lo que yo mismo sé: que ya antes, el mundo ha visto y ha digerido tales fantasías milenaristas. La pobreza voluntaria, los Ranters, los Fraticelli, la deificación de uno mismo, los desvaríos de Plotino, los hermanos del Espíritu Libre, cuyo reflejo, disfrazado de ciencia, reaparece más tarde en Spinoza, que identifica su Dios impersonal con la Naturaleza, divina bondad, y luego, literalmente, siempre de nuevo la misma Bendición omnímoda, en la que todo, incluso la Trinidad, quedaría disuelto, siendo el alma humana como una gota caída del cántaro de origen Divino destinada a volver a él después de su paso por esta vida perecedera e imperfecta; todas esas doctrinas de la salvación, con su histérica fe en

la igualdad, elemento inseparable de las olas cada vez más amenazadoras de la total deificación, todas esas fantasías, los decretos falsificados del Pseudo-Isidoro con sus epístolas del papa Clemente que Clemente nunca escribió, los paradisíacos sueños igualitarios del *Roman de la Rose*, el derecho a la felicidad, el derecho al cuerpo del otro, aunque espléndidas y tentadoras, son sólo mentiras, charlatanería, absurdas utopías con las que la humanidad se engaña una y otra vez.

Tómese uno cualquiera de esos imposibles sueños medievales, y trasládese al siglo XX, cuando los ceros vuelven a aproximarse, lléveselo a la selva de Camboya y hágase una visita a Pol Pot, cuya ideología no consiente la propiedad ni las ciudades, la familia ni los sentimientos, ni la música, ni el canto, ni los libros, ni el conocimiento del pasado. Por esta causa murieron tres millones de personas, ya que siempre ha de morir gente cuando la utopía se convierte en ley.

Pero todo comienza siempre por la seducción, por los hombres con el pico de oro, como ese loco en cuyo regazo está ahora Lucía.

Regazo, regazo, ¡acaba ya, Tiburón! Estás solo, serénate. Aquí estoy yo, efectivamente, en el centro de mi aula, con un dedo quemado por los Ducados, como un monje paseándose de un extremo a otro de su celda; cuando levanto la vista al techo, descubro que está abierto y del cielo cuelga el cabello de oro de una gigante, ¡por el que podría trepar como Tarzán por una liana! Ya te has desmandado otra vez, vuelves a mezclarlo todo. ¿Qué tendrá que ver el pobre Spinoza con ese Barbas Doradas tuyo? Te habías propuesto hablar sobre un regazo en el que tú mismo te hayas sentado, ¿recuerdas?

Regazo. ¿Por qué algunas imágenes son mucho más vigorosas que otras? ¿Por qué asocias tu odio contra cualquier forma de religión y de utopía con el regazo tan insignificante del padre Vicente? ¿Un regazo? Era más bien un valle, un valle de áspera tela marrón. Dios mío, ¡qué capacidad tienen los escritores para hacer una montaña de un grano de arena! ¿Cuántos alumnos de mi colegio no se habrán sentado en el regazo de un sacerdote y son ahora ellos mismos vicario general de alguna impronunciable diócesis filipina, jesuita en Nicaragua, redactor jefe de algún diario provinciano de Asturias, o simplemente están muertos y descansan en paz? ¿Por qué, entonces, tanto aspaviento?

Pues porque yo soy el único idiota que sigue sentado en un pupitre de colegial, y por el tamaño de este pupitre, que he tenido que medio desmontar para poder sentarme, he calculado lo pequeño que era entonces. Pequeño y encantador. Afortunadamente no hay

en esta aula ningún espejo, de lo contrario me habría visto obligado a constatar que el chiquillo de aquel entonces ha crecido sin parar hasta convertirse en este macizo personaje vestido de azul que ahora está aquí sudando por los cuarenta grados que marca el termómetro. Sí, sí, compruébenlo y verán: ¡en el verano de 1993 se registraron en Zaragoza temperaturas en torno a los cuarenta grados!

A pesar de las tendencias anarquistas de mi padre fui educado en un internado carmelita, que ha proporcionado brillantes políticos a los regímenes de la nación, primero al malo y después al bueno. El nombre del colegio aparece en numerosas biografías y notas necrológicas. El padre Vicente estaba encargado de la vigilancia del dormitorio, pero se atribuyó la tarea de vigilarnos particularmente a mí y a mi cuerpo, todavía tan esbelto en aquel tiempo. No era esto lo peor. También él pronunciaba los sermones de cuaresma, y yo siempre he sido muy sensible a la retórica. Cuando hablaba del dolor, del infierno y de la condenación eterna, las oscuras aguas del Leteo brotaban de las terribles heridas de Cristo e inundaban la capilla, y yo me ahogaba en aquella mezcla de sangre, hiel, vinagre y secreciones de muerto, un pecador de metro cincuenta de estatura en pantalón corto. Peor aún era mi confesor y lo siguió siendo hasta que un día, después de haber deslizado por enésima vez a través de la rejilla del confesionario mi infantil pecado, siempre el mismo, como si quisiera limpiármelo a fuerza de restregarlo en su hábito marrón, él, montando de pronto en cólera, me espetó, desde detrás de la celosía de madera, «¡eres un chivo lujurioso!», y esa misma noche, sin embargo, me ordenó salir de la cama y me atrajo nuevamente hacia su gran regazo marrón. La tosca tela me raspaba las piernas desnudas, yo luchaba en silencio para escapar de aquel valle y de aquellos susurros, no quería estar allí.

Lo admito, como conclusión no es precisamente impresionante, pero la verdad es que desde entonces he sentido alergia no ya sólo por el regazo de los carmelitas, sino también, con un sentimiento único, por el regazo de Roma, de Moscú, de Ginebra, de la Meca y de Dordrecht, y por las alternativas, igualmente impuras, a estos sistemas, las sectas, las utopías y cualquiera que hable en nombre de algo diferente, de algo más elevado y mejor, y que en consecuencia, miente, cualquiera que pretenda sentarse en el regazo de un papa, de un ayatollah o de una Verdad, y no quiera, como yo, estar solo, simplemente nacido, no creado, existir por sí mismo, como una nutria, una corneja o un saltamontes.

—¡Eh, eh, viejo Tiburón! ¿Lo dices en serio? —me preguntaban mis compañeros de

Delft cuando me dejaba llevar, una vez más, por el entusiasmo. Los holandeses siempre quieren saber si uno piensa realmente lo que dice.

–No, claro que no –decía yo.

Ante lo cual se echaban a reír.

–Muchachos, a Tiburón le ha dado otra vez, tiene nostalgia, añora su España.

Entonces se llevaban dos dedos a la frente a modo de cuernos, cantaban «Toreador olé» y me llenaban de ginebra. Pero yo no he cambiado. Cada cual puede pensar lo que quiera, toda forma de sinrazón está permitida, mientras no se involucre en ello a nadie más. A quienes no tienen esto en cuenta, los seductores, los odio, sin excluir a ese necio insignificante que está copulando con Lucía mientras en las cenizas el fuego lanza su último resplandor, primero dorado, luego rosa y por fin negro. Sí, claro que puedo verlo. El ojo omnisciente del nadie que escribe un cuento de hadas es el ojo más deformado que existe y, por eso, también ve que, pese a la ya escasa distancia que separa a Kai de Lucía, cada una de las dos mitades perdidas de esa pareja perfecta se halla sometida a un régimen distinto y opuesto del que solemos indicar con la palabra amor.

Una mañana Kai se despertó y supo que había nevado. Lo supo sin haber visto nada, lo oyó por lo que no oyó. La nieve amortigua el sonido, tiende un manto sobre el mundo. Se levantó y fue a mirar por la ventana. Las dos cornejas que ya había visto otras veces describían extrañas curvas en el cielo como si trazaran letras. Los copos que caían eran grandes y lo cubrían todo. Éste no es mi país, pensó, sobresaltándose al caer en la cuenta de que no había pensado tal cosa desde hacía tiempo. Cerró el ojo que le dolía dejando el otro entornado, y vio la nieve como una deslumbrante y peligrosa coraza que cubría un mundo quieto y silencioso, totalmente ajeno a él. Las cornejas fueron a posarse en el alféizar de la ventana y, para su ojo medio cerrado, se convirtieron en dos manchas negras, brillantes. Dio unos golpecitos en el cristal de la ventana, pero no se fueron.

Se lavó y salió de su habitación. En el salón había, como siempre, unos cuantos hombres ociosos, todos desconocidos aparentemente, aunque en realidad nunca tenía la total certeza, porque en todos aquellos rostros predominaba un rasgo común que, por muy distintos que fueran sus dueños, les hacía muy semejantes, un rasgo de indiferencia y de fría ferocidad. Todo parecía indicar, incluso cuando Ulrich no estaba presente, que acataban una jerarquía, nada clara para Kai, y establecida probablemente, como en el mundo de los animales, mediante violentas luchas. La violencia era su elemento natural; sus movimientos, sus miradas y sus voces hablaban de violencia, era la ley de sus vidas. Advirtió que algunos le miraban, sintió las mofas de que era objeto. La nieve había agitado algo en él que hasta entonces permanecía latente. El tono de las conversaciones parecía más acalorado que de costumbre.

En el instante en que iba a salir, oyó la voz de Floris procedente de una sala lateral y luego otra, muy áspera y norteña, que no conocía. Kai retardó el paso para oír mejor, pero lo único que entendió fue que alguien de cuya protección dependían no estaba dispuesto a seguir en el juego o había quedado fuera de la circulación y que muy

pronto... y luego siguió un susurro, ese clásico susurro de los libros de aventuras juveniles, que existe también en la vida real. ¿La vida real?

Las voces se aproximaron y Kai siguió caminando, salió del edificio y atravesó los jardines tras los cuales se extendía un bosque que seguía formando parte de los terrenos del castillo. Ya antes se había paseado por allí alguna vez, pero a causa de la capa de nieve, que ya había alcanzado gran altura, no supo muy bien por dónde iba y fue a parar a un lugar que no reconoció. La nieve caía sobre su ropa y su cabeza, pero apenas lo notaba. En su confusa mente intentaba formar un pensamiento, pero en su cerebro también nevaba y una sola imagen, que había ahuyentado cualquier pensamiento, reinaba en él: la de la mujer blanca y glacial. El bosque se espesó, se hizo más misterioso. Grandes abetos se erguían, como centinelas congelados, a ambos lados de lo que debía ser una senda. Buscaba algo, pero no sabía qué. Al cabo de un rato vio, detrás de una irregular barrera de arbustos, una construcción baja adosada a un elevado muro. Se detuvo delante de la puerta y tendió una mano hacia ella.

Ambas cosas ocurrieron casi al mismo tiempo: los agudos y malignos graznidos de los gansos y el golpe que le derribó. Más tarde sólo recordaba que, mientras estuvo tendido en el suelo, los gansos le habían mordido por todo el cuerpo con sus picos duros y perversos y que eso le tenía sin cuidado, porque, al recibir el golpe, había desaparecido por fin la brizna, la esquirla, el añico que durante todo aquel tiempo había sentido en el ojo.

–¡Es la hora!

Lucía oyó estas palabras con toda claridad. Vio a Anna de pie en la abertura de la tienda de campaña, con los hombros cubiertos de copos de nieve, y miró al hombre de la barba de oro, acostado junto a ella. Aun dormido sonreía, soñando en un horror que no le asustaba. Poseía las llaves del reino de los cielos, nada podía ocurrirle. No echaría de menos a su «flor de miel», todas las mujeres eran suyas y él era de todas las mujeres. Eran uno con el resto de la naturaleza, parte de lo invisible y a la vez, por tanto, de la mismísima divinidad, así que nada podía salir mal.

A Lucía no se le ocurrió preguntar de qué era hora. Anna, en cuyos movimientos estaba siempre presente el payaso, como si constantemente construyera barricadas a su alrededor que luego no podía superar, lo había dicho con la misma contundencia con que alguien da unos golpes en la puerta del camerino para anunciar que ha llegado el momento de salir a escena.

Lo bonito de los cuentos de hadas, pensó Anna –que, según la Ley de Andersen, en aquellos momentos habría tenido que estallar–, es que todo, a diferencia de la vida real, obedece al dictado del desenlace. Gracias a ello, los personajes no sólo tienen una personalidad más sencilla que las personas corrientes, sino que, además, no han de preocuparse de la intrincada lógica que hace tan difícil la vida de los protagonistas de una novela. Eso le ahorra a uno muchas dudas y tristes cavilaciones. Por otra parte, como los cuentos de hadas empiezan por la *idea* del desenlace, su cronología suele ser explosiva, y eso a Anna le gustaba. Una situación, que podría haberse prolongado interminablemente, por efecto del antedicho dictado del desenlace queda interrumpida de la manera más brusca y arbitraria: después de todo, la mayoría de los cuentos de hadas no ocupan más de dos o tres páginas. Que en estos circuitos cerrados se origine una teoría de la relatividad *sui generis* a consecuencia de la cual, entre otras, los animales y

los cirios tengan el don de la palabra, parece extraño, pero no lo es. El cuento de hadas es una provincia del reino de la imaginación, en la que todas las cosas ocurren de un modo diferente; se podría comparar con una olla a presión. La compresión de una masa de tiempo en un espacio tan reducido deforma el sonido que sale de la boca de los animales (y en caso de temperaturas extremas el mismo fenómeno afecta al silencio céreo de la vela) hasta convertirlo en esa diferenciada forma de croar, gorjear, mugir y bramar que, en nuestra arrogancia, llamamos lenguaje y solemos reservarnos para nosotros mismos, es decir, cuando nuestros relatos están sincronizados con nuestras vidas. Sin embargo, siguiendo ese mismo razonamiento, podría argüirse que la novela apenas escapa del reino de los animales hablantes. Quien quiera describir de verdad el drama de una vida tiene que escribir una novela tan larga como la vida misma. Está demostrado que esto es imposible. Debido a la inevitable compresión que tiene lugar en las novelas, las personas dotadas de un perfecto órgano auditivo están en condiciones de advertir que lo que se dice en las novelas no se corresponde generalmente con la realidad perceptible. Y si es así, lo más seguro es que se trate de una mala novela. En los cuentos de hadas, el relato se contrae todavía más, a consecuencia de lo cual se oye hablar a los animales. Es difícil hallar la fórmula exacta que permite obtener el efecto de esta aceleración, porque tendrían que considerarse asimismo todas las otras características de los lobos, las sirenas, las velas y los renos. Que esto tiene que ver con una intensificación del curso del tiempo está claro. Si, además, se dotase a los personajes de los cuentos de hadas de una psicología compleja o se les dejase reflexionar sobre sí mismos, probablemente pasarían a ser por completo inaudibles o, según el caso, ilegibles. Esto último ha de tomarse, naturalmente, en sentido literal.

Durante todo el tiempo en que Anna piensa estas cosas –o parte de ellas, ya que yo sigo todavía aquí– y camina con Lucía por la nevada senda del bosque, soporta un terrible dolor de cabeza. Lucía, en cambio, no; la nieve le llenaba de alegría. Aquel día aún se acordaría tres veces del hombre que hacía el amor como una nube y a quien se le podía arrancar un pelo de la barba, y enrollarlo alrededor de un dedo a modo de calendario; y la semana siguiente pensaría en él dos veces todavía, y luego sólo una vez al año, sin saber exactamente por qué.

–¿Vamos a buscar ahora a Kai? –preguntó a Anna, que estaba sacando el automóvil de su hinchada funda de nieve.

«Hoy mismo os veréis cara a cara», quiso decir Anna, pero en lugar de ello se puso a

silbar una tonadilla. En primer lugar la palabra «hoy» no significaba nada y, segundo, toda la frase parecía estar ya escrita.

No le sorprendía tanto la facilidad con que Lucía retomaba el hilo, como el número de páginas que, a su edad, había tenido que pasar entre aquella multitud voluptuosa. Personaje de cuento de hadas y a la vez cómplice del escritor: una situación imposible. Pero era sabia, quería a Lucía y le gustaba la ejemplar inocencia con que había gozado de su aventura sensual.

Como Lucía era ya perfectamente bella, nada podía añadirsele, y sin embargo a Anna le parecía que su joven amiga estaba aún más radiante. Se puso a bailar alrededor del coche, los cristales de nieve destellaban en sus cabellos, y lanzó al aire la pelota amarilla, en la que Anna veía a veces su mejor amiga. Para colmo de dichas, el coche arrancó a la primera.

Kai se sentía al mismo tiempo feliz y desgraciado. Desgraciado porque no dejaba de inquietarle la idea de que durante un tiempo había sido otra persona; feliz porque aquello había terminado.

Yacía con las manos atadas tras la espalda, en un calabozo oscuro, y pensaba todo el tiempo en Lucía. «Todo el tiempo», así llamamos a una pequeña fracción de tiempo que separamos de la verdadera totalidad del tiempo. El recuerdo de ella le llenaba, porque no la tenía. No era sólo su ausencia, sino que no la tenía, le faltaba. Le faltaba su otra mitad, su *wederhelft*, una bella palabra holandesa. Este libro versa sobre la lectura. Kai pensaba en ella, pero era en vano. La mitad que falta: volvemos nuevamente a Platón. Escribir consiste en reagrupar lo que ya se ha escrito antes, uno siempre tiene en la mano cien escritores, aunque no lo sepa o no lo desee. A este respecto no hay nada que hacer. Los mejores no permiten que se note; lo que yo hago es labor de sirvientes.

La expresión «la otra mitad», sin Platón, es inconcebible. Kai no piensa en ello; siente aflicción, o dolor, el dolor de la carencia, el mismo dolor que también Lucía empieza a sentir ahora. Pero no reflexiona sobre el dolor, él es el dolor.

¿Puede un animal sentir pena? No, un animal *es* pena. No siempre, pero sí en el momento en que diríamos que siente pena. Un ser humano tiene miedo; una animal es miedo. Cuando escribo que ahora Kai está pensando en Lucía, lo que quiero decir es que todo él en este preciso instante es la falta de Lucía. ¿Son, pues, los personajes de los cuentos de hadas iguales que los animales? Yo creo que sí, y por eso los seres humanos y los animales son, en dichos cuentos, equivalentes. No tienen capacidad de elección, no pueden tomar más que una dirección; la reflexión, por tanto, no tiene ningún sentido. Kai es el dolor por la ausencia de Lucía y lo es de pies a cabeza. El dolor en su cuerpo, su cuerpo en el calabozo, el calabozo en un castillo y el castillo, sumido en el más absoluto silencio, rodeado por la policía y las fuerzas especiales de seguridad venidas del Norte,

donde un nuevo Gobierno ha decidido erradicar de una vez por todas ese foco del crimen organizado que infesta las tenebrosas provincias del Sur.

Todo esto se desarrolla en un mundo transformado por la nieve, la misma nieve por la que Lucía va aproximándose al castillo. No tiene la menor idea de lo cerca que está ya de él, pero eso no importa, pues quien haya estudiado los cuentos de hadas sabrá que, si bien los factores lugar y distancia intervienen en ellos, el transporte y el transcurso del tiempo obedecen a otras leyes. Al utilizar la fórmula «Érase una vez» se está creando una realidad extratemporal y extraterrena, en la que todo es posible. Un *free-for-all*. Los personajes son transportados a lomos de gansos salvajes o de renos. Sólo cuenta el desenlace.

Y éste, como ya he dicho, está determinado de antemano. En las novelas es distinto. El desenlace, incluso después de producirse, es discutible. Por eso la novela admite que un amante reflexione sobre Platón. Mientras Lucía sigue a Anna por la nieve y Kai, en su encierro, intenta cortar las cuerdas que lo sujetan frotándolas contra las afiladas aristas de un piedra, nosotros examinaremos dos novelas en las que eso sucede. En ambas, el protagonista piensa brevemente en el *Banquete* de Platón. Ahora somos cinco en mi aula del colegio, Platón, Kundera, Eugenio d'Ors, Andersen y yo. A Andersen le soy antipático, eso salta a la vista. Infrinjo todas sus normas. Soy, a sus ojos, un escritor desnaturalizado. Y así es, en efecto. Tomás, el protagonista de *La insostenible levedad del ser*, de Kundera, piensa en el famoso mito del *Banquete*: «Antes los seres humanos eran hermafroditas y Dios los escindió en dos mitades que, desde entonces, vagan por el mundo, buscándose entre sí. El amor es el deseo de encontrar esa mitad perdida de nosotros mismos. Supongamos que es así, que cada uno de nosotros tiene en algún lugar del mundo su pareja, con la que en otro tiempo formó un solo cuerpo». Para Tomás, ésta no es la mujer que vive con él y a la que ama, Te resa. Es otra persona, una muchacha con la que ha soñado. ¿Qué sucedería si la encontrara? ¿Abandonaría a Teresa? No, no lo haría. Si alguna vez llegara a encontrar esa otra mitad soñada, la rehuiría y permanecería al lado de su mujer, que no es la soñada mitad perdida, pero por la que siente un amor «que es incapaz de expresar».

Leemos autores checos, pero ¿quién lee autores españoles? En *Gualba, la de las mil voces*, de Eugenio d'Ors, «el hombre de cuarenta y cinco años» reflexiona sobre «el inmortal diálogo de Platón». «Platón ha oído hablar del amor», piensa el hombre, «de la búsqueda y la tragedia de la búsqueda. El mito del ser único, original, el andrógino, luego

escindido en dos mitades que se buscan entre sí para completarse, es brillante. Pero Platón, como era un optimista, describe sólo el éxito imaginario de esta búsqueda, sin ocuparse de su fracaso final. Escribe de una manera espléndida sobre la primera mitad del proceso erótico, pero olvida la segunda mitad, en que todo se malogra. Platón es filósofo y poeta, pero no amante».

Kundera y D'Ors escriben novelas. Platón habla de un mito contado por Aristófanes durante el banquete. Andersen escribe cuentos de hadas. Las novelas describen cómo es la vida, porque narran aquello que *puede* ser. El mito da respuestas imposibles a preguntas sin solución. Sucede en ellos lo que nunca ha sucedido. Los mitos son ejemplos; las novelas, imágenes; los cuentos de hadas, mentiras amables que cuentan los hombres incapaces de resistir el mito malogrado de la vida. En los mitos, los seres humanos viven eternamente. En los cuentos, viven muchos años y son felices. En las novelas, al final de esos muchos años empieza la desdicha, y la mayoría de las veces incluso antes.

En los mitos, todo, de un modo u otro, queda resuelto. En las novelas nunca se resuelve nada, y en los cuentos la solución se aplaza, pero si alguna vez tiene lugar, es fuera del marco del cuento. Ésa es la mentira.

Pienso en la nieve que cubre el cabello de Lucía, contemplo el patio vacío del colegio, reducido a una lámina de luz reverberante, luz en la que han ido formándose, como sombras, mis cuatro amigos, y me pregunto de dónde procede mi irreprímible deseo de mentir.

–De la desgracia –dice Andersen, que habla por experiencia–, pero tu desgracia aún es insuficiente, y por eso te sientes incapaz de hacerlo. Mentir también es un arte.

–¿Por qué no escribes novelas? –dice Kundera–. En ellas podrías «mentir una realidad».

–La realidad es sólo una sombra –dice Platón.

–Nosotros, los españoles, nunca nos hemos entendido bien con la realidad –dice D'Ors.

–La realidad es más bien cosa de holandeses –contesto yo entre dientes, pero Platón no sabe quiénes o qué son los holandeses, y los otros tres no responden.

## 26

Ahora la noche está clara, ya no nieva. En torno a la Espada de Orión es visible la neblina en la que se forjan las nuevas estrellas. A Orión le siguen sus perros; en el firmamento también se escribe. Póngase una de las puntas del compás en el tenebroso calabozo donde se halla Kai, prescídase del griterío que retumba en los pasillos y trácese un pequeño círculo. En su interior están ya las fuerzas del orden que se aproximan al castillo, con las pistolas a punto; en el exterior, en medio todavía de un profundo silencio, Anna y Lucía marchan por una senda del bosque. Anna avanza en línea recta hacia el castillo y Lucía, que no sabe nada, sigue su abultada figura. Lucía ha olvidado al hombre de la barba, ahora sólo es la otra mitad de Kai, a quien ha de encontrar, porque, si no, ninguno de los dos podrá subsistir. Anna lleva atado en la cabeza un extraño pañuelo que le da un cierto aire de reno. Más que caminar, sigue a los dos cuervos que vuelan delante de ella allá en lo alto, muy lejos, y por eso parece que ella misma vuela, cada paso un día. El reno conoce el camino, a veces se eleva por los aires y Lucía, sentada a lomos del animal, ve bajo sí el mundo blanco. Diríase que todavía es de noche, pero la noche es más clara que el día, la nieve refleja la luz de las estrellas. A veces Lucía sueña, sueña con ladrones, con una muchacha armada de un cuchillo, con una voz que le dice dónde encontrar a Kai. Cada vez que despierta, el mundo sigue bañado en luz, los árboles se le antojan soldados prestos al combate, sus ramas son fusiles, lanzas, espadas. Al romper el alba se oirá una voz de mando o una trompeta dando la orden y, cuando los árboles se pongan en movimiento, el ruido será espantoso.

Los cristales de nieve hieren sus ojos, se encuentra de nuevo en un escenario, Kai ha de estar en algún lugar de la sala, pero la venda le abrasa los ojos, la deslumbra, no puede verle; percibe la presencia de toda aquella gente, oye el silencio, y entonces, de pronto, como si un mal presagio le azotara el rostro, los gansos prorrumpen alrededor

con sus graznidos y silbidos. Los animales acuden de todas partes, con los cuellos tiesos como palos y en el extremo de cada palo un pico abierto, chillón, dispuesto a morder. Anna se despoja de la cornamenta y con la dura ropa de cuero y piel golpea a los gansos en la cabeza hasta que brota sangre de sus ojos.

En la celda, Kai oye el griterío y las detonaciones y luego, acercándose, unos pasos apresurados sobre las losas de piedra del pasillo y una llave que gira en la cerradura de la puerta. Es Ulrich. Corta las cuerdas que le sujetan y dice:

–Huye, aquí ya todo ha terminado. No digas a nadie que he sido yo quien te ha dejado escapar. ¡Que no te cojan!

–¿Y tú?

–Yo ya me las arreglaré, descuida.

Empuja a Kai hacia el pasillo y desaparece. Kai empieza a andar, oye una voz con acento norteño que grita «¡Por aquí, por aquí!» y pisadas de botas. Está seguro de no haber visitado antes aquella parte del castillo, pero se aleja de donde proceden los gritos y los disparos, sube por una escalera de caracol y llega a una galería abierta en torno a un patio cuadrangular que no había visto hasta entonces. Cuando se dispone a atravesarlo, ve de pronto a la Reina de las Nieves. Detrás de ella está Floris.

–La pieza se escapa, Floris –dice con la misma voz de siempre, una voz de cristal y hielo. Kai ve que Floris le apunta con un arma, sabe que no puede huir y se queda inmóvil, como si una vez más, ésta la última, se hubiera convertido en hielo, pero entonces oye una voz que, con una calma inexpresable y, piensa más tarde, con un timbre melodioso, dice «¡No, no lo hagas!» y aparece ante su vista una mujer gorda y vieja, desconocida, y detrás de ella Lucía, que le extiende la mano y abre la boca como si fuera a gritar; pero en aquel instante suena el disparo dirigido a él y la anciana cae, muda, como un enorme animal, en la nieve, que lentamente se tiñe de rojo.

Suena una nueva detonación, luego otra; pero Kai no sabe quién dispara, porque el ruido procede de detrás, y ve a Floris que, doblado y a trompicones, intenta huir, a la vez que se lleva las manos convulsamente a la garganta ensangrentada; pero ve también, ante él, a la mujer, que no sangra y le mira fijamente, con una expresión de sarcasmo, de burla, de escarnio, y que, con aquella mueca helada en el rostro, cae hacia delante, se quiebra, se desploma, se disgrega, choca contra el suelo, se da la vuelta y queda inmóvil en la nieve como una muñeca rota, cerca de la otra mujer. Los ojos de la Reina de las Nieves permanecen abiertos, pero ya no ven nada. Mientras unos pasos rápidos se alejan

a su espalda, Kai se aproxima a ella, la observa, pero, como antes, en sus ojos no se ve más que una profundidad infinita de cristal y hielo en la que todo aquel que osó adentrarse quedó congelado para siempre. Se inclina para cerrarle los ojos y, al hacerlo, advierte en uno de ellos una lágrima como un diamante, duro y pulido. Pone sus dedos en los párpados, pero se resisten a cerrarse, y oye un suspiro que sigue sonando a escarnio, y escarnio también expresa la mirada de la muerta que le sigue mirando, pero ahora es el escarnio de la ausencia. «Estamos yuntados», le había dicho una vez, pero no era verdad. Nunca había estado unida a nadie y, aun muerta, conservaba el mismo aspecto de siempre; Kai debe marcharse antes de que vuelva a levantarse. Se acerca a Lucía, libra sus manos, una a una, de las manos de la otra muerta, que duerme como una niña en su lecho de sangre y nieve. Los disparos han cesado. Kai abraza a Lucía. Antes de que las pisadas de las botas, que ahora se aproximan por todas partes, lleguen al patio interior, desaparecen los dos con todo sigilo. Los muertos quedan atrás, como si hubieran estado allí siempre, tendidos en la nieve que refleja la luz de las estrellas.

De lo que ahora sigue lo único que puedo hacer es avergonzarme, aunque hay que atribuirlo a la edad. Pero los hombres de mi edad no pasan las noches sentados en el aula vacía de un colegio. Acabadas de escribir las últimas líneas de mi libro, he salido del pupitre no sin dificultad. De pronto he tenido la sensación de que las vacaciones habían terminado, de que de un momento a otro irrumpiría toda una clase de alborotadores colegiales y me sorprenderían aquí como a un intruso, como a alguien que, por su crecido esqueleto, por el obscuro abultamiento de sus carnes, por el pelo que asoma en su rostro y por el hedor de sus Ducados, ha perdido el derecho de permanecer en el territorio de los niños y, sin embargo, insiste en quedarse, un profanador.

Entrarían y desenmascararían al hombre contaminado ya por la vejez, que huele ya un poco a muerte, pero que quiere, pese a ello o acaso precisamente por esa razón, moverse en un mundo donde no rigen aún las sórdidas leyes de los adultos, un mundo donde la existencia no es aún un relato sin sorpresas, un mundo donde todo está aún por ocurrir y que por eso, puede adoptar aún todas las formas, simplemente porque, a diferencia del mío, aún no está concluido. Entrarían ruidosamente, me verían con mi cuaderno escolar demasiado grande, lleno de tareas que nadie me había exigido, percibirían en mí el olor de la mentira, del engaño que despide mi persona y, de pronto, se quedarían inmóviles, mirándome todos con sus ojos claros, expresando la aversión que despierta siempre lo imposible. Ni siquiera se reirían, retrocederían lentamente e irían a buscar a otro adulto, alguien de mi propio mundo inalterable donde nadie acude por la noche al lado de nuestra cama para contarnos un cuento cuando lo pedimos, donde nadie, de pronto, sin más ni más, dibuja un sol con unos rayos amarillos demasiado grandes sobre una montaña más pequeña que la casa que tiene al lado.

He silbado, pero sonaba desafinado. Entonces he mirado por la ventana y he visto lo que hubiera podido ver durante todo el mes pero no había visto: una rayuela, una de esas

estructuras dibujadas con tiza, compuestas de casillas numeradas y agrupadas horizontal y verticalmente, que siempre he concebido como una primitiva representación del destino. Uno recorre un trayecto y las cosas salen bien o mal. Los niños no jugaban nunca a la rayuela, era un juego de niñas; yo, por lo menos, no recuerdo haber jugado. A buen seguro que no habrá faltado quien, en alguna universidad, haya escrito un estudio sobre la rayuela, relacionándola con ritos iniciáticos, prácticas cabalísticas y sabe Dios qué otras muchas cosas. Pero eso me tenía ahora sin cuidado, porque de pronto he sentido el deseo absurdo e irrefrenable de saltar a la pata coja. Al principio me he resistido al antojo, pero eran las tres de la mañana y en el patio no podía verme nadie. He salido del edificio, he observado las casillas y he caído en la cuenta de que no conocía las reglas del juego, pero eso no me ha disuadido.

Sin pensármelo dos veces, como cuando uno se zambulle en el mar por primera vez a comienzos de temporada, he saltado a la pata coja sobre el primer cuadrado y, dando otro saltito, me he desplazado al siguiente. No sabía lo que estaba haciendo, pero me he sentido feliz. La noche era clara, el reloj ha dado las tres y Alfonso Tiburón de Mendoza estaba jugando a la rayuela en el patio de un colegio. Al llegar a dos casillas contiguas, me he introducido en ellas con las piernas separadas imitando ese gracioso brinco que he visto dar a las niñas en la calle, y luego he seguido adelante otra vez a la pata coja. Adónde me conducía aquello, lo ignoraba, pero me sentía feliz, porque, saltando a la pata coja de esa manera, tenía la sensación de estar aún escribiendo el relato que descansaba ya terminado en el aula, aquel ridículo huevo de cucú que había puesto en el nido compartido como mínimo por otros diez pájaros. Sólo al quedarme sin aliento me he detenido y me he sentado en el suelo, como hacía en mi niñez, cuando aún podía frotarme la coronilla contra la pared inferior del alféizar de la ventana. Ahora ya no puedo hacerlo, pero no importa. La luna ha aparecido por encima del tejado del colegio y, al escrutar el firmamento, he visto a Orión, mi constelación preferida, seguida de Siro, mi perro predilecto. Una blanca lámina de luz se extiende sobre el austero rectángulo del patio, produciéndome la fugaz impresión de que había nevado; por lo demás, no había nada que ver.

Y allí me quedé, feliz y dichoso, por siempre jamás.

**Es Consell, Sant Lluís, 11 de agosto de 1984**



*Let be be finale of seem.*

*The only emperor is the emperor of ice-cream.*

**Wallace Stevens**

Título original: *In Nederland*

Edición en formato digital: marzo de 2012

© Cees Nooteboom, 2009

© De la traducción, Herederos de Felip Lorda i Alaiz, 2009

© Del prólogo, Alberto Manguel, 2009 c/o Guillermo Schavelzon & Asoc. Agencia Literaria

[www.schavelzon.com](http://www.schavelzon.com)

© Ediciones Siruela, S. A., 2009, 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-898-9

Conversión a formato digital: Década Soft S.L. [www.decadasoft.com](http://www.decadasoft.com)

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

# Índice

Portadilla	2
Prólogo	5
En las montañas de Holanda	10
Cita	12
1	13
2	16
3	18
4	21
5	25
6	37
7	40
8	42
9	44
10	48
11	52
12	55
13	58
14	62
15	65
16	69
17	72
18	76
19	86
20	88
21	89
22	93
23	97
24	99

25	102
26	105
27	108
Cita	111
Créditos	112